



Entrenamiento en la Escuela del Maestro para ser sus Testigos



Espiritualidad
Ignaciana

Centro Ignaciano de
Reflexión y
Ejercicios - CIRE

APUNTES IGNACIANOS

Director

José de Jesús Prieto, S.J.

Carátula

Jesús Maestro.

Ana Mercedes Saavedra Arias

Consejo Editorial

Darío Restrepo, S.J.

Iván Restrepo, S.J.

Diagramación y composición láser

Ana Mercedes Saavedra Arias

Secretaria de Comunicaciones del CIRE

Redacción, publicidad, suscripciones

Centro Ignaciano de Reflexión y
Ejercicios - CIRE

Dirección: Carrera 10 N° 65 - 48

Bogotá, D.C. — Colombia (S.A.)

Teléfonos: +57 (1) 640 5011

Sitio web: www.cire.org.co

Correo electrónico: centro.cire@jesuitas.org.co

cire@cire.org.co

ISSN 0124-1044

Número 89 - Año 30



Mayo - Agosto 2020

Entrenamiento en la Escuela del Maestro para ser sus Testigos



Espiritualidad
Ignaciana

Centro Ignaciano de
Reflexión y
Ejercicios - CIRE

CENTRO IGNACIANO DE REFLEXIÓN Y EJERCICIOS - CIRE

Espacios para el Espíritu
Carrera 10 N° 65 - 48, Bogotá D.C., Colombia
Teléfono: +57 (1) 640 5011

www.apuntesignacianos.org

Nuestros números en el 2020

Enero — Abril 2020

Peregrinos en Tiempos Difíciles

Mayo — Agosto 2020

Entrenamiento en la Escuela del Maestro
para ser sus Testigos

Número actual

Apuntes
Ignacianos

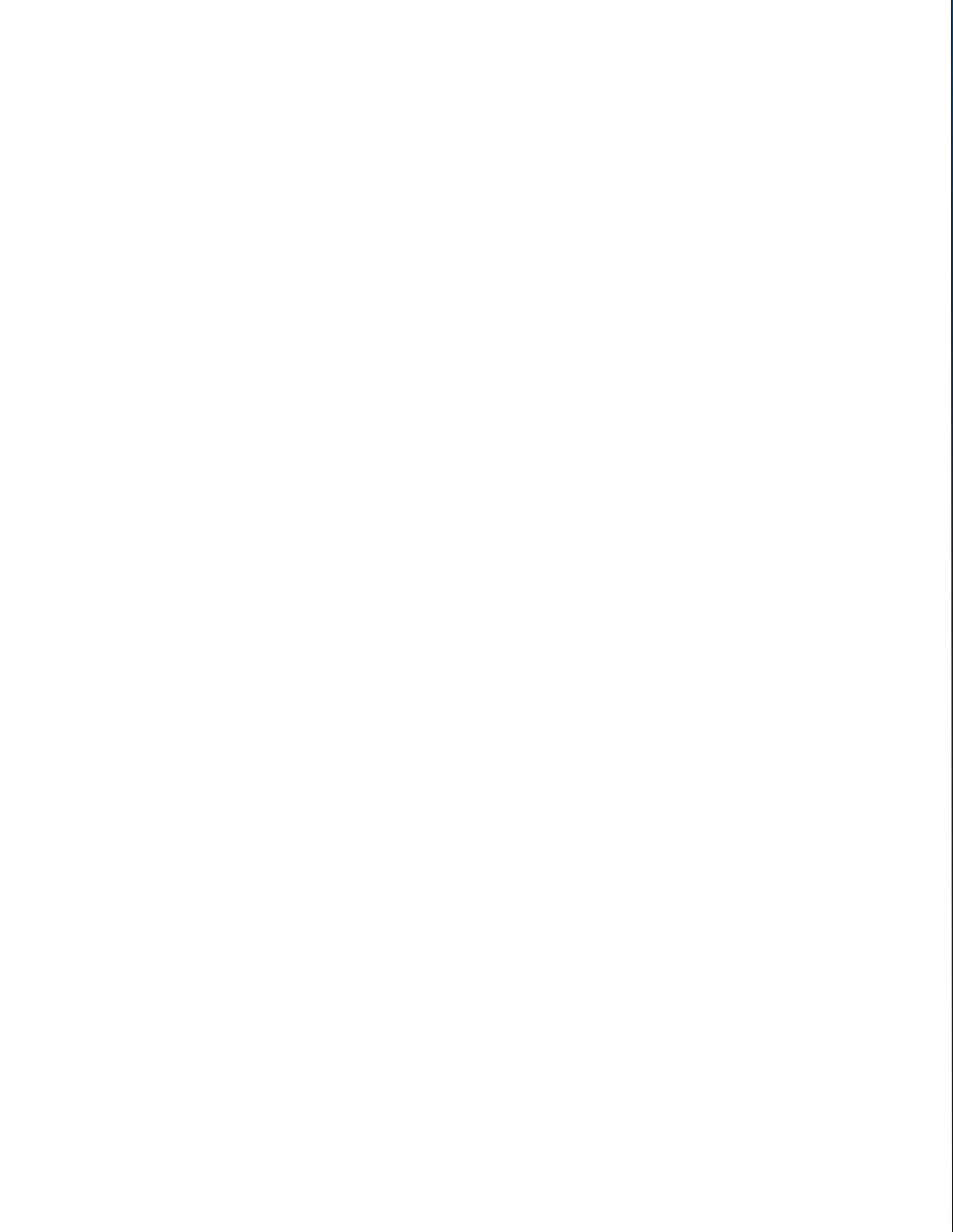
EST. 1991

Septiembre — Diciembre 2020

CIRE

ÍNDICE

	Pág
Presentación	7
Testigos de la Vida	9
<i>Luis Raúl Cruz, S.J.</i>	
De Loyola a Progoff. Dos Métodos de Meditación	35
<i>Alejandro Angulo Novoa, S. J.</i>	
Órdenes religiosas y movimientos espirituales anteriores a la Reforma	
–Subsuelo de los Ejercicios Espirituales–	61
<i>Iván Restrepo Moreno, S.J.</i>	
Colección Apuntes Ignacianos	71





PRESENTACIÓN

La presente entrega de los 'Apuntes ignacianos' se mantiene en la órbita en la que ha procurado siempre girar la revista, que no es otra que ofrecer colaboraciones muy en relación con los «Ejercicios espirituales ignacianos», permaneciendo abiertos a acoger los aportes surgidos del conocimiento ulterior de la condición humana.

Sentado en la Escuela del Maestro se sintió Iñigo de Loyola en las inmediaciones de Manresa, y gracias a las experiencias que allí vivió, concibe un formato pedagógico, con base en la larga tradición eclesial que llegaba hasta él, pero ya muy en relación con su momento histórico y a todo lo que está en relación directa con la libertad humana.

En esta ocasión encontrarás tres artículos que, desde ángulos diferentes, contribuyen a su ulterior conocimiento. En el primer artículo, el Padre Luis Raúl Cruz, alimentado siempre en una buena información, nos describe, en estilo existencial, la propuesta de Ignacio; su artículo nos ha inspirado el título de la revista como un «Entrenamiento en la Escuela del Maestro para ser sus testigos».

El artículo del Padre Alejandro Angulo, después de darnos una descripción detallada del proceso que en ellos se vive, pasa a un segundo momento muy revelador, en el que entra a describirnos la propuesta del psicólogo Ira Progoff y los distintos momentos de su metodología. Esto le sirve para relieves la importancia de todos aquellos aspectos que en los Ejercicios están más relacionados con el «modo» de hacerlos, los cuales, si se descuidan, pueden convertirse en la causa del menor fruto que de ellos se obtiene.

En el tercero, el Padre Iván Restrepo nos invita a visitar la tradición espiritual y eclesial que está detrás de la experiencia de Ignacio de Loyola. Este recorrido, aunque no haya sido concebido con los Ejercicios espirituales en mente, puede brindarnos una contribución para entenderlos mejor en su momento histórico.



TESTIGOS DE LA VIDA

Luis Raúl Cruz, S.J.

Testigos de la Vida

Luis Raúl Cruz, S.J.*

Por ruego dellos se detiene allí, y estuvo con ellos hasta que, en comulgándolos, desapareció [EE 303, 3]

Pascua: paso de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad, cambios positivos para la vida. Dios viene con una nueva presencia que llena de sentido la existencia de los seres humanos. El vino y su Espíritu sigue presente con su palabra, quien a través de gestos sencillos reestablece la paz, comunica su ánimo y entrega una misión común. La presencia del resucitado no ahorra nada de la vida, ni facilita el vivir, al contrario, es el riesgo de vivir de otra manera, sumado a ello, la obra del resucitado hace que muchos seres humanos reconstruyan soledades, disipen miedos, despejen dudas, generen certezas, afiancen la vida en común, transformando el miedo en fortaleza para la misión de servicio y el ejercicio del trabajo. Este lento proceso genera un cambio fundamental y profundo, operado en medio de la vida siempre que se obre en apertura a quien se considera amigo, darle espacio y libertad para dejarse hacer y nacer de nuevo.

Descubrir una «buena noticia»

En el evangelio es innegable que Jesús se preocupa con cada persona¹. Los lazos individuales que va tejiendo no terminan en la persona misma, sino que la pone en relación con los demás, porque lo propio de Dios es transformar para generar un ámbito relacional más profundo y fuerte a través del encuentro con el otro (que ha dejado de ser un prójimo para que sea próximo). El contacto y encuentro con Jesús crea nuevos lazos, introduce en una 'nueva familia' que no se limita a los lazos de la carne y de la sangre. Estar con Jesús despierta comunión y crea comunidad. La historia de Jesús es inseparable de la historia de la fe en Jesucristo, de la adhesión a él, de lo que su vida suscita y hace posible.

La relación y la pertenencia a los que están 'con Jesús' son parte integrante de la identidad del individuo. Encontrarse con Jesús es encontrar a los otros. Y ser uno mismo es ser con los otros. La identidad no es algo que se conquiste de manera individual, a golpes de apropiación exclusiva, sino que se recibe de la comunidad. Ella es reflejo del aporte personal porque ya no hay individuos, sino personas con rostro, con historias compartidas, en la mutua responsabilidad y en el servicio por amor.

La fe cristiana transpuso después en términos universales lo que descubrió en la vida de Jesús. Toda la teología de la creación descansa sobre lo que podríamos llamar la 'solidaridad ontológica' de la encarnación. Es lo que pretenden expresar los textos del Nuevo Testamento cuando hablan de «la creación en Cristo»². Existe una relación constitutiva y originaria entre la vida de Jesús y la nuestra.

* Miembro del Equipo CIRE.

¹ Bastaría leer cada relato bajo esta perspectiva para confirmarlo: Jesús se aproxima a cada uno, está atento a las necesidades, respeta, es sensible, ama con delicadeza, llama a cada uno por su nombre, etc.

² Se trata de textos como Ef 1, 3-13 o Col 1, 5-20 por ejemplo.

Todo lo humano se encuentra plenamente realizado en Jesús. Por eso, al mismo tiempo, en Jesús lo humano es diferente, porque es re-creado. La plena verdad de lo humano aparece por primera vez en Cristo resucitado, Él es el hombre nuevo (Ef 4, 14-24, Col 3, 10).

El proceso de encuentro con Jesús, es todo un camino con todas las vicisitudes, Dios no ahorra camino al peregrino, se teje en esta andadura el seguimiento (todo un camino de la gloria – EE 95, 146, 147, 157, 167) por medio de una continua relación personal con el Señor resucitado, que es el mismo siendo otro³. Relación real, actual porque sigue siendo comunión de vida y de destino. Se trata de re-crear la vida, reproducir en la historia de nuestras vidas el mismo sentido de la suya: vivir lo mismo en contextos y maneras diferentes. El que actualiza esa vida y garantiza la continuidad en las diferencias es el Espíritu del Resucitado.

Por eso, seguir al Señor hoy, o creer en Jesús como Cristo, exige una imaginación creadora mucho más difícil que la copia servil o la repetición mecánica de sus actitudes y comportamientos históricos⁴. Traducir en historia aquello que dicen los Hechos de los Apóstoles:

Cómo Dios a Jesús de Nazareth le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo⁵, porque Dios estaba con él; y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén; a quien llegaron a matar colgándole de un madero; a éste, Dios le resucitó al tercer día⁶ y le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y que diéramos testimonio de que él está constituido por Dios juez de vivos y muertos (Hch 10, 38-42).

El seguimiento, no solo en este tiempo, sino que abarca toda la vida, supone el deseo y coraje, la generosidad y el ánimo para expresar el amor en el servicio y el trabajo: Dios nos devuelve a la vida real e impide que, lo personal de la relación se pierda en un sentimiento intimista y engañoso; bien lo intuyó, con perspicacia, el escritor de las cartas de Juan: «*nadie vio jamás a Dios, pero si nos amamos unos a otros, él permanece en nosotros y su amor, en nosotros, va hasta el fin*» (1 Jn 4, 12). Cualquier duda sobre lo que significa conocer al Señor queda despejada aquí de manera radical: amamos a Cristo cuando nuestra identificación con él hace posible amar y servir como él. Esta es la paradoja de la experiencia «religiosa» cristiana: la unidad del amor al Padre y del amor al hermano hecha posible en Jesús.

Jesús en cada uno de los «misterios de su vida», muestra la figura de esa nueva existencia y abre para nosotros la posibilidad de vivir como él. La importancia de cada una de las dimensiones de su vida se vuelve modélica para el creyente, así como invitación y examen vital de la forma de vida actual, que tiene su culmen en la entrega hasta la *muerte* como totalización: gracias a Él sabemos cómo *vivir* y como *morir* en cuanto salvados, y sabemos además que lo *podemos igual* que Él⁷.

³ Es la identidad en la diferencia que caracteriza los relatos evangélicos de las apariciones. El Resucitado tiene los rasgos concretos de su existencia humana (llama por el nombre, se sienta a la mesa, come y bebe, etc.), pero vividos de tal manera (plenitud) que hace imposible materializar su imagen (no es visto por todos, no es reconocido por los suyos, no es limitado por el espacio, ni por el tiempo, etc.).

⁴ Cfr. MATEUS ROCHA, *O seguimiento de Jesús Cristo*: Eclesiástica Brasileira 42 (1982), 12-28; JUAN MANUEL GARCÍA-LOMAS, JOSÉ RAMÓN GARCÍA-MURGA (editores) *El seguimiento de Cristo*, Madrid 1997.

⁵ Significa lo que divide, lo que no deja acertar en lo bueno de la vida... dar en el blanco y al no lograr lo que nos proponemos sabemos lo que nos pasa porque nos angustiamos, desviamos nuestro centro de atención y cometemos errores y causamos daño en nosotros y en los otros.

⁶ Tiempo de salvación.

⁷ Cfr. ANDRÉS TORRES QUEIRUGA, *Recuperar la salvación. Para una interpretación liberadora de la experiencia cristiana*, (Presencia Teológica 79) Madrid 1975, sobre todo el último capítulo

La experiencia de la *resurrección* constituyó justamente la seguridad última de que esto es así, frente y a pesar de todo fracaso histórico. Además, libera a la salvación de quedar relegada a mero recuerdo abstracto de un acontecimiento pasado. Plenificado y universalizado en Dios a través de la muerte, Cristo sigue presente de un modo nuevo, activo en el Espíritu, Espíritu él mismo, Dios-para-nosotros⁸.

Enfermos del corazón...

Quienes van a Emaús (Lc 24, 13-35), van con el corazón hecho pedazos, desmemoriados de la historia, perdidos en el horizonte, fragmentados en su interior... quizá muchos estamos en lo mismo, necesitados de ser remendados en el corazón, como pinocho que tenía un corazón de fantasía, pero el nuestro está preñado de la Vida...

Pequeños ídolos lo destrozan todo, pues no hay enemigo pequeño y estos destrozan la interioridad, arruinan la vida, aniquilan la paz, destruyen la alegría, vulneran la confianza, abren heridas, cavan odios, soterran miedos, habitan en el interior y se alimentan y fortalecen en el diario vivir, aquí parece que todo se acaba. Diversas situaciones se entrecruzan en los senderos, derriban puentes y levantan muros... pero es aquí en esta debilidad, en el que emerge la fuerza de la acción divina, que despierta el crecimiento de árboles nuevos y frutos buenos, de vino nuevo en odres nuevos, de remiendos nuevos en vestidos buenos⁹... para escanciar el vino abundante y mejor (Jn 2, 1-11).

Es en esta brutal amenaza en la que nos encontramos buscando caminos entre luces y sombras, existe un llamado a habitar nuestra propia interioridad. La necesidad de crecer desde el corazón, la necesidad de conquistarse dentro, de bajar a lo más profundo de las raíces de la vida (Sal 139, 1-5) de tal manera que, brote lo nuevo que está en germen, resplandezca la luz que ilumina tinieblas, que corra el aire fresco que sofoca bochornos...

El camino comienza con un acto de honestidad, de sinceridad y de verdad ante uno mismo. Lo primero es aceptar las propias limitaciones, reconocer los defectos... nada se gana con defender lo uno o lo otro. No es momento de colocar barreras a aquello que necesita remedio, no hay necesidad de buscar artificios para maquillar heridas... no hay que tener miedo de sí mismo –que es uno de los más grandes–, por quedar bien y seguir vacíos. La realidad –un tanto difícil– es el encuentro cara a cara –sincero– con lo que somos y seguimos, para no ser simples payasos que hacen reír, mientras que en el interior la tristeza, la angustia ocupan el corazón.

Es la hora de detener la marcha para asumir lo que soy, lo que tengo. Mucho decimos que lo más importante es el ser, más que el tener. Cruel mentira, que deja relegada esta realidad en frase de cajón, para no dar un paso y reconocer igualmente las cualidades, actitudes, aptitudes de sinigual valor –tesoros escondidos– que animan y fortalecen en medio de la crisis. Bajar dentro es desenterrar tesoros ocultos, ir a territorios inexplorados, sembrar semillas que necesitan buena tierra... porque ha llegado la hora de plantar, la hora de partir, la hora de ser¹⁰ ...

expone con más de detalle estas ideas.

⁸ Cfr. ANDRÉS TORRES QUEIRUGA, *La significatividad de Cristo para el hombre de hoy*. Española de Teología 47, (1987) 23-34.

⁹ Cfr. Leer para bajar al corazón Mc 2, 21-22; Mt 7, 17-20.

¹⁰ Leer en la Biblia: Mt 13, 44-45; Mc 4, 26-29.

Por todas partes se ofrecen caminos de originalidad, se percibe una búsqueda de autenticidad, más pocos se atreven a transitar el camino. El pez muere en tierra seca, muchos perecen en los intentos, llenos de buenas intenciones, con una gran inmensidad –de experiencias, de mundanidad– como el mar, pero con un centímetro de profundidad... y sin embargo siguen presentes y con mucha fuerza las llamadas, gritos, invitaciones a nacer de nuevo, a sondear el corazón, a crecer en pleno vigor, a florecer en primavera. ¡Hay que bajar a lo profundo del pozo, ir hasta el abismo propio, adentrarse en el desierto propio, subir a la montaña más alta para no esconderse, resonar con un sonido cautivante... descubrir las huellas del amor en lo hondo del corazón, la llamada a ser presencia viva y activa de la noche de la fe, del amanecer de la esperanza, de la alegría de creer, de la floración de la justicia y la paz!!!

Toda esta utopía pasa por aprender y adaptarse continuamente, por romper esquemas y diseñar caminos en la educación de la interioridad. Se trata de acoger, como dos caras de una misma moneda: entre dolor y alegría, debilidad y fortaleza, temor y ánimo el continuo movimiento de la vida en el cual estamos sumergidos, no como un destino fatal, sino una aventura en la que hay que salir triunfadores, para ello contamos con la ayuda del Espíritu de Dios, un tesoro valioso que anima nuestra debilidad, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (2 Cor 4, 7-11).

Renovación de la vida

La resurrección es la otra cara de Dios en la que vence a la muerte, en la que supera el dolor y el sufrimiento. No oculta el horror y la tragedia, sino que son asumidas y superadas. La última palabra no es la traición, la negación, la violencia y la muerte, sino la compañía, la unidad a toda la humanidad, la confianza y esperanza en Dios. Todo ello pasa por el horror, la lucha a muerte y la entrega de la propia vida.

El resucitado lleva como señal de lo que pasó... las heridas. Isaías había profetizado que sus heridas nos curaron (Is 53, 5) pero son heridas... aunque ha sido superado lo peor, están ahí como recuerdo de lo acontecido. Hay heridas que doliendo curan, este es el caso, en el que nos encontramos ante el Señor... La convalecencia, en la que nos encontramos, como testigos suyos y la misión que nos confía, lleva a ver la vida de otra manera y comprender mejor las cosas...

La renovación de la vida es un proceso de conversión personal, que abarca lo espiritual, ideológico, filosófico, comportamental. El testigo no simplemente es un seguidor, sino que pasa a ser servidor de la misión de Cristo, dispuesto a correr el riesgo de portar las marcas de Jesús (Gal 6, 17).

Un dialogo –coloquio diría Ignacio de Loyola– con el resucitado podría ser sobre lo que le pasó en este misterio de la cruz. Le podríamos preguntar:

- ¿Quién te hizo esas heridas?...

y escuchar por respuesta: las he recibido en casa de mis amigos.

- Oye ¿y por qué las heridas de las espaldas?

Muy simple... cargué también sus dolencias y dolores (Is 53, 4).

Una vida radicalmente libre para servir trae consigo su propio gozo, aun en medio de los horrores de la historia. En ese gozo se hace notar la presencia del resucitado. En medio de la historia se escuchan sus palabras: «no teman», «*yo estaré siempre con ustedes*» (Mt 28, 20). Pablo repite exultantemente que «nada nos separará del amor de Cristo» (Rom 8, 31ss). A pesar de todo y en contra de todo, el seguimiento del crucificado produce su propio gozo.

Esa libertad y ese gozo son la expresión de que vivimos ya como seres humanos nuevos, resucitados en la historia. Son expresión histórica del triunfo de la resurrección de Jesús. Hacen que el seguimiento de Jesús no sea el cumplimiento de una pura exigencia ética que se mantiene por sí misma, sino que ese seguimiento lleva en sí mismo la marca de la verdad y del sentido profundo de la vida abundante. Recordémoslo una vez más, ni la libertad ni el gozo, ni cualquier otra expresión que se remita a la resurrección de Jesús, son cristianamente posibles al margen o en contra del seguimiento de Jesús crucificado.

No hay otro camino para el ser humano nuevo, para la persona que quiere participar ya en el señorío de Jesús; pero en ese camino se vive realmente como resucitado y como señor de la historia.

Con la muerte de Jesús en el año 30, sus discípulos se desaniman y comienzan a sentirse frustrados. No es raro que se sintieran engañados. Hasta la muerte de Jesús, sus discípulos no alcanzan a tener Fe en la divinidad. Esta es la profesión de FE que se impregna en ellos después de la Resurrección. Es así como ellos interiorizan la divinidad de Jesús (Rom 1, 1-2). Es a partir de la Resurrección cuando creen que Jesús es el Hijo de Dios. Después de la muerte de Jesús, sus discípulos que son galileos, probablemente, regresan a Galilea, con miedos, temores, sin saber qué hacer, ni qué pensar. Huyen despavoridos por temor, se van de Jerusalén. ¿Quién se queda allí después de lo visto que ha sucedido a Jesús, el maestro?

Algún tiempo después, estando ellos en Galilea, vuelven a Jerusalén. Ellos tienen alguna percepción de que Cristo está vivo: ¿Cómo está y dónde está? ¡No lo saben! Pero, esta convicción todavía incompleta es aquello que los mueve a ir a Jerusalén. Esto significa que en ellos ha nacido alguna FE en Jesús. Ahora regresan y se presentan como grupo, aún a sabiendas de que hay peligro por parte de los judíos, que lo mataron, por poner a la deriva la fe del judaísmo. Jesús había muerto según la ley judía como hereje.

Después de este regreso, al paso del tiempo y de pasar muchas cosas por el corazón, empiezan a entender que lo que los une a Cristo, sin darse cuenta, es el mismo sueño despierto, el mismo interés, preocupación y gustos del maestro... ¿Cuáles son?:

- Servicio a los más débiles y desfavorecidos
- vida en comunidad (preocupación solidaria de servicio)

Es un recuerdo de lo que vieron en Jesús y que ahora les une más (Hch 2, 42-47). Propiamente el primer paso de conversión hacia Jesús que tuvieron los discípulos fue después de la Resurrección. Allí comienza la experiencia de la conversión en la persona de Jesús. El interés desde dentro, por los mismos intereses que inspira Jesús, es la realidad de aceptar y vivir lo que Jesús hacía.

Crear es una adhesión en todo sentido, a la vida de una persona. Esto sólo se da con Jesús. Los intereses de Jesús se centran en la solidaridad con los más débiles. El mayor paso de la conversión se llama «solidaridad», «comunidad» y «servicio al más humilde quien es el que lo necesita». La **conversión** es un quehacer, un comportamiento que requiere humildad (echado por tierra) y servicio desinteresado. La experiencia del resucitado es el encuentro con el abajado y aplastado por la muerte, que fue levantado de esta postración.

Todo este proceso personal, tiene una fuerza incontenible en la vida de la comunidad, porque el ser humano, no se queda en su ego, sino que es impulsado desde dentro a salir hacia el otro. La fuerza de amor hace brotar la vida, que disipa el egoísmo y compromete en favor de los demás. El sentido nuevo de vida, está en la comunidad, se rompe la barrera de los propios intereses y los propios derechos. Reclamar los derechos propios, parece entonces, una relación antievangélica; es necesario defender los derechos del otro, es fundamental la entrega incondicional al servicio del otro. Es la primacía de Dios, que aparece en el otro y que descentra a la persona de sí misma.

La conversión es la medida de la comprensión de Jesús Resucitado. En la medida en que la persona se convierte, en esa relación va asimilando al Resucitado. La condición para comprender a Jesús Resucitado es la de entrar en el camino de la conversión, ya que es El quien interactúa al interior de las personas. El actuar de Jesús está en que mueve al servicio de los demás. Este es el lugar en donde se encuentra el Resucitado.

Sentir o tener experiencia del Resucitado es al interior del ser humano, porque se experimenta una fuerza que lanza hacia la experiencia viva de salir de sí, de tener en cuenta a los demás, de sentir como tarea y don, hacer algo por este mundo y dejarlo mejor de lo encontrado. El Resucitado es perceptible en estado de conversión¹¹ por la toma conciencia de las realidades en las que se enreda y malgasta la vida; así mismo, el horizonte no es amenaza, aunque aparezcan nubarrones, se avanza con confianza y seguridad hacia adelante. ¡El lugar donde se ubica la experiencia del resucitado es el estado de plena conversión, este es el trabajo típico del Resucitado!

Conversión no son golpes de pecho o propósitos incumplidos –tan común en los creyentes– se trata de un proceso de crecimiento en la capacidad y el riesgo de entregarse. Es atreverse como lo dice Pablo «*Por todas partes llevamos en nuestra persona la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra persona*» (2 Cor 4, 10ss). La verdadera aparición del Resucitado es la de un cristiano entregándose al otro. El Resucitado está vivo en los seres humanos y lo muestran quienes lo viven.

En la medida en que avanza la conversión se incrementa una percepción cada vez más diferenciada del Resucitado; crece la conversión y aumenta la imagen del Resucitado, como los primeros cristianos que sintieron transformada su vida y se hicieron testigos claros y comprometidos¹². La conversión lleva a construir Comunidad porque los discípulos se sienten perdonados y transformados por la fe,

¹¹ No es sólo de índole sacramental, sino proceso sin límites de una mayor entrega. La conversión es un proceso en el que se ven los avances en el tiempo, pero no se agota allí; es decir, la conversión es continua y continúa.

¹² Cfr. Hch 2, 14-36; 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 28-31; 10, 34-43.

reconstruidos en su historia junto a otros. Empiezan a sentir con absoluta certeza que Jesús está vivo. El testimonio de la Magdalena y los demás discípulos¹³ es el anuncio de la Resurrección. Esto demuestra hasta dónde llega el poder de Jesús Resucitado.

Si el poder del resucitado lleva a la entrega a otros, no es posible que muchos cristianos creen que solo queda la simple alabanza sin compromiso, que es suficiente con dar cantos y gritos de júbilo olvidando la realidad dolorosa de tantos crucificados en el río de la historia... Hoy, avanzan ciertos movimientos cristianos de diversa índole que parecen olvidar que el resucitado es el crucificado... que la salvación de Dios, pasa por vencer el dolor y descrucificar a quienes siguen sometidos por la injusticia, la violación de los derechos humanos, la muerte de tantos inocentes, la pobreza y hambre creciente de mayorías de la humanidad.... Y como cristianos no se puede seguir tranquilos despidiendo a la gente diciendo que les vaya bien... NO¹⁴.

El cristiano que ha tenido una experiencia de resurrección arriesga con Jesús, que le lleva a entregar la vida a favor de sus hermanos que sufren, que están en necesidad... no se trata de espiritualizar la realidad de la resurrección, sino de bajar a la realidad de dolor y sufrimiento. ¿Acaso el resucitado se olvidó de sus amigos? Muchos creyentes sólo quieren efusividad, buscan situaciones de alegría y gozo al margen de lo que pasa, olvidando que Dios ha asumido la realidad humana hasta el fondo para traer la liberación.

Sin compromiso con la historia y transformación de la misma, sin asumir los dolores y sufrimientos de la humanidad que espera un mundo distinto, se hace difícil y poco creíble el cristianismo. La fe cristiana está hecha para enfrentar las crisis y animar siempre la esperanza. No puede quedarse, por la baja calidad de testigos, en una historieta bonita, de simples ideales... Los cristianos no son de historieta, sino personas que, por la experiencia del encuentro con Dios, apuestan por ser fieles hasta el final, asumiendo las consecuencias de haber conocido a Jesús, entrando en su misma manera de pensar, sentir, actuar y la convicción de seguirle en la pena y en la gloria [EE 95].

Existen tendencias triunfalistas de evasión y de no compromiso con la realidad en el mundo de hoy; a lo anterior no es ajeno, ni está a salvo la vida de muchos cristianos. Cuando hace carrera el mundo desechable, el sentimentalismo barato, la moda efímera, el consumismo descontrolado, cuando se cree que eso es calidad de vida y el mejor y mayor logro de la civilización actual, es un desvarío loco. Y frente al crucificado puede preguntarse para historizar la vida, sosteniendo la mirada al compasivo, ¿qué he hecho, ¿qué hago, ¿qué quiero hacer por Cristo? [EE 53] para ser comunidad compasiva que no legitima dolor, ni sufrimiento alguno, sino que busca recuperar la memoria y cerrar heridas sangrantes en el mundo crucificado de hoy¹⁵.

Un cristiano, sabe por experiencia que, por la mundanidad y la sociedad de confort y vanidad, no va la realidad del evangelio. Cuesta mucho reaccionar y convertirse de un mundo que seduce y obnubila, que dejan en vaciedad la vida. Una sed asfixiante, un dulce sin sabor, un pentagrama sin notas, un paisaje sin color... es la oferta de una sociedad que no deja crecer el evangelio y lo desea

¹³ Cfr. Leer y contemplar los relatos de la resurrección en los evangelios.

¹⁴ Cfr. Stg 1, 27; 2, 14-26.

¹⁵ Cfr. TONI CATALÁ, S.J.; JAVIER MELLONI RIBAS, S.J.; DARIÓ MOLLÁ LLÁCER, S.J., *Considerar cómo la divinidad se esconde. Tercera semana*, (Eides 35), Barcelona 2002. TONI CATALÁ, S.J., *La implicación compasiva en una cultura indolente*: Iglesia viva: revista de pensamiento cristiano 215 (2003) 51-66. TONI CATALÁ, S.J., *La ineludible tercera semana*: Manresa 355 Vol. 90 (abril-junio 2018) 165-176.

domesticar e indicar por donde es el camino. Según Jesús y su programa (bienaventuranzas y demás) el Reinado de Dios es distinto, aunque está el riesgo de la difamación, de la persecución e incluso de la muerte de quien se denomina cristiano... ser cristiano es ser «*alter Christus*» otro Cristo.

El cristiano no es un ser conformista y lleno de miedo ante el mundo. Por el contrario, siente que Dios pide ir con él, en medio de una realidad que necesita buenas noticias, que ha de reconocer sus dificultades y abrirse a la esperanza de un mundo reconciliado, más en paz, con menos intereses egoístas y de guerra...

Pareciera que muchos cristianos quieren un Cristo triunfante, lo cual vale; pero no pueden desconocer sus heridas y el motivo de las mismas (Is 53). Existe un grave peligro y un sutil deseo de alcanzar el éxito sin esfuerzo, de triunfo por mediocridad, de triunfalismo por evasión. Un simple amoldarse a las realidades de este mundo como si fuesen divinas, a través de una sutil idolatría de lo que el mundo ama y abraza.

Aquellas manos, manos ensangrentadas... fuertes y recias manos de un artesano, son las que labran nuestras vidas y moldean el corazón para ser como el suyo... y ser atrevidos en medio de un mundo que quiere vivir como si Dios no existiera o fuese el rival más grande del ser humano. Los cristianos no podemos seguir haciendo el juego a un mundo que necesita conversión, que mantiene un discurso, aparentemente serio, directo y claro sobre Dios, pero que con una incontable serie de atropellos contra la misma humanidad y la casa común. En medio de estas contradicciones y seducciones de la realidad del mundo, el cristiano ha de tomar en serio el evangelio y atreverse a vivir el riesgo de la dimensión profética, tanto en el ámbito de la denuncia, así como del anuncio que reconstruye la esperanza.

El resucitado al estar en medio de los suyos escucha y denuncia sus lágrimas, miedos, temores, huidas, soledades, tristezas, egoísmos, angustias y todo aquello que los incapacita para creer en El. En el oficio de consolar, tan propio del resucitado, el proceso de cercanía y reconstrucción de personas y del grupo, les devuelve la paz, confianza, alegría, amistad, compartir, solidaridad, eficacia en el servicio, amor, riesgo y el deseo de una vida distinta con sabor a evangelio y llena de sentido. Este trabajo sentido en la persona y en el grupo lleva a asumir el oficio de consolar, y sentir los santísimos efectos –la fuerza transformadora de la Pascua– [EE 223, 224] en favor del mundo de hoy.

No es asunto de palabras bonitas, redes sociales, imágenes y documentos... sino de pequeñas realizaciones, porque el amor ha de ser puesto en obras. Esta llamada insistente para estar en sintonía con la divinidad, pone en evidencia que es el tiempo favorable y el momento adecuado de volver los ojos y el corazón a la vida verdadera... Sentir y gustar el palpitar de Dios enamorado de su pueblo y su proceso de liberación, manifiesta que cuenta con nosotros, si le dejamos transformar nuestra vida, para hacer un mundo nuevo. Aunque pueda venir el martirio...

Predicar la resurrección¹⁶ es entrar en conflicto

El libro de los Hechos de los Apóstoles informa que los discípulos de Jesús eran perseguidos por causa de la resurrección¹⁷, exactamente por predicar que Cristo había resucitado (Hch 4, 1-3). Más aún, los apóstoles son llevados ante el tribunal y testifican valientemente la resurrección (Hch 5, 30-32), provocan la irritación en los dirigentes religiosos, que deciden acabar con ellos (Hch 5, 33). Esteban (protomártir) confiesa abiertamente que ve a Jesús resucitado en el cielo (Hch 7, 56), lo que desata una reacción «se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearle» (Hch 7, 57-58). Y otro tanto cabe decir con Pablo, que confiesa dos veces ser llevado a juicio por predicar la resurrección (Hch 23, 6; 24, 1).

Ahora bien, este conjunto de datos plantea un problema. En tiempos actuales nadie es perseguido, encarcelado y asesinado por predicar la resurrección. Es más, parece que el tema de la resurrección es uno de los temas más descomprometidos y menos peligrosos que hay en el evangelio. De donde se plantea una cuestión elemental: ¿será que no entendemos ya lo que significa la resurrección del Señor?, ¿Será, por lo tanto, que no la predicamos como hay que predicarla?

¿Qué significado tiene el martirio? En la forma en que se toma conciencia del resucitado, necesariamente se va interiorizando al Resucitado y su seguimiento; ahora, se añade la persecución. Cuando los cristianos se vieron perseguidos se sintieron identificados con los relatos de la pasión de Jesús. Si la Iglesia primitiva fue perseguida significa que la pasión de Jesús y el seguimiento de la Cruz son el centro constitutivo de la Iglesia.

Los primeros cristianos reflejan ello... cuando descubren a Jesucristo y le siguen, aparecen las persecuciones y problemas del mundo religioso de entonces, nada raro que pase lo mismo en estos tiempos... no vendrán los martirios como entonces, sino sutiles mordazas, silenciamientos obsequiosos, y toda una serie de prebendas para tratar de acallar el espíritu¹⁸. Bien sabido que la humildad de Dios se deja amordazar y someter en la realidad humana, por su paciencia en la historia y al paso del tiempo, pero siempre prevalece y sale a la luz lo que se gestó como vida verdadera... no podemos quedarnos tranquilos en mundo que obra con apariencia de bien (2 Cor 11, 14).

¹⁶ Este término expresa de múltiples y variadas maneras –sin monopolio alguno– una realidad anunciada y proclamada. Ahora Dios le ha glorificado (Jn 12, 28) para presentar el paso trascendente de este mundo al Padre (Jn 13, 1) términos atribuidos antes de cualquier aparición visible en gloria. La afirmación «Dios lo ha exalta», el poder del Padre (Hch 2, 33; 5, 31) hace presente que después de toda la humillación, abajamiento y obediencia hasta la muerte en cruz (Flp 2,6-11), está ahora por encima de todo nombre. Los vocablos de viviente (Hch 1, 3; 25, 19; Rom 14, 9; 2 cor 13, 4; Ap 1, 18; 2, 18) y de vida (Jn 11, 25; Hch 2, 28, Rom 5, 10). Todo este gran misterio se enuncia con libertad y flexibilidad en el lenguaje. El anuncio de la nueva presencia del Señor, no se liga a una sola palabra; tampoco para ser entendido este misterio en sentido vitalista o de reviviscencia. El término Kyrios –termino técnicamente resurreccional– para enfatizar y proclamar la victoria pascual (de ahí la denominación de día del Señor, y la riqueza para derivar términos como Kirche, Church, dimanche, domingo) sobre la muerte, siendo ahora Señor de la vida (Hch 2, 33-36; Flp 2, 9.11; Rom 1, 4).

¹⁷ Cfr. EDWARD SCHILLEBEECKX, *Jesús: La historia de un viviente*, Madrid 1983; BERNARD SESBOÛÉ, S.J., *Jesucristo. el único mediador* I-II. (Koinonía 27-28), Salamanca 1990.

¹⁸ Palabras de la sabiduría de la Iglesia, en la experiencia de San Hilario de Poitiers «¡Oh Dios todopoderoso, ojalá me hubieses concedido vivir en los tiempos de Nerón o de Decio...! Por la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, yo no habría tenido miedo a los tormentos (...). Me habría considerado feliz al combatir contra tus enemigos declarados, ya que en tales casos no habría duda alguna respecto a quienes incitarían a renegar... Pero ahora tenemos que luchar contra un perseguidor insidioso, contra un enemigo engañoso, contra el anticristo Constancio. Este nos apuñala por la espalda, pero nos acaricia el vientre. No confisca nuestros bienes, dándonos así la vida, pero nos enriquece para la muerte. No nos mete en la cárcel, pero nos honra en su palacio para esclavizarnos. No desgarrar nuestras carnes, pero destruye nuestra alma con su oro. No nos amenaza públicamente con la hoguera, pero nos prepara sutilmente para el fuego del infierno. No lucha, pues tiene miedo de ser vencido. Al contrario, adula para poder reinar. Confiesa a Cristo para negarlo. Trabaja por la unidad para sabotear la paz. Reprime las herejías para destruir a los cristianos. Honra a los sacerdotes para que no haya Obispos. Construye iglesias para demoler la fe. Por todas partes lleva tu nombre a flor de labios y en sus discursos, pero hace absolutamente todo lo que puede para que nadie crea que Tú eres Dios. (...) Tu genio sobrepasa al del diablo, con un triunfo nuevo e inaudito: Consigues ser perseguidor sin hacer mártires».

HERMANN RODRÍGUEZ OSORIO, S.J., *Encuentros con la Palabra Ciclo A*, Bogotá 2007, 110-111.

La resurrección de Jesús es la aprobación de la vida y la muerte de Jesús. La muerte de Jesús es el gran anuncio de la soberanía de Dios, el que muere se convierte en el contenido del anuncio. El anuncio del Evangelio no es leer el Evangelio, es sentir la Buena Nueva trabajando sin saber cómo, es la levadura secreta que fermenta y transforma, para ser testigo con obras y palabras de la acción creadora en la creatura. Ahora, nada se puede ocultar... sería intentar tapar el sol con las manos y nada ni nadie lo puede impedir.

Predicar la resurrección y vivir ese misterio consiste, ante todo, en portarse de tal manera, vivir de tal modo y hablar de tal forma que uno le da la razón a Jesús y se la quita a todos cuantos se comportan como se comportaron los que asesinaron a Jesús. Una manera de vivir y de hablar que incide en las situaciones concretas de la vida. La incidencia, en tales situaciones, en forma de juicio y de pronunciamiento: a favor de unos criterios y en contra de otros; a favor de unos valores y en contra de otros; a favor de unas personas y en contra de otras; todo desde la vida de Jesús el Señor.

El resultado es de una consecuencia importante: la primera forma de presencia y actuación del resucitado en una persona y en una comunidad de creyentes consiste en ponerse de parte de Jesús y de su mensaje, en el sentido indicado. Por lo tanto, se trata de una forma de presencia y actuación que inevitablemente resulta conflictiva, como conflictiva fue en el caso de los primeros creyentes, que se vieron perseguidos por causa de su fidelidad al anuncio del resucitado.

Jesús fue perseguido y asesinado por defender la causa del ser humano, sobre todo por defender la causa de los pobres y marginados de la tierra, contra los poderes e instituciones que actúan en este mundo como fuerzas de opresión y marginación. Por lo tanto, se puede decir que cuantos sufren el mismo tipo de persecución que sufrió Jesús, son quienes viven la primera y fundamental forma de presencia del resucitado en sus vidas, mientras que, por el contrario, quienes jamás se han visto perseguidos o molestados, quienes siempre viven aplaudidos y estimados, éstos se tienen que preguntar si su fe en la resurrección no es, más que nada, un principio ideológico con el que a lo mejor se ilusionan engañosamente. He ahí un criterio importante, fundamental incluso, para compulsar y medir la propia fe en Jesús Resucitado.

La fe en la resurrección se evidencia en una forma práctica: la entrega como Jesús. Dar vida plena y en abundancia (Jn 10, 10) en favor de la vida... una apertura de corazón a la acción secreta del Espíritu, que pueda hacer otro crucificado. Muchos cristianos no lo quieren ni lo desean, otros no lo anuncian y lo callan. La norma es el espíritu del resucitado, que se desata al interior del cristiano y él hace la imagen que él quiere hacer en nosotros según el espíritu del resucitado. En este caso Jesucristo no es norma por ser modelo sino por ser causa. Nosotros por acción del Espíritu llegamos a identificarnos con Jesucristo. El Espíritu es el que hace en nosotros la imagen del resucitado según nuestra apertura que se realiza en la acción del Espíritu¹⁹.

¹⁹ «*Pon en sus manos un corazón blando y moldeable, y conserva la imagen según la cual el Artista te plasmó; guarda en ti la humedad, no vaya a ser que, si te endureces, pierdas las huellas de sus dedos. Conservando tu forma subirás a lo perfecto; pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti. Su mano plasmó tu ser, te reviste por dentro y por fuera con plata y oro puro (Ex 25,11), y tanto te adornará, que el Rey deseará tu belleza (Sal 45[44],12). Mas si, endureciéndote, rechazas su arte y te muestras ingrato a aquel que te hizo un ser humano, al hacerte ingrato a Dios pierdes al mismo tiempo el arte con que te hizo y la vida que te dio: hacer es propio de la bondad de Dios, ser hecho es propio de la naturaleza humana*». IRENEO DE LYON, *Contra los herejes*, Libro IV, 39, 2. Sevilla, Apostolado Mariano 1999.

La disponibilidad del creyente es dejarse hacer y ser por la acción del resucitado para que él haga el Cristo que quiere de nosotros. Lo anterior requiere de apertura y docilidad para que actúe a través de nuestras acciones. No somos imitadores de Jesús, somos la presencia misma de Jesús actuada por la presencia del Espíritu Santo. Imitar es negar la acción creadora de Dios, porque se trataría de una esclavitud al querer reproducir todo como Jesús, negando la propia personalidad del creyente. Se trata de apertura en docilidad, de tal manera que actúe a sus anchas la fuerza del Espíritu.

La Iglesia es Comunidad y a su vez Anuncio. No se trata de que Ella salga a gritar que viva el resucitado. Este, se anuncia transparentándolo. Al decir que Dios sea Dios, es en la fragilidad del ser humano donde Dios se hace fuerte, en la pequeñez que se torna grandioso, unas paradojas que no tienen lógica racional humana, sino simplicidad divina.

La comunidad cristiana es la responsable de anunciar el Evangelio; de ahí que la Iglesia anuncia al resucitado haciéndolo suceder en las personas, o haciendo suceder el Evangelio. El Espíritu del resucitado es inexistente si no está situado. La Resurrección en el aire no tiene ningún significado ni tampoco sentido; fuera del cuerpo no existe... ¿En el cielo? Esta es una situación de divinidad, el cielo está donde usted coloque a Dios. Si usted tiene vida divina ahí está el cielo. El trabajo al interior de las comunidades es la apertura a la acción del resucitado que transforma personas y comunidades y las coloca en favor de pobres o al servicio de los que están en mayor necesidad. El cristiano solo se hace perceptible y visible en las acciones que produce el resucitado sacando de intereses egoístas y generando espacios de vida para todos.

La Iglesia no es una copia sino un testimonio del resucitado. El resucitado impulsa a obrar de acuerdo con el testimonio de la persona, pero hasta qué punto los creyentes corremos dicho riesgo. Creo que resistimos y no asumimos los compromisos de conocer a Jesús. El conformismo de los buenos, la tibieza de los creyentes confrontada con la fuerza martirial de muchos profetas y seguidores de Jesús. Un reto muy fuerte de coherencia.

Ser testimonio del resucitado es ser transparencia de un acontecer. La causa no es una fuerza propia sino por la acción de Jesús. La iglesia se hace creíble por las comunidades que viven y vibran por el evangelio, no por los discursos o construcciones o por grandes hazañas que generan fama, sino por el compromiso en favor de excluidos y marginados, de oprimidos y débiles... es hacer lo que hizo Jesús porque está vivo en nosotros y saca de miedos y temores, de dudas e hipocresías y coloca de cara al mundo para transformarlo, por medio de acciones creadoras, al ser sus testigos y enviados.

El camino pascual del discípulo

La victoria de Jesús es sobre el pecado y la muerte: «¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado» (Lc 24, 5-6; Cfr. 1 Cor 15, 17). Esta noticia recibida por mujeres, no es creíble en medio de un grupo lleno de miedo y abatido por la tristeza... y al mismo tiempo camino de la desintegración cada quien buscando su camino y tratando de rehacer la vida, como los de Emaús.

El caminar con las acciones de seguir un camino, de estar en movimiento caracteriza el discipulado de Jesús con las consecuencias que de allí se sacan de vida en común, la pobreza compartida, el seguirle a él y no a un programa... el cargar la cruz de cada y la promesa de persecuciones, sabiendo que pasa por el vencimiento de sí mismo y de los intereses. Todo aquello que se había ganado entre luces y sombras, con certezas y ánimo en Jesús desaparece con la tragedia de su crucifixión.

Todo se derrumba, se acaban las esperanzas y solo queda el alejamiento y distancia de Jesucristo muerto y ¿resucitado? En *Jerusalén* y de los hermanos que allí se reúnen a bendecir a Dios (Lc 24, 52-53) sin detenerse a esperar «*la fuerza que viene de lo alto*» (Lc 24, 49; Hch 1, 4). La decisión es alejarse de Jerusalén, por tanto, es abandonar al Señor y sustraerse a la donación del Espíritu y, por lo mismo, abortar la misión (Cfr. Hch 1, 8).

Teniendo como marco a los caminantes y discípulos que van rumbo a Emaús, puede ayudar a mirar la manera como vivimos la pascua y la experiencia del resucitado.

Emaús es la vía de escape: rumbo a lo cotidiano, lo mismo de antes y lo de siempre. Lo sucedido con Jesús es mejor olvidar, porque la ilusión que Jesús había sembrado y despertado en ellos no vale para nada. Es mejor volver a lo conocido, no importa que se viaje sin saber por qué, encontrar refugio a la desesperanza por la lejanía con el recuerdo de quien dicen que ha Resucitado y de su comunidad que se rompe a golpes de soledad y de miedo. Mejor volver a Emaús, así sea sólo en compañía de la tristeza y el vacío por la pérdida de la confianza y la falta de fe en quien se tenía por maestro.

Huir por el camino de Jerusalén a Emaús (Lc 24, 13) es deshacer lo que había dicho el Maestro para hundirse en la derrota al creer que Dios no pudo vencer el pecado y la muerte. En el camino a Emaús, Jesús invita a sus dos discípulos, que no lo reconocen, a rehacer el *itinerario pascual* gracias al cual comprenderán el plan salvador del Padre llevado a cabo por su enviado (Ungido). Volverán inmediatamente de Emaús a Jerusalén (Lc 24, 33), porque nada tienen que hacer en la aldea que representa la derrota cuando en realidad el Mesías reconstruye a los suyos, sus amigos en Jerusalén.

Todo el itinerario pascual tiene un fundamento: el *acontecimiento liberador* de Jesús de Nazaret, Mesías e Hijo de Dios. En este encuentro de Jesús con los caminantes, les cuestiona su incredulidad y desaliento; así mismo empieza a plantear el sentido de las Escrituras, que vayan abriendo espacio a la memoria del corazón, sembrando semillas de vida en el encuentro de la mesa y las fuerzas para volver a la comunidad en la que su experiencia se confirma por lo vivido también por sus amigos.

La luz de la pascua de Jesús ilumina la comprensión de las Escrituras. Como sucedió con los discípulos de Emaús (Lc 24, 32) y con los apóstoles (Lc 24, 45), el Resucitado es quien sigue poniendo fuego en los corazones y abriendo el entendimiento para una comprensión adecuada de las Escrituras. Jesús resucitado coloca una luz nueva y más penetrante que guía en la comprensión del mensaje que encierran las Escrituras para hoy.

El proceso de Emaús es toda una realidad liberadora de las expectativas con respecto a Jesús, que golpea de frente ante el fracaso del grupo y la muerte violenta del Maestro. En el derrumbamiento de todas las ideas y proyectos... poco a poco en el desierto se siembran las semillas que empiezan a germinar no solo cuando se abre el entendimiento a las Escrituras, sino en el recuerdo memorial del pan partido en la mesa de Emaús y que alimenta el trasegar del corazón a la comunidad como testigos de vida y esperanza, tejedores de comunidades con un corazón que arde, un fuego que enciende otros fuegos²⁰.

Este camino pascual se inicia tomando conciencia de la propia realidad, de lo que soy y cómo estoy frente a Jesús, a mí mismo y a los hermanos. No hay camino pascual sin hacerme cargo de mi propia realidad, encargarme de la realidad, sólo así podemos vivir el proceso de transformación en «nueva criatura» (2 Cor 5, 17; Gál 6, 15; Ef 2, 15; 4, 24). Los «caminos» por donde transita el discípulo se convierten así en *caminos pascuales* que conducen de la falta de fe y de la desesperanza al reconocimiento de Jesucristo vivo y a su anuncio gozoso, con estilo de vida renovado en común.

Emaús, toda una perspectiva eficaz de transformación.

Emaús, el sin-lugar donde Dios me encuentra, el singular donde Dios habita... Un buen lugar para llegar y para partir... a mitad de camino se encuentra el sentido del regreso, solo falta el gesto, descansar el aliento, aligerar la carga y compartir el alimento... todo listo, todo cambia para emprender el retorno a donde ya no hay miedo.

Lugar de la musa, de la suma, de la mesa...
 porque hay inspiración, se recrea la comunidad
 se refresca la memoria en algo más que el pan...
 porque hay vida en abundancia,
 pan que sabe a vida y cansancio que descansa.

Emaús... Espacio íntimo para compartir e ir más allá de la fatiga y la rutina, musa para arreglar el corazón y explicación sencilla para comprender la vida...

Emaús: tu lugar, tu espacio, tu momento para estar en buena compañía...

Emaús: tu mesa, tu musa, tu suma a ser caminante del camino vivo...

Emaús: encuentro en el que, despejadas las dudas, el ofrecimiento del caminante es úsame (testigo), igualmente al desenredar la memoria aparece el compromiso en el aquí y ahora, por eso, el caminante asume... (ser coherente).

²⁰ Cfr. Congregación General XXXV, D. 2.

Cual estudiantes del colegio apostólico en la escuela de Emaús, los primeros jesuitas intensifican su fidelidad al Caminante y hoy desafían a quienes desean ser caminantes y compañeros de Jesús en el tercer milenio... el camino trazado en el secreto de los ejercicios espirituales, bajo la tutela del maestro que nunca fue profesor (Ignacio, el peregrino), encontró eco en un corazón apasionado que se lanzó al anuncio del evangelio (Francisco Javier) así como un buen compañero para acompañar a otros que buscan a Dios (Pedro Fabro)... ahora con los ojos fijos en Jesús (Heb 12, 2) nos lanzamos adelante porque ahí está el camino vivo y nuevo (Heb 10, 20).

Emaús un buen lugar para buscar y hallar;
punto de encuentro y enriquecer recuerdos
siendo así sinigual espacio para construir el reino
al descubrir la vida explicada por el Verbo
reunir amigos y ordenar afectos.

Ser testigos del «Testigo fiel»²¹

Los del camino, así fueron definidos los primeros cristianos, por el seguimiento de Jesús que los lanzó a un gran avance evangelizador. Hoy estamos en el mismo reto de ser discípulos misioneros. El crecimiento y dinamismo de la vida cristiana –en medio de contradicciones (persecución, herejía)– con fuerza en la vida en común, la entrega a favor de la humanidad, la promoción de valores humanos continúa como tarea. Hoy, la Palabra atestiguada por los apóstoles y comunicada a otros en gratuidad, que los hizo creíbles no pasa de moda... utilizo la palabra (categoría) testigo para presentar un marco de reflexión que nace de la identificación y seguimiento de Jesús.

Solo se enuncian características de quien es testigo de tal manera que este tiempo afiance el encuentro con Dios, ayude a la orientación de la experiencia cristiana y abra horizontes para un mundo nuevo y lleno de sentido.

La condición del testigo

- Estar enraizado en la vida: del pueblo, la sociedad y la Iglesia.
- Gran simpatía con las víctimas: de la incredulidad, de la violencia, de la sociedad...
- Experimenta que la vida está en buenas manos.
- No pretende convertir a otros; vive convirtiéndose él.
- Vive abriendo caminos al reinado de Dios en medio de la vida de su gente.

²¹ Ap 1,5.

Testigos de un encuentro con el Dios de Jesús

- El cristianismo no es una doctrina, una ley, un rito, es una vida. Jesús no ha instituido maestros, doctores o liturgistas, sino testigos. No hay testigo si no hay comunicador de una experiencia.
- El testigo comunica lo que vive, lo que está cambiando su vida, lo que la transforma. Ofrece su experiencia, no su sabiduría.
- Irradia y contagia; no informa, no adoctrina, no instruye. Al testigo se le ve habitado por convencimientos, más que por grandes saberes acerca de la fe, ofreciendo lo que a él le hace bien.
- Se sabe amado por Dios. Desde esta fe, el testigo va ahondando en una experiencia nueva de Dios. Lo más decisivo y fundamental que comunica el testigo es su experiencia de ser amado incondicionalmente por Dios. Como dice H.U. Von Balthasar: «*Lo primero que tendría que llamar la atención a un no-cristiano en la fe de los cristianos es que es a ellos de forma manifiesta arriesgan demasiado*»²².
- El amor da unidad a la actividad del testigo, lo relaciona todo con la «fuerza interior» que le habita y le hace irradiar la presencia de la divinidad escondida.

El testigo de una vida nueva

Al testigo se le percibe como a alguien que va configurando su vida siguiendo las huellas de Jesús, que se refleja en la acogida incondicional a todo ser humano y, de manera preferente, al pequeño y desvalido.

La manera de ejercer compasión ante toda desgracia y sufrimiento humanos. El compromiso y pasión por defender la dignidad de la persona por encima de todo, su lucha apasionada por todo lo que es digno y justo; su esperanza inquebrantable, sin falsas ilusiones; la benevolencia con el extraño y diferente; su entusiasmo por la verdad, sumado a la capacidad para ir al fondo de todo, por encima de formalismos y legalismos engañosos son destellos de la calidad del testigo.

La libertad para hacer el bien y la forma de buscar y salvar lo que parece perdido, junto al deseo de infundir confianza y liberar de los miedos para vivir en abandono total en manos del Padre. En el fondo de quien sigue a Jesús se presiente y sugiere la presencia de Dios.

El lenguaje del testigo

La palabra más importante del testigo de Dios es su propia vida. Para hablar de Dios como testigo no basta utilizar un lenguaje ortodoxo, de lo políticamente correcto, que deja todo igual. Es necesario, además, que ese lenguaje que quiere ser correcto «toque» a las personas, sintonice con la experiencia real de la gente, alcance al ser humano en aquello que es vital para él. Hay que evitar rechazos que puedan originarse de malentendidos de lenguaje y tratar de hablar de manera que la experiencia de Dios pueda ser mejor percibida e intuita.

²² HANS URS VON BALTHASAR, *Sólo el amor es digno de fe*, Salamanca 2004, 96.

Testigos en medio de la increencia

- El testigo se encuentra hoy conviviendo con personas que comparten o no su fe las encuentra incluso en el ámbito de la propia familia y entre sus amigos y compañeros. La indiferencia o la increencia es el ámbito en el que de ordinario se mueve el testigo.
- Con frecuencia, los cristianos hablamos del testimonio que hemos de dar en medio de esta sociedad indiferente y descreída, pero apenas pensamos en escuchar y dejarnos enseñar por aquellos que no comparten nuestra fe. Lo primero que me enseña el no-creyente es que Dios no es una evidencia, sino un Misterio que nunca acaba de comprender ni poseer nadie.
- El no-creyente invita también a criticar representaciones interesadas y utilitaristas de Dios. El no-creyente niega o duda de Dios, pero no lo utiliza. No hay entonces por qué manipular a Dios.
- El no-creyente invita a purificar la fe y obliga a buscar un lenguaje más comprensible y accesible, y menos vacío de experiencia y vida.

Algunas actitudes básicas del testigo

- Tomar en serio la postura del otro, del diferente, para entenderlo y comprenderlo; así mismo crear lazos de cercanía y encuentro.
- Compartir el deseo común de paz y justicia; el dolor ante quienes sufren violencia, hambre o miseria. Hacer causa común ante problemas graves de la humanidad.
- Espíritu de diálogo; no se trata de cuestión de estrategias, sino del espíritu que debe animar al testigo: el amor.
- Propone la fe como una invitación a vivir, pero a vivir en y por la libertad de los hijos de Dios.
- Un gran espíritu comunitario, salvando barreras y obstáculos, superando dificultades y la desesperanza.
- Apertura al Misterio en todo momento.
- Transformador de la realidad, comprometido con las causas justas y que construyen sociedad e Iglesia.

Personajes Transformados... Una Conversión Verdadera...

Solo sugiero unas pistas para meditar, sentir y gustar la profundidad de la palabra... quizá necesitamos más silencio, contemplación y vida en común para compartir y alimentar la fe.

Sospecho que:

- ◆ La buena nueva de la resurrección tiene una dimensión comunitaria evidente, oscurecida en el mundo de hoy por un egoísmo camuflado de servicio, un afán de acción o activismo so capa de contemplación en la acción con el consecuente

desgaste de fuerzas y energías, sobrecargando de ideas, actividades y propuestas que lo que hacen es trancar puertas, cerrar ventanas, empequeñeciendo el corazón y generando prejuicios a la acción del resucitado.

- ◆ Manejamos la resurrección con buena intención, pero sin apertura a lo que sucedió de vida buena y nueva que saca de sí y lleva de las sombras a la luz, del encierro a la plaza pública, de no saber que decir ni como a no callar jamás... es dejar que el espíritu del resucitado haga en nosotros la revolución del corazón para disponernos a la transformación y compromiso social, sabiendo de los problemas de sembrar semillas de un mundo nuevo.
- ◆ Nos falta un poco más de coraje, riesgo y valentía para desinstalarnos, para comenzar de nuevo, para refundar y abrir espacios nuevos. Los discípulos desvencijados y rotos como trapos viejos son reconstruidos y rehechos para emprender la marcha de la tierra prometida en medio de su realidad y en horizontes nuevos, porque tenían amoblado el corazón más que la casa.
- ◆ Minimizamos las consecuencias de un compromiso radical, queremos buena vida sin cruz, ni compromiso... porque no estamos dispuestos a meternos en problemas y a ser peligrosamente un virus contagioso de vida y libertad, de esperanza y utopía, de solidaridad y compartir.
- ◆ Queremos un resucitado con buen olor, sin huellas de heridas... ¿no le duele acaso al resucitado la vida de sus amigos, la realidad de sus hermanos?... ¿El resucitado se coloca a distancia de realidad para compartir mesa, camino, comida, intercambiar ideas, manifestar sugerencias de una nueva vida comprometida del testigo? ¿En verdad que es lo que palpita en el corazón y pica la lengua para hablar de Dios?

El coloquio, como encuentro de amigos, permita realizar el éxodo interior para renovar todo y pasar a ser testigos del testigo fiel...

Apertura de los ojos y el corazón... Lc 24, 13-35.

Palpar las heridas Jn 20, 19-31.

Preguntas por el amor Jn 21, 1-19.

De la tristeza a la alegría... Jn 20, 11-18.

Del temor al gozo... Lc 24,3 6-43.

De la soledad a la compañía... Mt 28, 5-10.

De la desesperanza a la esperanza 1 Cor 15, 1-14.

Del silencio a la misión... Mt 28, 16-20.

¡La confianza que despierta el resucitado lleva a confesar la fe en el crucificado!!!

La apuesta por una iglesia samaritana

El planteamiento a tenor de la reflexión evidencia la realidad del resucitado, pero no oculta la entrega de Cristo en su abajamiento total. La comunión con el Señor, se ha de hacer evidente en la vida del creyente en su espacio de acción.

Lo propio del resucitado es reconstruir las personas, por medio del oficio de consolar; pero esta labor del viviente lleva al creyente a su experiencia de vida en medio de comunidades concretas. La vida de la fe, no se queda en un intimismo o efusividad aislada, sino que es comunión y participación en comunidad, a través del ejercicio de la solidaridad, el compartir de bienes, el servicio, la fraternidad-sororidad, la liturgia viva, la animación misionera. Lo anterior es una nueva imagen de Iglesia a la luz de todo lo que ha gestado el Concilio Vaticano II y los avances de la Iglesia en las Conferencias Episcopales en América Latina.

Al proponer la imagen de Iglesia Samaritana, no hay ninguna novedad, solo es insistir en la necesidad de una iglesia de servicio, de expresión de su pobreza y necesidad, de su amor a los pequeños y empobrecidos, el deseo de ayudar a quienes quedan tendidos en estos caminos del mundo. Iglesia en salida, más no despavorida, sino con sentido y entrega al estilo de Jesús. El camino para el encuentro con Dios, no pasa solo por el templo –como muchas personas dicen u otras exigen–. Según la parábola del samaritano (Lc 10, 25-37). El sacerdote y el levita imaginaban hallar a Dios en el templo, por ello los rodeos, para cumplir la ley y evitar impureza. Jesús propone que encuentra a Dios el que atiende al ser humano necesitado. Se trata de un criterio claro, pero tan subversivo que la misma religión tiende a olvidarlo. Lo que Dios pide –según Jesús– no es que seamos «religiosos», sino que seamos «humanos», en compasión hacia los otros.

Existe mucha claridad, literatura y doctrina con respecto a la misericordia, explicitado en la evangelización, la religiosidad popular y la caridad –sin entrega o compromiso– pero sin vivir lo que implica obrar la misericordia. El riesgo ha sido de ser buenos cristianos, pero la práctica de la misericordia puede hacernos cristianos buenos. A muchos creyentes esto les asusta a otros no les interesa, pero el mundo de hoy reclama testigos, no discursos o ideologías, y pareciera este un camino de liberación y renovación sincero, alternativo y claro.

La misericordia es el amor activo siempre presente y dinámico. No es un asunto puntual o de buena voluntad o del momento; es todo un proceso de carácter práctico, a través de la acción en favor del sufrimiento ajeno infligido por un actor que desaparece de la escena, pero que causa víctimas inocentes de su actuación, dejando graves consecuencias. La acción de la misericordia vivida por Jesús apunta erradicar el sufrimiento masivo e injusto²³. Lo que interesa es la «misericordia» y el que hace misericordia ese es como Dios, ese es Dios en la tierra, aunque no hable de Dios y sea un samaritano, que acaba toda impureza legal. La única impureza es no tener misericordia²⁴.

La comunión es con la totalidad del misterio del Señor, «Jesús carga con la condición humana y asume su destino, por eso sufre y muere. Jesús se toma en serio su humanidad. Una llamada a “permanecer” en el camino, y a asumir los costos de la auténtica solidaridad con Jesús y con los pobres, que nunca es inocua o barata»²⁵. Es asumir muy en serio los puntos énfasis de Ignacio con respecto a la vivencia de la tercera semana de los Ejercicios Espirituales [EE 195-197] en esa identificación con el Señor en los padecimientos humanos, aprender a captarlo como divinidad escondida en la realidad crucificada del mundo de hoy y el deseo de una respuesta libre y comprometida.

²³ Cfr. JON SOBRINO, S.J., *El principio misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, (Presencia Teológica 67), Santander 1992, 32-34.

²⁴ Cfr. BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica Deus Caritas Est*, 15, 31.

²⁵ TONI CATALÁ, S.J.; JAVIER MELLONI RIBAS, S.J.; DARIÓ MOLLÁ LLÁCER, S.J., *Considerar cómo la divinidad se esconde*, Op. cit., p. 16-17.

Si Ignacio plantea la búsqueda de la mayor gloria de Dios, ella nace de su experiencia del encuentro con el Señor y las confirmaciones de Dios. (evocación de la visión de la Storta y el nombre de la misma Compañía). En el crucificado resplandece el amor de Dios por la humanidad y brota del corazón el querer y el obrar de hacer algo por Cristo. Dicha mayor gloria es que la humanidad viva o que el pobre viva, siguiendo las propuestas de Ireneo de Lyon²⁶ o San Romero de América²⁷, al igual que lo que dice la iglesia en *Gaudium et spes*²⁸ en el Concilio Vaticano II.

Ignacio de Loyola, buscador de Dios continuamente, experimenta en su corazón una continua llamada a ayudar al prójimo, en lo que hace un proceso de avance desde sus propios intereses a un horizonte universal. Un buscar hasta encontrar lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace, con un apasionamiento de la mayor gloria, sin privilegios ni prebendas, en las fronteras del mundo, en medio de realidades que muchos creen que no existen.

La moción creciente, que poco a poco permea y cambia el corazón de Ignacio, en ayudar a los demás no es fruto de él. Es la semilla sembrada en tierra fértil, recibida en la comunicación inmediata de Dios. En el peregrino crece el deseo e inclinación insaciable de ayudar al prójimo, de modo que se esforzaba no sólo en aprovecharse él mismo, sino en hacer bien a los demás²⁹.

El compartir el llamado al trabajo para seguirlo en la pena y en la gloria [EE 95) se historiza en el servicio de la fe y la promoción de la justicia, con los consiguientes avances en las dinámicas propias del carisma ignaciano en la Compañía de Jesús. Todo un intento para revelar el rostro de Dios en las labores apostólicas que desarrolla la compañía en diversos rincones del mundo.

Los amos y señores de este mundo (multinacionales, oligopolios, grandes ricos) aceptan que se atienda a los heridos de tanta masacre hegemónica, pero que no se denuncie o levante la voz, que no se sane de verdad al herido, que no se luche para que éste no vuelva a caer en sus manos. Un asunto complejo de desligarse de quienes dan apoyo, para hacer ver su caridad fingida, con ruedas de prensa y exaltación incluida –simples migajas que caen de la mesa– pero sin tocar las estructuras o modos de proceder que deja víctimas silenciadas a lo largo y ancho del mundo crucificado.

La iglesia en salida, si es una iglesia samaritana arriesga todo, perder su fama y posicionamiento y privilegios, por colocarse al lado de los excluidos, marginados, empobrecidos. «Una Iglesia que no sirve, no sirve para nada»³⁰; por eso, si es continuidad de la obra de Dios en manos humanas, necesita salida, presencia, coraje y valentía en estos tiempos. La experiencia y enseñanza de la historia muestran

²⁶ «La gloria de Dios es el hombre viviente: y la vida del hombre es la visión de Dios» IRENEO DE LYON, *Contra las herejes*, Op. cit., 20, 7. En esta misma línea en Libro III 20, 2. «La gloria del hombre es Dios; ahora bien, el receptor de la operación de Dios, de toda su sabiduría y de toda su potencia es el hombre».

²⁷ Cfr. «La gloria de Dios es el pobre que viva» Discurso de Mons. OSCAR ARNULFO ROMERO al recibir el doctorado honoris causa por la Universidad de Lovaina, 2 de febrero de 1980.

²⁸ «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia». *Gaudium Et Spes* 1.

²⁹ «Nuestras Constituciones quieren que seamos hombres crucificados al mundo, para los que el mundo está crucificado (Gal 6,14): hombres nuevos, despojados de sus propios afectos para revestirse de Cristo (Ef 4, 24); muertos a sí mismos para vivir la justicia. Que, en palabras de Pablo (2 Cor 6, 5-8), demos pruebas de que somos servidores de Dios en fatigas, desvelos, ayunos, pureza, ciencia, paciencia, bondad, en el Espíritu Santo, en caridad sincera, llevando el mensaje de la verdad» En Constituciones de la Compañía de Jesús, el prólogo antiguo de 1559, Bilbao-Santander, 1996, 23.

³⁰ Título de un libro de JACQUES GAILLOT publicado en *Sal terrae* 1995.

esos momentos en los cuales ha sabido estar con los heridos del camino. Esta obra se hace en lo pequeño, donde no se ve ni se nota la acción, fuera de los centros de poder, de economía, de masificación, allí donde el bien no hace ruido y se corre el riesgo, por eso es obra samaritana, marginal. Muchos por su ideologización y tendencias perversas, desconocedoras o descalificadoras del evangelio no aceptan –incluso desde la misma iglesia- el obrar con el riesgo de la misericordia, sino con paliativos como lo son las obras de misericordia –que parecieran diferir la radicalidad de las exigencias del evangelio-, para evitar conflictos, persecuciones, muerte...

Obrar con misericordia es realizar el oficio de consolar³¹, que si es oficio se trata de una tarea que no se puede delegar, ni dejar para otro momento. Al ser algo tan habitual se desempeña con destreza o dominio en lo que hay que hacer. No es una tarea personal, sino de carácter comunitario, que mediante la acción eficaz consigue que los motivos de abatimiento desaparezcan, para evitar que el estado de indigencia siga. Es alcanzar que se de una comunidad de salvación y un fuerte tejido social que pueda contribuir a mejorar condiciones de vida para las víctimas, los desheredados, los desahuciados; así como ayudar a superar realidades de miedo, zozobra, desconfianza, desencanto.

La dinámica de la consolación se vuelve tarea, porque se ha experimentado en la propia experiencia esta realidad que ha hablado al corazón (Is 40, 1-2), que ha reconstruido historias (el antes y después de la pascua por los testigos escogidos por Jesús), sacado de realidades duras de sufrimientos y tribulaciones (2 Cor 1, 3-11) para ser cómplices del Espíritu del Señor.

En el inicio del camino de la Iglesia, son las mujeres quienes reciben el consuelo de pascua que las pone en camino hacia los aletargados discípulos. Las fragilidades se vuelven fortalezas, las debilidades firmeza y fuentes de agua viva. Una llamada de nuevo personal que devuelve la vida, para descubrir la vida en el cuerpo del viviente. No se trata de ser fugitivos de la comunidad, ni presas de desengaños; al contrario, es la tarea de ver en Jesús como el sufrimiento se comprende como gesto de entrega personal. Ser testigos de solidaridad y justicia para todos los seres humanos.

La consolación entonces no es asunto de imaginación o fantasía. Tarea para tocar la realidad que reconstruye humanidad, entrar en la corporalidad de la vida y muerte del Señor. No es lugar para quedarse enmarañando recuerdos o simples gestos de espiritualismo desencarnado, cual saludo a la bandera, sino hacer algo desde el amor que sufre y se apasiona, se conduce y busca alivio y respiro para los más indefensos.

Se da una comprensión más realista de las causas de la opresión y el dolor del mundo, pero se toma el riesgo de sentido en la entrega de la vida. La maldad de quienes causan sufrimiento, dolor y muerte (no son la última palabra) no se rehúye, sino que se agracia por medio de quienes acogen a Cristo y entregan su vida en esperanza.

En un mundo tan atravesado por egolatrías, intereses de carácter económico, político de unos pocos, en un olvido de las mayorías, ahí está el pecado, colocando en cruz a muchos seres humanos. A dicha realidad se enfrenta Jesús, para romper ese poder destructor de la humanidad, con la entrega total de su vida y ha roto con su muerte ese pecado, haciéndonos capaces de recuperar la capacidad

³¹ Cfr. MARÍA DOLORES LÓPEZ GUZMÁN, *El oficio de consolar. Un decálogo*: Misión Joven: Revista de Pastoral Juvenil 502 (2018) 31-32; 49-56. Cfr. Ejercicios Espirituales 224.

de compartir, unir fuerzas, vivir la vida en plenitud, despertar la capacidad de amar al otro, salir del propio amor, querer e interés [EE 189]. Una apuesta que necesita este mundo herido.

Esta iglesia samaritana, lo será, no por la reflexión de su teología –que ya hay bastante, no suficiente– sino por la acción de misericordia; puesto que, si conoce por experiencia el llanto de los perdedores, el dolor de los que sufren, el hambre de los famélicos, la sed del oprimido, la necesidad de justicia del indefenso, en nombre Jesús toca, cambia agenda y programa, da la mano a los heridos en los caminos a través de la vida solidaria y compartida. No es aquella realidad bucólica que a veces se imagina de abrazar el cuerpo glorioso de Jesús, sino de tocar las llagas (que supone paciencia para ser aliviadas, más el olor de carne en descomposición) signos de dolor y muerte pero que ahora son señal de vida.

Iglesia samaritana que vuelve a comenzar el trabajo, que no se da por vencida a pesar de las duras faenas; que invita a una vida compartida y la ayuda mutua –desde la pobreza de la viuda, la necesidad del enfermo, el grito de quien está solo...– para amar hasta entregar la propia vida. No hay razón alguna para sustraernos a los compromisos del amor, ni tampoco quedar con una conciencia tranquila en un camino de heridos a lado y lado del camino, no hay posibilidad de desviarse –por más gps– para evitar estos trancones de la vida.

El camino parece maldito, pero no por los bandidos, sino por la falta de amor y la indiferencia de los buenos; por eso no se puede faltar a la cita decisiva de estos momentos de la historia, porque el amor exige continuidad y fidelidad, movimiento y acción... Llegó la hora de la acción, de las obras, más que de las palabras y razones.

Las razones del mundo de hoy no son las que vengan de centros de poder o de decisión, sino las del corazón, las que producen el estremecimiento de las entrañas, que se gestan en el profundo dolor del corazón, son síntomas de la presencia de lo divino... para sentir compasión, asimilar en el corazón y ponerse en acción.

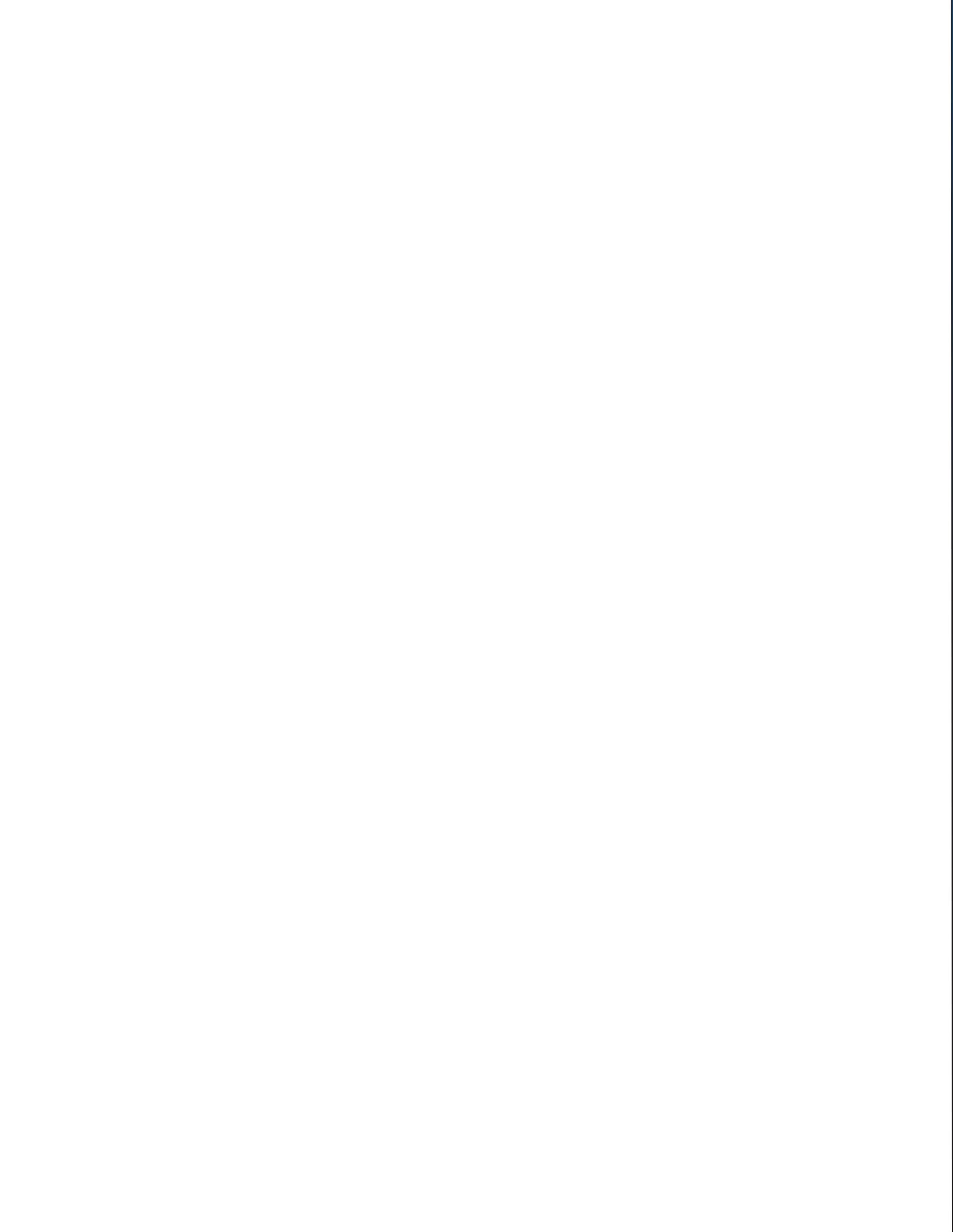
Jesús, ya resucitado, envía a su comunidad al mundo para seguir su obra y misión salvadora cual «signo opaco y luminoso»³² de la nueva presencia y permanencia de Jesús, el gran Samaritano. Hoy, no puede darse una Iglesia encerrada en sí misma y en sus problemas y preocupaciones y de espaldas a los gritos y sufrimientos de la humanidad, que en vez de hacer presente y visible a Jesús hoy, lo ocultaría, lo velaría o lo desfiguraría.

La pregunta no es ¿quién es mi prójimo?... tan estudiado y analizado. La respuesta es la del samaritano por ejercer, sin teorías, ni catequesis la acción salvadora y de vida, por no dar rodeos –análisis sociales, psicológicos, ruedas de prensa– sino que ve al que está en necesidad, en grave peligro y hace lo que está al alcance de la mano porque se encarga del herido y acaba con las distancias del prójimo y lo siente próximo y se vuelve hermano. El amor deroga las distancias, muchas veces interiores y no de kilómetros, en el impulso a salir de nuestro egoísmo, ir contra nuestro estado de bienestar, abandonar nuestros proyectos y esquemas, salir de la tibieza religiosa cómoda y gratificante al encuentro que despoja de máscaras y falsas identidades.

³² PABLO VI, *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi* 16.

Ser testigos de la vida, porque el mandamiento del amor no tiene, ni tolera límites que tranquilicen o neutralicen el servicio. Que Dios nos haga capaces, a pesar de nuestras pocas habilidades o falta de experticia, para crecer en la acogida, hacerle sitio en el corazón, en medio de programaciones y cálculos, para tener gestos, palabras, acciones caracterizados por la humanidad.

«Estén preparados, porque en el momento que menos lo esperan vendrá el hijo del hombre» (Mt 24, 44) él viene, viene siempre, sin anunciarse, con su acostumbrado e inédito disfraz de prójimo. El gesto visible del samaritano, se ha convertido en *«la imagen visible del Dios invisible»* (Col 1, 15) porque prójimo es quien tiene misericordia y no se va, como caminantes del testigo fiel, queda la tarea de hacer lo mismo.





DE LOYOLA A PROGOFF
DOS MÉTODOS DE MEDITACIÓN

Alejandro Angulo Novoa, S.J.

De Loyola a Progoff. Dos Métodos de Meditación

Alejandro Angulo Novoa, S. J.*

Introducción

El santo vasco Ignacio de Loyola y el psicoterapeuta estadounidense Ira Progoff marcan dos etapas de una búsqueda personal que me ha llevado ochenta años. Todavía sigo buscando, porque encontrar a Dios es el sentido de mi vida, lo cual creo que puede interpretarse como un inagotable anhelo místico esculpido en mis huesos.

En esa vía de muchos encuentros que es la mística, encontré dos personas que me dijeron por dónde y cómo había que ir: San Ignacio de Loyola con sus *Ejercicios Espirituales*, al comienzo de mi recorrido; y años más tarde, en el transcurso de mis dudas, Ira Progoff con su *Intensive Journal*. Caminando con ambos, tuve la sensación de ir hacia un destino común; y tuve la intuición de que una aleación bien dosificada de Loyola y Progoff resultaría en un enriquecimiento de los dos métodos y en una ganancia personal, porque muchas de las preguntas que me quedaban sin respuesta, después de «hacer Ejercicios» todos los años, se respondían con la lectura de *At a Journal Workshop* de Ira Progoff¹.

Entre otras, la pregunta *¿Por qué no nos cambian los Ejercicios?*², formulada por el Padre Carlos R. Cabarrús, S. J. flotaba en mi mente y me parecía digna de toda la atención porque revela una crisis espiritual muy honda, no solamente de la época, sino, sobre todo, de la Compañía de Jesús.

Lo que pretende este ensayo es comparar dos herramientas de crecimiento personal que han servido a muchas personas para ayudarse y ayudar a otros a encontrar el sentido de la vida que se nos pierde, a veces, en el camino, porque nos vamos más por los desvíos de nuestras locuras que por las avenidas de nuestra sabiduría interior. Desconocer nuestras facultades mentales puede tener consecuencias trágicas, sobre todo en las épocas en que el espíritu humano se enfrenta a la incertidumbre de su destino. Estas líneas se escriben durante el período de la historia de Colombia que podría llamarse «la época del Coronavirus», la pandemia que aterró al mundo en el año 2020. A la luz de este fenómeno mortífero, la pregunta sobre el sentido de la vida parece muy relevante, porque, de manera irónica, el sentido de la vida tiene su momento más crítico frente a la muerte.

Nuestro itinerario nos conducirá, pues, de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola al *Diario Intensivo* de Ira Progoff. Es un camino, a lo largo de la espiritualidad, hacia la integración personal, la autonomía y la libertad, tres eslabones de una cadena cerrada que conecta estrechamente las tres y hace que a medida que la vida de la persona se va integrando, van creciendo también su

* Licenciado en Filosofía y Teología de la Universidad Javeriana en Bogotá. Magíster en Sociología de la Universidad de California en Berkeley. Doctor en Demografía de la Universidad de París-Sorbonne. Desde 1972 ha estado vinculado al Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) en distintos cargos. Actualmente Superior de la Comunidad Jesuita La Merced.

¹ Cfr. *At a Journal Workshop: The Basic Text and Guide for Using the Intensive Journal Process*, Dialogue House, New York City 1975.

² Cfr. <http://repositorio.uca.edu.ni/3781/1/ Porque%20no%20cambian%20los%20ejercicios.pdf>

autonomía y su libertad. Los humanos no integramos nuestra vida, dice Proffoff, es la vida la que nos va integrando paso a paso, reforzando, al mismo tiempo, esos tres eslabones de la cadena vital. Pero lo que sí podemos hacer es promover y favorecer esa integración mediante un esfuerzo consciente y orientado. Eso es lo que han buscado todos los tipos de ejercicios espirituales que en el mundo han sido.

Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola

El nombre de ejercicios espirituales, es una apelación genérica, pero cuando este texto alude al conjunto de meditaciones, contemplaciones y exámenes, junto con las respectivas instrucciones para realizarlos, que San de Ignacio de Loyola escribió en el siglo XVI, se usarán mayúsculas y cursiva: *Ejercicios Espirituales*.

Más que los temas de las meditaciones y contemplaciones, que son trozos bíblicos transcritos en el lenguaje del santo, lo que más admira en el librito de San Ignacio es el método basado en la cuidadosa, atenta y crítica observación de cada una de las actividades que se llevan a cabo durante el período de los ejercicios. En ese sentido, más que en las meditaciones y contemplaciones, la genialidad del autor aparece en las *adiciones y anotaciones*.

San Ignacio denomina *examen* el registro del desarrollo y resultado de las meditaciones y contemplaciones. Para él existen tres maneras de examinarse uno mismo: examen general, examen particular y examen para la confesión. Examinarse es tomar conciencia del proceso que se vive en cada ejercicio y en el conjunto de todas las prácticas; es, por consiguiente, el control consciente, a posteriori, de un proceso que puede malograrse con relativa facilidad, si no se tiene este continuo cuidado de observar cómo y por dónde se avanza. Ignacio no se contenta con examinar, en general, el proceso, dos veces al día, sino que sugiere examinar también cada meditación; y, si la persona decidiera, además, acudir al sacramento de la confesión, le informa, con gran detalle, cómo examinar su vida. Por último, cuando el ejercitante quiere corregirse de algún mal hábito, le propone el examen particular. Este librito de apuntes que son los *Ejercicios Espirituales* es, pues, la descripción científica del método por el que Ignacio de Loyola llegó a ser la persona extraordinaria que todavía hoy influye en nuestro mundo. Y en ese método el examen es uno de los protagonistas.

La distinción que él establece entre meditación y contemplación es también interesante porque revela su aguda observación de los procesos mentales: meditar es el ejercicio de reflexionar, de pensar; en cambio contemplar es imaginar y emocionarse, disfrutar de la imagen. Como es obvio, ninguna de estas acciones, ni sus respectivas facultades se dan aisladas: nos emocionamos pensando y pensamos emocionándonos. Pero distinguir el pensamiento de la emoción facilita el diseño de ejercicios apropiados para desarrollar la capacidad del practicante de conocerse de manera exhaustiva en su forma de pensar y de actuar: de saber qué es lo que funciona y cómo funciona, qué es lo que le sirve y qué es lo que le estorba, qué es lo que le gusta y lo que le disgusta. Lo cual no es una tarea simple, ni fácil. De otro lado, el método se apoya en sumo grado en la emoción, desacreditada, muy a menudo, por el intelectualismo que aconseja relegarla, como si eso fuera posible. San Ignacio, en cambio, la valora como la coronación de la reflexión acertada: los *Ejercicios Espirituales* son para emocionarse.

Esa maestría en el dominio simultáneo de mente y corazón es justamente la genialidad del santo en el descubrimiento de un método que en sí mismo no añade nada nuevo a las prácticas del espíritu, porque se trata de temas y modos de actuar que la humanidad había descubierto desde mucho tiempo antes; sin embargo, la combinación de técnicas sugeridas para examinar la propia mente e impulsar el propio querer, y, sobre todo, las detalladas instrucciones para realizar cada paso con un orden, un tiempo y una intensidad muy específicos, sí reviste la originalidad que lo hizo famoso.

Es, pues, indispensable comenzar por pensar los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola como una tarea empírica, tangible, observable, así como lo son también la gimnasia y el deporte. Al llamarlos *ejercicios* Ignacio está pensando en actividad y esfuerzo. Al decir *espirituales* entiende que esa actividad y ese esfuerzo son, ante todo, mentales. Pero eso no excluye la dimensión corporal, porque junto con sus meditaciones, contemplaciones y exámenes, recomienda las mortificaciones: castigo corporal, ayuno, limosna. Nos presenta, pues, todo un arsenal de medios para lo que él denomina «ordenarse», o sea, colocar cada cosa en su puesto y respetar el puesto de cada persona, usando siempre todas las cosas y tratando a todas las personas de manera adecuada y, sobre todo, «*salvar su ánima*», que traducido a nuestro lenguaje profano significa no convertir la vida propia ni la ajena en un infierno.

Vale la pena considerar la noción del *puesto* de las personas y de las cosas, porque esa es la raíz del orden. Y sus ejercicios, nos dice Ignacio son para ordenarse. En lo que considera como principio y fundamento de todo su método, Ignacio comienza por la *dependencia*, una idea que la libertad democrática, tiene una gran dificultad en entender y aceptar en la práctica diaria, porque muchos creen que la libertad individual, si es de verdad, no puede tener ningún límite. Y dependencia es, a todas luces, una negación rotunda de esa ausencia total de límites que conduce a la anomia, la ausencia de reglas y, por consiguiente, crea el caos personal y colectivo.

La dependencia fundamental para Loyola es ser creado: el hombre es creado por Dios y depende, por tanto, de Dios. Y la función de los seres humanos, o su destino histórico, o el objetivo para el que fueron creados, es amar y servir a ese Dios que los creó, hacer su voluntad por amor, no por miedo. Creación y amor a Dios son las dos afirmaciones que sostienen su teología de la vida humana. Y todos los ejercicios van encaminados a cimentar, inspirar y reforzar esa dependencia fundamental y totalitaria.

Estructura de los *Ejercicios Espirituales*

Primera semana

La estructura del método de San Ignacio está marcada por lo que él vivió como su proceso de conversión: de soldado a religioso, de creyente superficial a maestro de espiritualidad. Ese proceso fue largo y complicado, supuso una ascesis personal muy fuerte y, por lo mismo, un empeño audaz e inquebrantable. Pero él lo reduce en su método a las «cuatro semanas», nombre que no tiene que ver con la duración concreta de los ejercicios, porque ésta, como se dice de entrada, depende de lo que el ejercitante pueda y esté dispuesto a hacer, así como el que da los ejercicios crea que el ejercitante está en capacidad de realizar y del tiempo que tenga disponible, que puede variar desde un par de horas al día, durante un cierto período, hasta un mes de tiempo completo.

La «primera semana» es el conjunto de ejercicios diseñados para la purificación del ejercitante. Como su inspiración es teológica y su objetivo religioso, Ignacio se vale de la «teoría del pecado» como método de autoconocimiento. El pecado es la forma de abordar la historia personal por el lado de lo que Jung llamaría la sombra, es decir, lo que ocultamos de nosotros porque no nos gusta, para llegar a la transformación en lo que nos gusta: amar y ser amados. El final del primer ejercicio es considerar a fondo la esencia de la redención: «imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz» ver lo que él hizo por nosotros los seres humanos pecadores y decidirse a actuar: lo que he hecho, lo que hago y lo que pienso hacer por Cristo que se ha hecho hombre y ha muerto por mí [EE 53]. Con este comienzo bastaría para toda una vida, y el santo es consciente de eso: si Dios da su vida por mí, yo qué voy a hacer por él. Amor con amor se paga.

La teoría del pecado de Loyola comienza por descubrir todo eso que no nos gusta y darnos cuenta de que es algo muy nuestro, más aún, típicamente nuestro, para lo cual no solamente insta a considerar la situación «sombria» individual de la persona, sino que amplifica el ejercicio a meditar sobre lo que podríamos llamar «el pecado del mundo». Los cinco ejercicios que propone son cinco diversas formas de mirar nuestra sombra, de conocerla, aceptarla y usarla como trampolín para potenciar la creatividad personal mediante la incorporación incondicional de la dependencia de Dios, como estrategia de vida. ¿Cómo llega a esta resolución? Con el recurso de «los coloquios de la misericordia» que hacen parte del segundo y del quinto ejercicio: a saber, el reconocimiento de la misericordia que ha mostrado Dios frente al pecado personal y al pecado del mundo, gracias a la cual no solamente no ha castigado al ejercitante con la muerte y condenación *ipso facto*, sino que le ha permitido practicar estos ejercicios que lo purifican y lo preparan para los ejercicios que siguen, es decir, las «semanas» siguientes. La purificación se realiza mediante la sustitución del miedo por la confianza, o del temor por el amor.

Se puede decir que la primera semana es la siembra del amor. La segunda, la tercera y la cuarta semana van a ser la germinación, brote, florecimiento y promesa del fruto de ese amor, en las cuales Ignacio diseña una secuencia de contemplaciones de la germinación, florecimiento y maduración del amor. Como para Ignacio el único verdadero amor es el de Dios, las contemplaciones se van a escalar sobre la vida de Jesucristo, quien, en lenguaje teológico, es el amor de Dios puesto a nuestro alcance. La abstracción del Antiguo Testamento, el Dios de Abraham, toma una forma humana: Jesús de Nazaret. Y el contacto con ese Jesús tiene que generarnos dependencia, deseo, pasión: obsesión recíproca de enamorados, como se va a seguir induciendo durante las otras tres semanas.

Segunda semana

La «segunda semana» consta de seis ejercicios básicos de contemplación de la infancia y juventud de Jesús, junto con la sugerencia de dos ejercicios más, que sirven de preparación inmediata para una meditación fundamental sobre la forma de organizar la vida de ahora en adelante. A continuación, propone dos meditaciones sobre cómo se hace una elección de vida o de cualquier actividad importante para la vida: la primera es «dos banderas» y la segunda es «tres binarios». En esta secuencia de diez ejercicios inserta una primera reflexión teológica sobre la motivación humana, encuadrándola en la lucha entre Jesucristo y Lucifer. Es, sin duda, una meditación, pero la base es contemplativa porque el ejercicio consiste en imaginar el mundo como un campo de batalla entre las fuerzas del mal y las del bien personificadas en imágenes bíblicas que se han introducido ya en la primera semana con la ponderación

de sus resultados concretos sobre la vida del ejercitante. Pero Ignacio no se contenta con las imágenes bíblicas, sino que mezcla su propia imaginación: el ideal caballeresco medieval de la conquista del mundo por el Rey Temporal impulsa al ejercitante a escoger el servicio del Rey Eternal, que lo invita a luchar con él. Aquí presenta, entonces, el postulado de la decisión individual: escoger es afiliarse con uno de los dos contrincantes. Y se escoge a un soberano que tiene planes sobre el mundo concreto. El Rey, nuestro Señor, quiere compañeros que pueda enviar a todo el mundo. Es la idea del apóstol, el emisario, el que lleva y difunde el mensaje. No sólo es el refuerzo de la resolución tomada en la primera semana, aborrecer el pecado, porque destruye el amor, sino que se ilustra la naturaleza conflictiva de la vida histórica de las personas, durante la cual no se puede ni permanecer inactivo, ni perder nunca de vista la polaridad moral del bien y el mal, por lo cual es urgente afiliarse cuanto antes para actuar, para realizar el proyecto político del Rey, nuestro Señor, y para ello el ejercicio termina con una oración estupenda de «*oblación de mayor estima y mayor momento*» [EE 98]. Es el apóstol que se espera en un cuerpo militante como habría de ser, años más tarde, la Compañía de Jesús.

El ejercicio de «los tres binarios de hombres» es un estudio psicológico magistral de la forma como se mueve la motivación de los seres humanos. También aquí, aunque se trata de una meditación analítica sobre los propios motivos, el ejercicio emplea la estrategia del contraste, induciendo al meditador a objetivar sus propios procesos en tres ejemplos, en apariencia ajenos, de lo que significa querer sin querer, querer a medias y querer de veras. Es en este ejercicio donde aparece en toda su verdad la posibilidad del autoengaño y donde se analizan sus condiciones de probabilidad y la forma de prevenirlo a la luz del criterio básico: el amor de Dios.

Las dos meditaciones contemplativas y analíticas terminan con esa forma particular de oración que Ignacio llama los tres coloquios, donde recurre a los dos grandes mediadores, Jesús y María, para coronar con la súplica directa al Padre de Jesús. La estrategia de estos coloquios es doble: en primer lugar, es emocional, porque entran en juego los afectos que el ejercitante siente por la madre de Jesús como la madre propia, el amor fundamental a Jesús como el todo de la vida personal y el respeto amoroso del Padre como el todo de todo. Pero esa emoción se produce de forma gradual: tiene tres niveles porque cada uno de esos afectos está fundado en diversas percepciones emocionales correspondientes a tres símbolos distintos, cada uno de los cuales evoca una imagen diferente: la maternidad, la redención y la creación. Las dos primeras imágenes son concretas: remiten a la experiencia que cada persona tiene de la propia madre y la del hermano o amigo poderoso e influyente; la tercera imagen, el Padre Dios, es una referencia abstracta que, sin embargo, es el presupuesto inicial básico de los ejercicios como se explica en el mencionado prólogo titulado Principio y Fundamento. En este sentido también es una referencia que puede producir una emoción sensible muy profunda. En el caso personal de Ignacio no hay la menor duda porque él tuvo una relación particularísima y muy intensa con la Santísima Trinidad, pero él presupone que quien se embarca en la experiencia de los *Ejercicios Espirituales*, puede también realizar una experiencia parecida. Tenemos, pues, en los coloquios, tres gradas de la escala mística que Ignacio ha recorrido y por la que invita a subir al ejercitante.

La segunda semana se concluye con ocho contemplaciones de la vida de Jesús desde su salida de Nazaret, el bautismo, las tentaciones en el desierto, la elección de los apóstoles, el sermón de la montaña, la aparición en el lago, la predicación en el templo, la resurrección de Lázaro y la entrada, con palmas, a Jerusalén. Es la materia prima de los Evangelios. También es, sin duda, un tratado psicológico de enorme riqueza orientado a favorecer lo que constituye el meollo del método: que la persona se decida a seguir a Jesús, a imitarlo,

es decir, a convertirse en una encarnación del amor de Dios en el mundo, en una palabra, a *divinizarse* mediante un amor personal e incondicional a la persona de Jesucristo nuestro Señor [EE 5].

Para entender y aceptar lo que quiere decir la divinización del ser humano basta con remitir a la teología de San Pablo en el cristianismo, a la iluminación en el budismo, al *dharma* en el hinduismo, o al *salah* en el islamismo. Aquí no entramos en la descripción de la persona divinizada, o en la esencia de la divinización, sino sólo en el método de disponerse a esa transformación, según Ignacio de Loyola.

En todos esos métodos de corte religioso el camino que hay que recorrer es el mismo: purificarse de las ideas y prácticas egoístas, también descrito como vaciarse de sí mismo, y entregarse al amor trascendente que se traduce de forma concreta en el servicio a los demás, el impulso apostólico. En su método Ignacio introduce la *consideración y advertencia de tres maneras de humildad*, que constituye una estrategia de purificación articulada sobre las doctrinas y emociones generadas durante los ejercicios anteriores. En efecto, las dos primeras humildades están basadas en la «teoría del pecado»: la primera es tratar por todos los medios de evitar el pecado mortal dominando la codicia y el temor a la muerte, la segunda es tratar por todos los medios de evitar el pecado venial controlando las preferencias en comodidad, fama y duración de la vida. La primera humildad es «necesaria», dice Ignacio porque tiene que ver con la salvación eterna. La segunda es «más perfecta que la primera» porque incluyendo la primera, supone, además, el dominio de los gustos personales. La tercera, para Ignacio es «perfectísima» porque, además de las precedentes, incluye una decisión firme de imitar la parte dura de la vida de Jesús: vivir pobremente, prescindir de la fama e inclinarse más bien hacia el desprestigio. En esta consideración de las *tres humildades* aparece un principio ascético primordial de Ignacio y es que para vaciarse de sí mismo no basta con expulsar las impurezas, sino que es indispensable sustituirlas por sus contrarios y llenarse de deseos de lo que nadie desea sin un motivo de amor «perfectísimo». En latín se dice *agere contra*, actuar al contrario [EE 13, 157, 217].

El contexto de las «tres humildades» es la opción fundamental del ejercitante, su elección incondicional de alistarse bajo la bandera de Jesucristo, por lo cual Ignacio las coloca antes de entrar en las elecciones.

«Las elecciones» es el capítulo más largo de los *Ejercicios Espirituales*, consta de veinte numerales, del 169 al 189. Esta dimensión demuestra la importancia del asunto. Puede, sin duda, afirmarse que los *Ejercicios* son un método para elegir como Dios manda. Al fin y al cabo, el éxito en la vida consiste en minimizar los errores y las equivocaciones en las tomas de decisiones que tejen la trama de la vida real. En esos veinte números San Ignacio presenta un preámbulo, tres tiempos aptos para elegir bien y dos modos para hacerla «sana y buena». Es, pues, un verdadero compendio de las condiciones que conlleva una decisión acertada, que minimiza el riesgo de error mediante un cuidadoso proceso de observación, tanto de la materia como de la forma y el tiempo de dicha decisión.

Por lo que se refiere a la forma, el preámbulo postula, en primer lugar, la actitud de quien elige. La persona abocada a la selección de una forma de vida debe proceder con lógica, o sea, escoger los medios de acuerdo con el fin que pretende. Este fin es siempre servir a Dios y los medios no pueden consistir en cosas malas o prohibidas, deben seleccionarse exclusivamente para ese fin. Ignacio ilustra la falta de lógica y de exclusividad dando ejemplos de varios mamíferos racionales cuyo raciocinio es dudoso, ambiguo, o claramente erróneo.

Por lo que toca a la materia de las elecciones hay cuatro recomendaciones:

1. Que se elijan cosas buenas en sí o que pueden ser buenas en este caso; y que no se delibere sobre cosas malas o prohibidas,
2. que se escojan cosas que se pueden cambiar y no aquellas que ya no tienen remedio,
3. si se trata de una elección que ya no se puede cambiar, tal vez es posible mejorar la actitud de la persona hacia la cosa, sobre todo cuando la elección inicial fue por motivos no santos,
4. que no se pierda tiempo revisando elecciones bien hechas. Esta última recomendación no es obvia cuando se trata de ejercitantes escrupulosos que están siempre dudando y reexaminando su pasado.

De dichas recomendaciones queda aún más claro lo que en la introducción a los ejercicios el santo llama *ordenarse*. La apariencia de sentido común de las recomendaciones queda refutada en la práctica del autoconocimiento, cuando cada quien verifica el dicho del Maestro: «el que de ustedes esté sin pecado, que tire la primera piedra», y los primeros en irse abochornados fueron los más viejos. Y por lo que se refiere a los tiempos aptos para elegir, Ignacio considera que hay tres: el primero es cuando alguien está entusiasmado e inspirado por Dios; el segundo es cuando discierne sistemáticamente sintiendo gustos y disgustos, preferencias y rechazos que le producen dudas e incertidumbres; el tercero es cuando está uno en paz, y puede considerar los pros y contras con un raciocinio tranquilo y con deseo de servir a Dios.

Ahora bien, para facilitar el trabajo en el tercer tiempo, que es el tiempo normal, la cotidianidad, como la llaman hoy algunos, Ignacio sugiere dos modelos: el primero tiene seis pasos; el segundo tiene cuatro. Los seis pasos del primero se pueden enunciar en la forma siguiente:

1. Información
2. Indiferencia
3. Oración
4. Ponderación
5. Balance
6. Refrendación

La información sobre el objeto de la elección, sus elementos y condiciones y sus consecuencias es fruto de la observación sistemática del asunto, de forma tal que los pasos siguientes tengan un piso válido, verdadero y lo más completo posible, para que no resulten pasos en falso. La tendencia humana facilista, por su nombre *pereza*, nos lleva con frecuencia a minimizar la información, ya que ésta siempre requiere esfuerzo. El segundo paso que es controlar las preferencias y los gustos de tal manera que lo que se elija se ajuste siempre a la voluntad de Dios, es la famosa dependencia que limita la probabilidad de los motivos no santos. Para ayudarla, viene el tercer paso que es la petición del auxilio divino para *querer* de acuerdo a lo que Dios quiera. El cuarto paso es la lista de pérdidas y

ganancias que hay en escoger o no escoger algo. El quinto paso es aplicar la lógica, en vez del gusto, es decir elegir lo más adecuado al logro del objetivo. El sexto paso es volver a la oración y ofrecer a Dios la elección confirmando el empeño en realizarla en la práctica.

Los cuatro pasos del segundo modelo son:

1. Sentir el amor
2. Imaginar aconsejar
3. Imaginar la muerte
4. Imaginar el juicio.

El primer paso es despertar la emoción de lo divino, sentirse apasionado por Cristo en el trabajo de elegir. El segundo, tercero y cuarto pasos recurren a la imaginación creadora como guía para cribar las preferencias y al uso del temor en cuidadosa dosis personal.

Aparece de nuevo el psicólogo Ignacio aplicando su psicología a su mística y mostrando la necesaria complementariedad de entendimiento y emoción en el genuino acto humano consciente. Ambos modelos son formas de entrar en la propia consciencia, formas de meditar y contemplar, pero la primera forma va de la mano del intelecto y la segunda vuela en el vehículo de la imaginación. En el primer modelo hay dominio de la lógica: es un balance. En el segundo priman las emociones: dar un buen consejo, sentir la propia muerte, temor de ser juzgado. Los dos modelos son también pruebas de la autenticidad del amor de Dios que siempre tiene el riesgo de ser palabrería o autoengaño; por ello Ignacio acude también al temor, pues como él mismo dice, «si me olvidare del amor de Dios, que al menos el temor del castigo me ayude a no pecar».

Y cierra la segunda semana con una nota: si los ejercicios no van encaminados a una elección propiamente tal de una forma de vida, se pueden hacer con miras a «reformular y enmendar la propia vida y estado», que es uno de los objetivos más comunes en la práctica actual de los ejercicios ignacianos.

Tercera semana

Una vez que se ha montado la herramienta para realizar la elección o la reforma de vida, según lo indica al terminar la segunda semana, San Ignacio continúa con la contemplación de la pasión de Cristo Nuestro Señor. Como en las dos semanas anteriores, el autor recomienda la libertad en acomodar los contenidos y formas a las necesidades y posibilidades. Es muy notable la flexibilidad que el santo recomienda como principio, teniendo en cuenta que todos los ejercitantes son diversos, buscan objetivos diversos, están en distintas condiciones de salud y en espacios diferentes que los condicionan, pero el principio es lograr la mayor eficacia en el uso de todas las modalidades de ejercitar el entendimiento y la voluntad: meditación, contemplación, «aplicación de sentidos», coloquios, exámenes, consideración libre durante la jornada.

La «tercera semana» es la consideración espiritual, teológica, *del dar la vida por amor*. En literatura, en historia, en moral o en simple conversación mundana el dolor es una buena parte de la sustancia de la vida de los seres humanos. En la teología cristiana, el crucifijo resume en una sola figura toda esa teoría, pero, sobre todo, la terrible práctica histórica humana del homicidio, la tortura, la explotación económica y sexual del trabajo humano, aderezada con la calumnia y la estafa, en todo lo cual el hombre es lobo para el hombre. San Ignacio experimenta cómo ante semejante realidad sombría y trágica, la espiritualidad del amor a Jesucristo, «colgado en cruz», es el único camino para aliviar tan gran dolor. Y para fraguar ese amor, lo somete al crisol de la compasión: «*dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí*» [EE 203].

Hay unas técnicas particularmente intuitivas en perspectiva psicológica:

- a. La programación del sueño y del despertar [EE 73-74],
- b. la concentración de la atención [EE 20, 206, 229],
- c. la repetición modulada de todos los ejercicios,
- d. la flexibilidad en todo lo que pueda ayudar para la distensión y la concentración [EE 4, 62, 76, 79, 80, 81, 129, 130, 162, 209, 227, 228].

Estas recomendaciones para lograr mayor eficacia en cada meditación o examen serán otro de los aspectos en que la coincidencia de Loyola con Progoff llama la atención de quien compara los dos métodos diseñados con 400 años de diferencia en el tiempo.

Respecto a la programación del sueño, la recomendación es doble:

- a. Que antes de dormirse, el ejercitante piense a qué hora se va a levantar al día siguiente y haga un resumen de lo que va a meditar [EE 73],
- b. que apenas se despierte, se concentre en recordar el tema y provocar la emoción correspondiente a dicho tema, sin pensar en nada más [EE 74].

Esta práctica es sumamente importante porque permite aprovechar también el período del descanso nocturno, de tal forma que compromete al inconsciente en el trabajo, con lo cual los *Ejercicios* alcanzan su mayor nivel de profundidad.

El énfasis en provocar con un esfuerzo intencional la emoción será un consejo muy explícito en cada ejercicio, de tal forma que quien se ejercita permanezca todo el día con su atención fija en el tema del momento, no solamente con el pensamiento, sino también con el sentimiento, lo cual es una estrategia que compromete todo el empeño y el esfuerzo consciente de la persona. Lo que él llama *aplicación de sentidos* no es sino una forma muy sencilla y práctica de provocar emociones y sentimientos [EE 66, 121].

Y para evitar cualquier distracción aconseja no querer saber lo que se va a meditar o contemplar en los otros días [EE 11, 127]. Además, cada ejercicio comienza con «ver el lugar», lo cual no es más que amarrar la imaginación para que no se vaya para otros

lugares. Es, pues, un genuino ejercicio de concentración que desencadena inevitables procesos internos y externos en quienes lo practican con seriedad. Tanto es así que el santo recomienda que, si el ejercitante no siente nada en esos procesos, el que da los ejercicios le pregunte cómo está trabajando [EE 6]; y al mismo ejercitante, del que supone la buena voluntad [EE 5], le aconseja que se examine con cuidado y haga los cambios que le dicte un examen atento y detallado de la materia, del tiempo, de su estado físico y de su disposición anímica [EE 89]. La falta de esta concentración es una de las causas de que la experiencia resulte infructuosa.

Cuarta semana

Es el cierre de la experiencia, donde el santo recomienda que se disminuya el número de ejercitaciones diarias. Estas versan sobre los misterios gloriosos de la vida de Jesús, comenzando por la resurrección y las apariciones hasta la ascensión a los cielos. San Ignacio añade dos apariciones a las que nos narran los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles: una de sentido común, a la Santísima Virgen, su madre, y otra, legendaria, a José de Arimatea. Esta aparición pertenece a la leyenda en torno al dueño del sepulcro en que fue enterrado el Señor Jesús.

La cuarta, como la tercera semana es también una serie de contemplaciones confirmatorias de la elección o la reforma mediante la familiarización con la vida triunfante de Jesús Nuestro Señor. La emoción predominante es el gozo, la alegría, y para inducirla Ignacio, siempre psicólogo, recomienda suavizar el trabajo y la penitencia. Así como la compasión fragua el amor, el gozo compartido lo solidifica y lo hace brillar. El amor de Dios es una joya que no sólo hay que forjar con diligencia, sino que también hay que pulir con cariño constante y frecuente.

La última práctica de esta última «semana» es la *Contemplación para alcanzar amor* [EE 230-237]. Si hasta el momento alguien pudiera abrigar la menor duda sobre el talante místico de Ignacio por su meticulosidad analítica y sistemática, esta contemplación deshace cualquier objeción. Es una obra maestra de teología aplicada, al mismo tiempo que un instructivo de altísima calidad como método para aprender a contemplar.

Lo primero es que Ignacio invita al ejercitante a ir al cielo mismo, donde está Dios nuestro Señor, a quien todos los ángeles y santos le ruegan que le conceda la petición al que está terminando los Ejercicios. Si el escenario no puede ser más solemne, la petición tampoco puede ser más exigente: *en todo amar y servir a su divina majestad*.

A esta solemne entrada le siguen cuatro puntos: el primero es el reconocimiento y la acción de gracias por todos los beneficios recibidos. Este punto termina con la bellísima oración que inicia con *Tomad, Señor, y recibid* [EE 234]. Son tres líneas escasas, pero a Ignacio le bastan para entregarse todo en ellas, retratando en esa forma su alma y exhortando al ejercitante a que no se reserve nada para sí mismo. Es la llamada al aparente vacío de la divinización. Así culmina un proceso que, comenzado con la purificación y cultivado con la imitación, es coronado con la total y agradecida entrega sin condiciones de toda la libertad, la memoria, el entendimiento y de *toda* la voluntad. Y, desde luego, de todos los bienes que la persona posea. Ignacio sabe muy bien que la identificación con Jesús no se logra solamente con meditar y contemplar, sino que es necesario comprometerse a trabajar; y este compromiso es la entrega total

de la libertad y de la voluntad, apoyada con el testimonio de vida pobre y la limosna. El que ama y sirve a su divina majestad cambia su libertad por su dependencia amorosa y su voluntad por la aceptación entusiasta de la voluntad divina. Y esa voluntad contiene siempre testimonio de desprendimiento de la riqueza mundana y servicio del prójimo.

El segundo punto es darse cuenta de que Dios «habita» nuestro mundo. Aunque la contemplación comienza viéndolo en el cielo, este punto es para tomar consciencia de que cielo y mundo están divinamente conectados porque Dios se mueve en todo ese espacio. La visión mística ve a Dios en todas las personas y en todas las cosas. No es la ingenuidad de creer que no hay corrupción humana, sino la visión trascendente que supera ese deterioro del amor. Que haya miopes que abusan de las personas y de las cosas no significa que Dios se haya ido de nuestro mundo, sino que algunos humanos no lograron, no logran y no lograrán verlo. Es un problema de la visión humana, no de la ausencia de Dios.

El tercer punto es descubrir que Dios está «trabajando» en cada elemento de nuestra realidad cotidiana. Esta visión mística de las cosas recuerda la explicación que Aristóteles daba del movimiento de la vida como resultado de un *motor inmóvil*, un principio supremo inmutable que impulsa toda la vida que no es sino movimiento y mutabilidad. Pero en la visión mística de Ignacio no hay nada de inmovilidad, sino que todo cuanto existe fue creado por Dios y funciona porque Dios está muy activo ahí. Desde luego, las disfunciones de la historia humana no son fallas de Dios, sino de sus servidores, como lo sabe el que hace los Ejercicios desde la primera semana, cuando medita en «el pecado del mundo».

El cuarto punto es descubrir que todo lo bueno y lo bello de la vida es el reflejo, o la derivación de la bondad y de la belleza de Dios. Es el cierre del ciclo divinizante: el «convertirse a Dios», por así decir, que suponen los *Ejercicios Espirituales*, es más bien «convertirse en Dios», un asunto de libertad y voluntad, pero que depende totalmente de la generosidad divina, no del capricho humano, como se desprende del primer punto. El proceso de conversión es meterse en la cabeza que, si algo *es*, lo es porque *viene* de Dios y *se parece* a Dios. No solamente es un cambio radical de perspectiva del individuo autosuficiente y egoísta que se apodera de todo y atribuye todo a su genialidad, sino que es ante todo un cambio de comportamiento del individuo sometido conscientemente a Dios y entregado a su servicio, o sea, al servicio de los demás. Esta experiencia profunda de lo espiritual y lo divino es el mecanismo que convirtió a Ignacio y a sus primeros compañeros en la Compañía de Jesús. Y ese mecanismo sigue siendo hoy en día el método de iniciación de los seguidores de ese grupo.

El Diario Intensivo de Ira Progoff

Ira Progoff también propone un conjunto de ejercicios espirituales que no se inspiran en las creencias cristianas, sino en los postulados psicológicos de la que podría llamarse la escuela psicoanalítica inspirada en Carl Jung. También Progoff establece la distinción entre meditación y contemplación, y su objetivo es la integración de la persona, pero no con la referencia trascendente y teológica de Loyola, «la salud del ánimo» [EE 1], sino con la referencia científica y psicológica de la salud mental. Con todo, como él mismo advierte de manera enfática, *el Diario Intensivo* no es un método terapéutico para el stress, sino una forma práctica de alimentar la creatividad personal, fortalecer la autonomía y aumentar la libertad de cada uno.

Progoff, como Loyola, subraya la dependencia, pero no de un ser imaginario, exterior a la persona, sino del mismo ser humano concreto que se ejercita espiritualmente, o sea, la dependencia del propio criterio bien informado y conocido que, a su vez, depende del talento de la persona individual, tanto como de las circunstancias reales de la propia historia. Hoy llamaríamos eso una invitación al realismo histórico. No a un realismo miope, porque la dependencia de nuestra propia historia no es un hecho solamente individual, sino que es al mismo tiempo un hecho colectivo. Todos somos creaturas de nuestro tiempo y de nuestro espacio y todos dependemos de todos en alguna forma.

Progoff no nos remite a la Biblia, el libro sagrado al que nos remite Loyola, sino a la propia autobiografía, a la historia individual de cada persona consciente y responsable, porque desde su perspectiva científica, la historia personal de cada uno es, no solamente sagrada, por ser su verdadero patrimonio y parte también del patrimonio actual de la humanidad, sino que es, sobre todo, su única realidad. Por esa razón los ejercicios del *Diario* comienzan por recuperar la propia biografía. Esa recuperación la llama escritura de la «biblia propia».

Y al igual que Loyola, Progoff encarecerá al término de cada ejercicio el control estricto de la experiencia, el examen escrito, para garantizar, en lo posible, la autenticidad y la veracidad de la meditación y la contemplación. El autoengaño es muy común, bien sea por ignorancia o por malicia. Por eso los dos autores enfatizan el examen cuidadoso de la experiencia meditativa para descubrir, según Loyola, al *demonio*, y según Progoff, al *ego*. En ambos casos la connotación es evitar los juegos que la memoria, determinada por nuestro amor propio, suele hacernos para disfrazar los hechos, colgarles interpretaciones y grabarlos en versiones que nos favorecen. Progoff, además, recomienda que toda la experiencia se ponga por escrito en el mismo momento en que se está meditando o contemplando, a pesar de la dificultad de contemplar y escribir al mismo tiempo, para que el control del proceso se pueda realizar sobre una realidad documentada y no solamente sobre recuerdos de realidad, por recientes que éstos sean.

Un diario estructurado

Como la base del trabajo que diseñó Progoff es la escritura de la vida, el nombre que escogió para la experiencia que él propone es diario. Pero para diferenciarlo de la noción genérica de diario, que denota los apuntes que uno puede hacer cada día sobre su vida, bien sea para recordar su trayecto, o para darse a conocer a otros, o para mantener un registro de actividades profesionales, artísticas, deportivas, o para cualquier otro objetivo personal, Progoff le añade la calificación de *intensivo*. Significado que él mismo explica como un método estructurado de recordar y tomar apuntes, a vuela pluma, sobre la propia autobiografía.

La estructura del método consta de dos grandes partes que se pueden ver mejor en la primera edición del texto en dos volúmenes:

1. *At a Journal Workshop*
2. *The Practice of Process Meditation*

Que traducidos muy libremente podrían titularse

1. Taller de Diario
- y
2. Taller de Meditación

En la actualidad el método se comercializa arreglado en un solo volumen, bajo el título del primer volumen original: *At a Journal Workshop*, pero con el contenido de los dos tomos originales. Parece que el proceso editorial hubiera seguido a la comprensión que el autor adquirió a lo largo de su práctica como psicoterapeuta, o sea, la integración de la meditación como práctica cotidiana necesaria para una vida funcional e innovadora.

El principio básico del método es el conocimiento de sí mismo como la actividad más importante de la propia vida. Se puede ser más autónomo, más libre y más innovador cuanto mejor se conozca uno a sí mismo. Pero ese conocimiento propio, que muchas personas dan por descontado, por el simple hecho de estar vivas y trabajando o impidiendo el trabajo de los demás, es un fenómeno muy raro, un bien muy escaso, una capacidad difícil de conseguir.

La experiencia terapéutica de Progoff lo condujo a la conclusión de que conocer, de oídas o por la lectura, la vida de personas insignes tenía un efecto contante y sonante sobre la propia personalidad. Y así nos cuenta cómo empezó a «recetar» a sus pacientes la lectura de biografías ajenas y la escritura de la propia vida, abriendo en esta forma el camino a la práctica de la autobiografía como método de trabajo. Esto también lo sabía Ignacio de Loyola, quien comenzó su conversión, como el mismo lo cuenta en su propia autobiografía y lo recomienda en sus Ejercicios Espirituales, leyendo vidas de santos.

Muy pronto, gracias a dicha experiencia, Progoff empieza a imaginar una forma práctica de «trabajar» la propia biografía de manera sistemática, para uso de las personas que, sin requerir de psicoterapia porque no están enfermas, sí desean mejorar su vida en uno o varios aspectos: relaciones personales, laborales, etc. En pocas palabras, Progoff concibe un libro de autoayuda, pero no para la venta masiva y la ganancia de los libreros, porque de éstos ya hay demasiados.

Es muy probable que este libro haya nacido en el ambiente académico del Instituto para la Investigación de la Psicología Profunda de la Universidad de Drew, en New Jersey, que él dirigió de 1959 a 1971. En todo caso, el primer volumen vio la luz en 1975 y el segundo volumen en 1980. Pero el método es uno solo y sus ejercicios están en un orden específico orientado a echar a andar un proceso mental y a promover el progreso espiritual.

La recomendación fundamental es que lo que escriba la persona sea espontáneo: lo primero que le viene a la mente, sin elaborarlo, sin censurarlo, sin disfrazarlo. Para Progoff, la espontaneidad es un valor primordial, porque es la forma de asegurar que la idea o el sentimiento son auténticos y no revisados para la exportación. En esa misma dirección, el segundo consejo es no censurar la escritura de las notas, ni por su contenido, ni por su forma, ni por su orden, porque se perdería la espontaneidad. No es un ejercicio literario, sino una práctica de autoanálisis. Además, no se debe borrar para corregir nada de lo escrito: si en la relectura que hace parte de los ejercicios la persona encuentra que algo puede ser formulado con mayor precisión, no debe borrar lo primero que escribió, sino tacharlo ligeramente y añadir la nueva versión más precisa; y la tachadura debe ser solamente una línea, de tal manera que la primera versión sea legible. Esta recomendación es muy sabia desde el punto de vista del método, porque esa primera versión es más espontánea, mientras que la segunda puede ser cuestionable y arreglada.

Seres temporales y espaciales

Los dos grandes ejes de la vida del ser humano son el tiempo y el espacio. Por eso el método comienza haciendo consciencia de esa dimensión temporal: la primera pregunta que se hace en el *Taller del Diario* es «¿dónde estoy hoy en mi vida?» El primer ejercicio consiste en el recuento del presente de la persona, que, desde luego arrastra un aluvión de recuerdos, pero el énfasis es observar los propios sentimientos y las propias ideas, las preocupaciones y los planes, las expectativas y las creencias que ocupan la mente hoy por hoy. El presente es la realidad: el estado actual de las cosas y su observación detallada es la base sobre la cual se para quien hace el taller. Si tiene bien asentados los pies en el presente, podrá mirar sin dificultad el pasado y otear confiadamente el futuro.

Una vez que el ejercitante siente que ha descrito su presente, Progoff le sugiere que evoque «la imagen de su presente». Y cuando ha descrito esa imagen le pide que la compare con lo que escribió antes. Esta sugerencia es una llamada de atención para que la persona se coloque en posición de ensoñación, y dejando ya la anotación de sus recuerdos presentes, se repita la pregunta, pero no la conteste como ya lo ha hecho sobre la base de sus recuerdos históricos, su memoria consciente, sino que acuda a su imaginación y anote las imágenes que esta pregunta le suscita, qué siente cuando se hace la pregunta. Esta es una petición de ayuda al inconsciente personal. Es posible que, al hacer la correlación entre lo que se respondió a base de recuerdos y lo que se siente al evocar imágenes, se descubra que las emociones no corresponden, no van en la misma dirección. Y en este caso vale la pena mirar cómo se da y en qué consiste esa divergencia.

La posición de ensoñación es la actitud de frenar los recuerdos conscientes que ha provocado la primera parte del ejercicio y enfocar la atención en los símbolos, los lugares, las representaciones visuales y las sensaciones corporales que pueden producirse al hacerse la misma pregunta sobre el momento actual. Dejar de razonar y dedicarse a sentir. Con una expresión gráfica se diría frenar el pensamiento y acelerar la imaginación. Como estamos habituados a pensar y juzgar con palabras, nos puede resultar extraño mantenernos solamente en el campo de la percepción, sin opinar, sin emitir juicios; Ignacio de Loyola describe con mucha propiedad esta manera de contemplar cuando la llama «aplicación de sentido». Así, en la meditación del infierno dice: *el primer punto será ver con la vista de la imaginación los grandes fuegos y las ánimas como en cuerpos ígneos... el segundo oír con las orejas llantos alaridos voces, blasfemias... el tercero oler con el olfato humo, piedra azufre... el cuarto gustar con el gusto cosas amargas, así como lágrimas... el quinto tocar con el tacto... como los fuegos... abrasan las ánimas* [EE 66-70]. De la misma manera la contemplación de la encarnación: *el primer punto es ver las personas... unos blancos y otros negros... el segundo oír lo que hablan las personas... como juran y blasfeman... el tercero después mirar lo que hacen... así como herir, matar...* [EE 106-108].

La aplicación de sentidos de Loyola y el paso a la imaginación de Progoff no son, sin embargo, enteramente iguales, porque en el caso de Ignacio se pide que el ejercitante induzca las imágenes de manera activa; en cambio, en los ejercicios de Progoff se trata de frenar el flujo de los recuerdos y mantenerse pasivamente abierto a las imágenes que se derivan de la escritura de los recuerdos anteriores. El ejercitante repite la pregunta, ¿dónde estoy hoy en mi vida? Y permanece en silencio observando lo que su mente y su emoción le suministran como reacción emocional a esa pregunta; no pide una respuesta literal, como en la primera parte, sino que se observa a sí mismo en la profundidad de su silencio y se conoce sin decirse. Esa posición es de un equilibrio interno que supone una

concentración muy alta y una distensión muy profunda para que la imaginación no encuentre obstáculos. Es soñar despierto, o sea, con la advertencia consciente, pero en una posición mental que se define como ‘cercana al sueño’, en el cual no hay consciencia que corrija, sino solamente concentración que recuerde más tarde la imagen. En este ensayo se llamarán *imágenes crepusculares* o también ensoñaciones, para distinguirlas de los sueños nocturnos de la persona que duerme.

El hombre y sus sueños

Los sueños nocturnos son otro de los elementos que Progoff considera de altísimo valor para el trabajo del autoconocimiento, porque en ellos se encuentra libre la imaginación de la persona. Lo más adecuado es llegar al taller con un archivo de sueños. A falta del cual, que es la situación más común, el ejercitante debe empezar a escribir su colección de sueños durante el taller. Y Progoff propone un ejercicio específico para meditar en los sueños como proceso, lo cual es la razón para que, si la persona no tiene una colección de sueños, empiece de inmediato a escribirla y no pretenda trabajar con un solo sueño.

El método tiene todo un capítulo dedicado al análisis de los sueños como corresponde a un buen discípulo de Carl Jung. La hipótesis básica es que existe un proceso inconsciente en cada persona y que los sueños nocturnos son la forma como se nos revela ese proceso. Como es inconsciente no tenemos un acceso directo para conocerlo por medio de nuestro intelecto consciente que es el instrumento ordinario con el que conocemos. Pero, además, el contenido inconsciente que acarrearán los sueños no lo entendemos, porque los sueños no nos hablan con palabras, como hacemos nosotros en la vida diaria, sino con imágenes y símbolos.

Por consiguiente, saber qué nos dice nuestro inconsciente es importantísimo, pero es difícil de lograr. Progoff establece algunas reglas que nos ayudan a comprender ese lenguaje de los sueños:

1. No tratar interpretar el sueño textualmente;
2. no creer que tiene una relación inmediata y necesaria con lo que se está viviendo o con lo que va a suceder;
3. no pedir a otra persona que nos interprete un sueño nuestro.

La primera regla es útil para evitar la pérdida de tiempo que hay en tratar de volver racional lo que no lo es; los sueños no hablan en lenguaje racional sino en símbolos. Los diálogos que podemos oír en sueños no son una charla directa del inconsciente con el que sueña, sino un mensaje simbólico en un contexto diferente a aquel en que nos movemos a diario. La segunda regla nos dice que, aunque el sueño pueda tener referencias a lo que estamos viviendo en esos días, y aunque aparezcan elementos de la vida real del día anterior, no hay que creer que nos va resolver el problema que nos preocupaba cuando nos fuimos a la cama. Y cuando nos trae soluciones propiamente dichas también usa símbolos que tenemos que dilucidar para que nos resulten de verdad útiles. El químico francés Kekulé no vio el anillo del benceno en su sueño, sino dos culebras que se mordían la cola, pero una observación atenta de ese símbolo universal, le dio la clave para hacer su hipótesis sobre la unión de los átomos de carbono. La tercera regla previene una reacción ordinaria de muchas personas que acuden a alguien, profesional de la psicología o amigo personal, o nigromante, para pedir

ayuda con el significado de los sueños que los inquietan. Progoff insiste en que, aun en este caso de angustia, nadie puede dar una ayuda eficaz para la comprensión del sueño, la persona debe trabajarlo por su cuenta.

La razón principal de esta posición metodológica es que los símbolos de los sueños son personales y, por consiguiente, nadie más tiene acceso a lo que impacta íntimamente a la persona ni a sus genuinas respuestas a ese impacto. Es la persona misma la que tiene que observar lo que le producen las imágenes de los sueños en su vida emocional y en su contexto íntimo y reflexionar sobre ello y sobre cómo se enganchan con todo el material acumulado en su memoria.

La técnica para trabajar los sueños, en apariencia simple, es meterse en el proceso de los sueños a través de un sueño particular reciente o antiguo. Pero como se dijo antes, inducir una buena ensoñación requiere, en la mayoría de las personas, alguna práctica en situarse en esa posición mental. Ahora bien, en posición de ensoñación, Progoff recomienda recordar los sueños, bien sea sueños antiguos que se recuerdan por su impacto, o sueños recientes, y tratar de reconstruir todo el proceso uniendo unos con otros, en orden cronológico y tratando de llenar los huecos. Como se puede ver, este procedimiento supone el registro de los sueños, donde hay un cierto número de sueños, o de fragmentos de sueños, y están consignados en orden cronológico. Si no se tiene el registro, la recomendación es hacerlo, con ese mismo método de soñar despierto lo que se soñó dormido. Es un recurso en el que se aplica el dicho de que el empeño y la constancia logran lo que la dicha no alcanza. Lo cierto es que el empeño logra bastante, porque la práctica refresca la memoria onírica, lo mismo que la histórica.

Así pues, no se analizan los sueños, sino que se recupera todo lo que se pueda del proceso completo y el ejercitante dedica ratos a meterse en ese ambiente onírico y tomar nota de lo que siente y de lo que le inspiran los símbolos que desfilan por su imaginación. Al adquirir familiaridad con sus símbolos, el ejercicio, sugiere Progoff, puede consistir en construir un diccionario de los propios símbolos y relacionarlos con las ideas del proceso consciente que aparece en su biografía.

La marca de la historia

Una vez situada la persona en su presente, el segundo ejercicio es hacer el índice de la propia biografía que Progoff llama *la lista de los hitos de la vida*. La metáfora que él usa es la de las piedras que permiten cruzar de un lado al otro del río: *stepping-stones*. En mi traducción no encontré el equivalente a esa expresión y resolví recurrir a la palabra *hito* que el diccionario castellano define como el mojón o poste de piedra, por lo común labrada, que sirve para indicar la dirección o la distancia en los caminos. Creo que se mantiene la imagen del camino y el signo que lo marca. Para Progoff las piedras del río sirven como apoyos a los pies para saltar. Los hitos no tienen la misma connotación, pero contienen la referencia de las distancias que es la idea básica del ejercicio: hacer una lista de momentos que enmarcan épocas de la vida y que abarquen toda la vida, descrita en sus etapas más fundamentales, comenzando por el nacimiento y guardando el orden cronológico.

Colocándose en posición de meditación profunda, el ejercitante observa pasar toda su vida como en una película e identifica los recuerdos que más lo impactan. En esta forma llega a escribir su lista de 12 momentos (también 10 o 15), que son los hitos de su

vida, y esa lista le va a servir para releerla una y otra vez y sentir, con un golpe de vista, el conjunto de su vida, el flujo de toda su historia, el transcurso de sus aventuras. Lo importante, según Progoff, es ver y *sentir* el conjunto y el trayecto y la continuidad. Ver esa secuencia es la clave de la comprensión. De ahí deduce la regla de no preguntar *por qué hice eso*, sino cómo llegué a ese punto, ¿qué etapas recorrí para encontrarme en esa situación? Sin perderse en los detalles, porque a continuación, viene un ejercicio que ya no es impresionístico sino cronístico. Evitar la pregunta del por qué tiene una importancia extraordinaria, pues estamos habituados a pensar en causas (razones nuestras, a veces falsas y siempre incompletas) en vez de pensar en procesos (historias reales también incompletas pero irrefutables).

Los siguientes ejercicios son sucesivas profundizaciones de cada uno de esos hitos en todos sus detalles. Ejercicios de recordar, dejando a la memoria hacer sus juegos, pero atentos a no disfrazar, ni disimular, ni justificar, ni exagerar, ni condenarse a uno mismo, ni echar la culpa a los otros. Sin censura. Sin literatura. Con lealtad, al fin y al cabo, es lealtad consigo mismo.

Para profundizar en estos ejercicios de recuerdos de los hitos de la vida el método trae un recurso formidable: *las encrucijadas o cruces de caminos*. El ejercicio consiste en elegir algún punto crítico de los ejercicios precedentes, o sea, espigar entre los momentos en que una decisión difícil marcó el camino de nuestra vida, en cualquier época: infancia, juventud, adultez, vejez. Y volviendo a vivir ese momento, tomar otra decisión de las que estaban disponibles en aquella hora y dejar que la imaginación lo lleve a uno hasta donde pueda. Es vivir lo que pudo haber sido y no fue. Como es obvio, este es un llamado que el ejercitante hace a su inconsciente para que le muestre en su imaginación qué hubiera pasado. No es ciencia ficción: es el sueño de día encaminado con toda deliberación y atención para que despliegue su potencialidad ya que el entendimiento no logra moverse con elegancia en ese terreno, pero la imaginación sí. Es necesario tener la libertad para no censurar y la atención para no perder los simbolismos del sueño. Progoff llama a esta posición de la mente: *percepción crepuscular*. Hay suficiente luz para ver y suficiente sombra para equivocarse, por lo cual hay que estar muy atento. No se trata de cambiar decisiones antiguas o recientes; solamente se busca conocer los recovecos de nuestra mente consciente que puede ser víctima de la ilusión y perder la realidad. Y son tantas las veces en que eso sucede que vale la pena hacer el ejercicio.

La gran apertura

Terminados los ejercicios con los hitos de la vida y su profundización, Progoff avanza por el camino de la imaginación con verdadero descaro. El conjunto de ejercicios que siguen son lo que él llama: *diálogo*.

Como es raro llamar diálogo el que uno hace consigo mismo, porque la etimología de la palabra no da para tanto, Progoff diseña un ejercicio que pretende que nuestra imaginación nos lleve a la actitud de apertura que significa el diálogo con otra persona, o aun con un animal. Esto no es un exabrupto, ya que como lo saben hasta los niños de escuela hay personas que se comunican también con las plantas. El núcleo de la cuestión es el famoso dicho de ponerse en el lugar del otro, o como dicen los yankis «calzarse los mocasines del indio».

Sin entrar en detalles, el asunto consiste en recrear mentalmente a la persona con la que hay motivos para conversar, o el trabajo con el que uno convive o tiene dificultades, o el grupo social en el cual se mueve, o el país en el que funciona ese grupo, o, por último, la sabiduría profunda de cada cual, es decir, aquello que distingue al ser humano de los otros seres no humanos, el impulso que lo lleva a amar a otros seres humanos y no humanos, la fuerza que lo mueve al arte, a la religión, a la ciencia, a la política, al servicio social. Krishnamurti decía que la sabiduría interior intuye lo que hay más allá de las colinas. Como no se ve, se intuye; y como se intuye uno sabe que existe. Lo cual no quiere decir que los otros le crean. Pero esto no es el problema.

El problema, según Progoff, es abrirse *siempre* de forma sistemática a todos esos elementos de la realidad, porque ellos *son* la realidad. Y cerrarse a uno o algunos de ellos es perder autonomía y libertad y confianza, con todas las consecuencias que esta actitud encierra y que se sintetizan en esas seis palabras que traducen una tragedia: *perder el sentido de la realidad*.

El esquema del diálogo, según Progoff, conlleva los pasos siguientes:

1. Escoger al interlocutor
2. Sentir la presencia del interlocutor
3. Escribir la lista de los hitos de vida del interlocutor (los que pueda; y mejor que sobre que no que falte)
4. Hacer una declaración sobre cómo está la relación entre los dos
5. Conversar con el interlocutor (tomar notas de la conversación, como un acta).

Vale la pena subrayar el énfasis que le da Progoff a la imaginación al comienzo del diálogo, de forma tal que el ejercicio, aunque parezca una ficción, tenga la intensidad necesaria para influir en el comportamiento futuro del que dialoga; y como el diálogo es, por su naturaleza, siempre de ida y vuelta, la decisión de cambiar actitud del ejercitante es ya *la mitad del trabajo de abrirse a la realidad*. Después del ejercicio habrá oportunidad de ver cómo anda el otro interlocutor, que no ha hecho el ejercicio, cuando se dé o se busque el encuentro cara a cara. Puede suceder que el diálogo sea premonitorio y que, en realidad, también la otra persona esté cambiando, como también puede que no. Pero aquí hay que evocar, de nuevo, el proverbio: «la constancia logra lo que la dicha no alcanza».

En ocasiones, el hablar con el trabajo como si este fuera un señor, y con la sociedad como si esta fuera una señora, ha sido criticado como demasiado ficticio e inadecuado. Pero esa crítica parece olvidar el uso creativo de la imaginación, típico pero no exclusivo, de los artistas; porque si se mira con atención el ejercicio, se advierte que es el equivalente de lo que hacen los dramaturgos en la literatura universal. Ni Don Quijote, ni Otelo son demasiado ficticios; todo lo contrario, nos topamos con ellos a diario. Lo que se le ocurre a Progoff es usar esa capacidad creadora como herramienta para mejorar nuestro autoconocimiento. Y el ejercicio funciona, como también le funcionó a Ignacio de Loyola.

El diálogo de Progoff es, entonces, comparable con el coloquio de Loyola, y su técnica imaginativa recuerda las recomendaciones de Ignacio para las contemplaciones y las aplicaciones de sentidos de *los Ejercicios Espirituales*. Este énfasis en la sensibilidad ha sido uno de los puntos que se descuidan con frecuencia en la dirección de *los Ejercicios Espirituales* por el prejuicio de que la fe suple lo

que falta a la naturaleza. Aunque esta afirmación pueda ser validada en teología, es un claro error en psicología y San Ignacio lo evita de manera cuidadosa y sistemática. Siempre es prudente evitar los errores claros. El remedio de este error es leer atentamente y con detenimiento, y ejecutar con cuidado, las *adiciones* y las *anotaciones*, las cuales por estar escritas en el castellano arcaico y elíptico del santo vasco son, a veces, pasadas por alto o minusvaloradas. Esto es irónico, porque, como ya se anotó, la genialidad del santo consistió en diseñar ese método.

El diálogo de la sabiduría

Los diálogos tienen como interlocutores a las personas, los trabajos, el propio cuerpo, los eventos y situaciones, la sociedad, la nación y podrían pensarse algunos otros interlocutores además de estos que vienen sugeridos en el manual del método, por ejemplo, diálogo con la propia casa de habitación. Pero es preciso aludir aquí al último diálogo que ya no es con alguien o con algo, sino que Progoff lo llama diálogo de sabiduría interior, *inner wisdom dialogue*. El interlocutor en este ejercicio es la interioridad misma de la persona: su vida íntima y profunda, donde, de acuerdo a la explicación del autor, existe un conocimiento superior, una visión trascendental, una intuición fundamental. Este conocimiento es lo que constituye al ser humano como ser espiritual. Este conocimiento es el que lo hace ver «lo que hay más allá de las colinas». Podríamos llamarlo trascendental porque trasciende los cinco sentidos corporales y configura imaginariamente los cinco sentidos interiores, ya mencionados por Loyola en su «aplicación de sentidos». Es, además, una intuición que no necesita pruebas, porque está constituida por las creencias, las cuales superan la mente racional y se aferran a la confianza que es una virtud más del corazón que de la mente: «lo esencial es invisible a los ojos» (Saint-Exupéry) y «el corazón tiene razones que la razón ignora» (Pascal).

El diálogo de sabiduría interior se mueve en este ámbito de las creencias, los valores y los principios. Para iniciar el ejercicio, Progoff recomienda preguntarse acerca del sentido de la vida, de la historia, de los compromisos por los que uno se juega la vida, de los grandes amores y los grandes odios, de la estética y la filosofía, la religión y el más allá, e ir construyendo una lista de hitos de la vida espiritual desde la infancia hasta hoy. Como el tema es tan amplio, no hace falta limitarse a la docena de hitos biográficos, sino anotar dentro o fuera de aquellos hitos, los momentos, por así decir, de ‘éxtasis’ estético o filosófico, o cósmico, o religioso, o de cualquier otro origen, que nos han marcado en la vida y cuyo recuerdo perdura y todavía nos impacta.

Terminada, a satisfacción, esta lista de hitos de la vida espiritual, se busca para cada una de esas experiencias un ‘patrón’, la persona que inspiró o acompañó ese ‘éxtasis’, el compositor, el literato, el filósofo, en una palabra, el maestro o los maestros asociados con la experiencia (mejor varios que uno solo). Y ante este conjunto de personajes, el ejercitante hace la declaración global sobre el estado de su vida espiritual en la actualidad. Hecha la cual, selecciona para el diálogo a uno de esos maestros, siguiendo su impulso interior del momento, en vez de aplicar un raciocinio utilitario.

Sobra decir que este diálogo supone cierto dominio de la posición mental de ensoñación, o de consciencia crepuscular, porque es la forma adecuada de llevarlo a buen puerto. También es posible afirmar que todos los ejercicios anteriores son la preparación para realizar este diálogo de manera adecuada. La sabiduría interior es una idea análoga al *impulso vital* que postuló el filósofo francés

Henri Bergson, como principio organizador de la vida en su totalidad, no solamente como biología³. Cuando Progoff explica qué es la sabiduría interior acude a la imagen del protoplasma como la sustancia de la vida que contiene esa sabiduría y la dosifica tanto a través de los automatismos biológicos como de los procesos psicológicos. En ambas imágenes se incluye, además, la sustancia de humanidad que es propia del mamífero racional y lo distingue de los otros animales irracionales, la capacidad humana de sentirse motivado a la acción por fuerza de sus creencias, de sus principios y de sus valores, o sea, de poseer una energía interna, profunda que impulsa a realizaciones imaginarias y a la materialización de los sueños. Esa energía imagina los intangibles y motiva al ser humano a volverlos tangibles. Es la energía que ha hecho sabios y héroes, genios y artistas. Su ámbito es la imaginación consciente e inconsciente, de ahí la importancia de trabajar los sueños nocturnos, lo mismo que los diurnos, porque unos y otros son elaboraciones del ser humano sin inhibiciones, del ser humano al natural, en su salsa. Esa sabiduría interior es la madre de la creatividad. El diálogo tiende a familiarizarse con esa fuente de la profundidad del entendimiento y del corazón humano: allí se gestan los cambios que llevan al crecimiento de la personalidad, sobre la base de las creencias, los principios y los valores.

El diario y la meditación

Llegado a este punto, Progoff inicia su discusión sobre la meditación propiamente dicha, porque quiere introducir un tipo específico: la meditación con *mantra*. No se elabora esa discusión aquí, pero sí se señala que su estudio incluye no solamente a la mística occidental y cristiana, sino también a la mística budista e hinduista, dejando constancia de la universalidad de esta práctica. Para aclarar el concepto y el uso que se ha hecho de esa forma de meditar, Progoff trae a colación dos clásicos de la mística cristiana: *La nube del no saber* y *El peregrino ruso*. Los dos libritos son manuales de meditación muy conocidos en la tradición espiritual occidental, a pesar de que el peregrino ruso pertenezca a una tradición cristiana ortodoxa de impronta oriental. En realidad, la intención de Progoff es presentar dos conceptos místicos: *el conocimiento del corazón*, al que ya se aludió antes, y *la oración que se dice a sí misma*, que es un ejemplo exímio de la meditación con mantra.

La mística es el camino trascendental, «por donde temen transitar los ángeles»⁴. Esta sugerente imagen nos remite a la espiritualidad, que no es sino nuestra capacidad de superar los cinco sentidos corporales y hacer brotar dentro de nosotros los cinco sentidos mentales, también llamados interiores o profundos: visión interior, oído interior, olfato interior, tacto interior, gusto interior. En otras palabras, la mística es una experiencia de lo intangible, y, en ese sentido es una práctica resultante de nuestra espiritualidad. Es también una experiencia de conocimiento profundo y en ese sentido es una operación que se realiza en la consciencia ampliada de las personas, aunque una buena parte de ese hondo conocimiento sea intuitivo. Y es también la facultad que nos permite conocer y disfrutar la belleza, por lo que mística y estética son experiencias paralelas.

Junto con la especificación de la forma de hacer el ejercicio, Progoff considera cómo la meditación y su escritura tienen un largo alcance en la transformación de la vida de las personas, para lo cual recurre a los ejemplos de Francisco de Asís, de Buda y del escritor ruso Fiodor Dostoyevski. Los personajes típicos serán Francisco de Asís y Buda, con su historia personal de ruptura radical con

³ Cfr. HENRI BERGSON, *L'évolution créatrice*, París 1907.

⁴ GREGORY BATESON, *Mind and Nature. A necessary unity*, New York 1982, 236. El autor se refiere al discurso sobre la conciencia, la belleza y lo sagrado y dice que daría ese título a su libro sobre esos temas.

su pasado y peregrinación en búsqueda. Además, Progoff se refiere a la experiencia vital de Dostoyevski, consignada en el conocido *Diario de un escritor*. Estos tres personajes consignaron por escrito su experiencia profunda, o parte de ella, y sus textos siguen siendo motivo de inspiración para mucha gente de hoy. La conclusión de Progoff es que la escritura de esos textos es en sí misma un proceso de meditación que sostiene, apoya y aumenta todo el desarrollo interior de la vida espiritual: vivir la experiencia es fundamental, pero escribirla la renueva y enriquece.

El ser humano medita desde siempre, porque meditar es usar su entendimiento para reflexionar sobre el pasado, el presente y el futuro de su vida. Por consiguiente, este recurso es aprovechable también en el método para lograr los objetivos del *Diario Intensivo*, así como de los *Ejercicios Espirituales*, porque éstos métodos no son prácticas ocasionales, sino modos de vida; no se hacen solamente durante el tiempo fuerte del taller, sino que deben continuarse como recursos diarios espaciados a lo largo de la vida.

La meditación con mantra retoma todo el material autobiográfico que el ejercitante ha acumulado en los primeros ejercicios y lo elabora con un sistema mucho más fino de observación y análisis, porque en este ejercicio la presencia de los símbolos y la profusión de las imágenes le dan al ejercitante una visión mucho más profunda de su propia historia y del contexto en el que vive. Además, su análisis no se limita a descifrar su pasado, sino que le facilita entrever su futuro. Si los diálogos eran ejercicios proyectivos, la meditación con mantra es mucho más futurista porque sigue el modelo de los sueños, en los que la imaginación adquiere la libertad creadora que ha servido a la humanidad para evolucionar en la religión, la moral, el arte y la ciencia.

Los ejercicios de esta última etapa son grandes revisiones de la vida histórica con su sentido espiritual y en una perspectiva profunda. El ejercitante es invitado a volar sobre su experiencia y a darse cuenta del entretejido que constituye su vida. Los nombres de los ejercicios son explícitos: *hallazgos, conexiones, cumbres, valles y exploraciones*. Hay pues que hacer consciencia de que todo está ligado con todo. Para este momento el ejercitante ya se ha dado cuenta de que no hay casualidad en los diversos acontecimientos de su existencia, sino *sincronicidad*. Además, ese sobrevuelo también le permite ir atando cabos y descubrir que su vida está comprendida en el gran movimiento de la Vida y que esa corriente vital con mayúscula guía la trayectoria de su vida, con minúscula. Por tanto, la pregunta que hay que hacerse y responder, mediante la meditación, es *¿hacia dónde me lleva la Vida?*

Es interesante considerar aquí de manera breve el concepto de sincronicidad que Progoff aprende de Jung. Los sucesos de la vida solemos explicarlos por sus causas. Hablamos entonces de motivos conscientes y de intenciones más o menos logradas. Pero también existen acontecimientos que llamamos casuales, o sea, que atribuimos al azar, porque no conocemos su causa. Progoff, siguiendo a Jung, cree que esas «casualidades» se explican por la «sincronicidad», o sea, por un orden profundo de la Vida como un todo, por «una relación entre tiempo y espacio psíquicamente condicionada»⁵. Esta teoría juega un papel importante en la comprensión del alcance de la meditación, en especial de la meditación con mantra, porque es en ella donde parece posible percibir mejor, con mayor claridad, la relación entre tiempo y espacio psíquicamente condicionada. Al colocarse en una posición mental que trasciende las categorías racionales del tiempo y el espacio y se mueve con la libertad de los sueños, el ejercitante puede llegar a descubrir esa

⁵ *Obra completa de Carl Gustav Jung*. Volumen 8. *La dinámica de lo inconsciente: Sincronicidad como principio de conexiones acausales. Sobre sincronicidad*. Página 430, y 840. Madrid: Trotta, 2004. ISBN 978-84-8164-587-3. Citado por Wikipedia artículo sobre Sincronicidad. Consulta 20/05/2020, 12:06 p.m.

conexión profunda en el fondo de su consciencia, la cual no capta en una posición meramente consciente, sino que le exige entrar en la interpretación simbólica para poder llegar a la máxima profundidad de su mente, más allá de las doctrinas, dice Progoff, connotando así la superación del nivel puramente racional y el empleo de la intuición. Es en este ejercicio donde el cruce con la mística es más claro, porque la meditación con mantra es el método para entrar al recinto «por donde temen transitar los ángeles».

Una anotación muy valiosa es que en estas meditaciones con mantra y en todos los ejercicios que se ejecutan reviviendo el proceso y atando cabos, lo mismo que en el trabajo con los sueños, siempre se termine con la aplicación de «la navaja de Occam» para discernir racionalmente y reconocer lo que tiene un verdadero valor, separándolo de las apariencias y las ilusiones sin fundamento que pueden originarse en el entusiasmo místico. En los *Ejercicios Espirituales*, San Ignacio finaliza siempre con el examen de la meditación o contemplación. Y ya vimos como en los ejercicios anteriores Progoff recomienda también finalizar con la revisión y anotación de la experiencia. La expresión de San Ignacio es muy gráfica: «*La quatuordécima [adición]: el que los da, si vee al que los rescibe, que anda consolado y con mucho herbor, debe prevenir que no haga promessa ni voto alguno inconsiderado y precipitado*» [EE 14]. La navaja de Occam es la prevención equivalente en el caso del *Diario Intensivo*, donde el maestro es uno mismo y el riesgo de alucinar es más común de lo que se piensa.

El nombre del último ejercicio es digno de consideración: *testamento*. En realidad, es la síntesis de las síntesis que todos los ejercicios anteriores han venido realizando, porque tanto *los hallazgos, las conexiones y las cumbres valles y exploraciones* son búsquedas de «integraciones», o síntesis, de todos los distintos episodios de la existencia. El ejercitante tiene que descubrir que su vida es *una*, que no son partes yuxtapuestas, sino que es un conjunto armónico y orgánico que se viene desarrollando desde el nacimiento hasta el momento presente y que se va a seguir desarrollando hasta el final, cuando la muerte marque un hito máximo, que para una gran parte de la humanidad es el último y para otra buena parte es un nuevo comienzo. Ver esa unidad de la vida con minúscula es la integración de la personalidad, y ver la unidad con la Vida con mayúscula es la integración social con el entorno. Esta visión es la que le va a dar a la persona su autonomía y su libertad, porque se basa en su propia identidad. Identidad no es más que el ecuaníme reconocimiento de la realidad: de su historia, de su tiempo, de su espacio, de su cultura, de sus capacidades y de sus limitaciones. Quien se apoya en esta base real sabe quién es, puede soñar con tranquilidad y planificar con audacia, sin sacrificar la prudencia, lo cual no es una actitud contradictoria, sino la combinación de las virtudes que genera la sabiduría interior, ese conocimiento profundo de sí mismo y de los demás que posibilita actuar creativamente, o sea, sin hacer daño a nadie ni a nada. No necesita preguntar si saben quién es.

El ejercicio del *testamento* es, pues, una formidable síntesis, porque la instrucción de Progoff es que se plasme en una expresión concisa y precisa lo que se ha concluido de todos los ejercicios, idealmente en una forma estética literaria, musical o plástica. Es una invitación al artista que hay en el interior de cada ser humano y que con frecuencia ha sido ahogado por los afanes de la sobrevivencia cotidiana. Progoff dice que la vida bien vivida es la obra de arte que cada persona debe realizar para su propio goce y para el goce de los demás contemporáneos. El *testamento* es la prueba de esa aserción que el ejercitante debe realizar como cierre del taller.

El *Diario Intensivo* es el cincel con el que cada escultor labra su propia imagen, o el lápiz con el que cada pintor traza el boceto de su autorretrato. Esta cualidad estética del *Diario* no es ni un pensar con el deseo de Progoff, ni una exageración de este comentario,

como se ha demostrado en la práctica de añadir al método original del psicoterapeuta el uso de los lápices de colores, el pastel seco y las crayolas, lo cual despierta en los ejercitantes talentos ocultos con frecuencia para ellos mismos. El testamento sirve como un recordatorio de toda la experiencia del taller que el ejercitante va a releer después, siempre que quiera revivir su experiencia y colocarse en la posición mental que logró en los días consagrados a explorar las cumbres y valles de su vida. También es, desde luego, un cierre de las jornadas del taller con broche de platino.

Ejercicios sin ejercicio

En este punto ya podemos retomar la discusión sugerida por Cabarrús acerca de la ineficacia de los *Ejercicios Espirituales*. Según este autor, la primera razón por la que pueden resultar ineficaces los *Ejercicios* es que falta la disposición básica, la activa pasividad, para dejarse llevar a ser puestos con Jesús. Es decir, se entra sin la intención de ser cuestionados y de emprender la peregrinación en busca de la voluntad de Dios. Desde luego, esta indisposición es definitiva. Pero, los *Ejercicios* son precisamente para lograrla cuando hay un mínimo de buena voluntad inicial para emprender un trabajo de este tipo. Por consiguiente, si la persona que hace los *Ejercicios* por propia voluntad, aunque sean el cumplimiento de un requisito, no logra un resultado tangible, hay que buscar una razón que no sea circular: tiene que existir una explicación de por qué no logra el resultado, una razón diversa de que no tiene las condiciones que generan los mismos *Ejercicios*. La activa pasividad es un nivel espiritual avanzado y, por tanto, no debe ser un requisito. Si existe, mucho mejor. Creo que para el ejercitante promedio basta entrar con una disposición de seguir instrucciones y de aceptar el que Ignacio llama «prosupuesto» [EE 22], a saber: que la persona esté *dispuesta a entender a los demás*, incluido el ejercitador, y si no lo entiende, o el ejercitador no entiende al ejercitante, que se pregunten uno al otro lo que quisieron decir. Esta es menos que una activa pasividad, pero es el abc de la comunicación humana: oír sin prejuicios, y cuando surgen las diferencias pedir y dar explicaciones. Y si por ventura tienen que ‘corregirse’ el uno al otro, hacerlo con respeto y cariño «para que bien entendiéndose se salven». Sabemos muy bien lo rara que es esta cualidad que podría llamarse discreción, o benevolencia, porque nos consta lo duros que son nuestros prejuicios y lo que nos cuesta ponerlos entre paréntesis para lograr entender a los demás. Sabemos lo que ha costado a la humanidad no aceptar este ‘prosupuesto’. Ignacio también lo sabe y, por eso, lo coloca en la misma entrada de la experiencia. Yo creo que este es el *espíritu científico* que descubre con interés y a veces con admiración los hechos, que observa con atención y con cuidado los actores y las circunstancias, y que no adelanta conclusiones que no haya probado repetidamente hasta disminuir la propia incertidumbre al mínimo nivel posible. Ignacio no discute esta posición en estos mismos términos de objetividad científica, sino que la encuadra en el deber moral de decir y exigir la verdad y de tratar de corregir el error, que es uno de los problemas cruciales de la comunicación humana y, por lo mismo, de la convivencia pacífica.

Al avanzar en su análisis Cabarrús encuentra cuatro requisitos para lograr el resultado que, de nuevo, entran en una explicación circular:

1. Disponibilidad e indiferencia
2. Tener algún verdadero desafío en la vida
3. Renunciar al prestigio personal
4. Vivir pobremente en espíritu y en verdad

En realidad, fuera del primero, éstos no son requisitos sino los frutos concretos de los *Ejercicios*. Más aún, la indiferencia como requisito es pedir peras al olmo, porque esa actitud de apertura a la voluntad divina es un resultado finísimo de los ejercicios bien hechos. Por esa razón me atrevo a sugerir que se busque más bien la razón en la manera como se aplica el método, o sea, en el cuidado que se tenga con seguir las instrucciones específicas que Ignacio llama *adiciones y anotaciones*.

Y entrando en materia, hay que señalar la importancia de la tercera anotación en la que se advierte que «*en los actos de la voluntad, cuando hablamos vocalmente o mentalmente con Dios nuestro Señor o con sus santos, se requiere de nuestra parte mayor reverencia, que cuando usamos del entendimiento entendiendo*» [EE 3]. Esta anotación supone la capacidad en el ejercitante de distinguir entre los grados de «reverencia», es decir, su habilidad para adoptar y variar diversas posiciones físicas y mentales al *meditar* y al *orar*. La reverencia en el momento del coloquio y la reverencia en el ejercicio de la meditación, no se satisface con el solo cambio de posición física, sino que requiere toda la atención y concentración de la mente y de la imaginación. Reverenciar es respetar y venerar en sumo grado, por eso aplicamos esa actitud al hablar con Dios. Para sólo pensar y reflexionar no se necesita tanto.

También la anotación dieciséis es clave: «*si por ventura la tal ánima está afectada y inclinada a una cosa desordenadamente, muy conveniente es moverse, poniendo todas sus fuerzas, para venir al contrario de lo que está mal afectada...*» [EE 16]. Casi podríamos decir que la pregunta sobre la eficacia se resuelve atendiendo al cumplimiento de esta anotación. Es una exigencia total: hay que rechazar el desorden yéndose al orden extremo en el tema respectivo. No es una exageración sino una estrategia motivada por un amor incondicional que encontrará, de seguro, el término medio de la virtud auténtica.

Las anotaciones, de la dieciocho a la veinte, nos ahorrarían una gran pérdida de esfuerzos y de tiempo: «*según la disposición de las personas que quieren tomar ejercicios espirituales, es a saber, según que tienen edad, letras o ingenio, se han de aplicar los tales ejercicios*» [EE 18]. Creo que esta adaptación a las características de las personas es el mayor obstáculo cuando se dan los *Ejercicios* a grupos, así sea en los seminarios, y puede ser que la causa principal de que sean ineficaces esté en descuidar esta recomendación.

En efecto, conocer a los participantes de un grupo numeroso requiere tiempo y esfuerzo; y seguirlo durante el proceso, para adaptar las directrices al talante de cada persona, supone mucho más tiempo y mucho más esfuerzo. Los dos recursos son escasos en nuestra época de aceleración y competitividad. Suponemos que si vienen a ejercitarse es porque son capaces, lo cual es, sin la menor duda, un sofisma que no nos preocupamos por resolver de veras. Sacrificamos la perfección de la artesanía a la mediocridad de la producción masiva. El número derrota a la calidad. Pero la vida buena es una obra de arte que exige todo el tiempo y la suma dedicación. No basta la mediocridad, ni en el ejercitante ni en el director de los ejercicios, por dorada que ella sea.

En cuanto a las adiciones hay que dar el debido relieve a la primera y segunda que tienen que ver con la programación del sueño, como ya se dijo. Así mismo la tercera y la cuarta, que se refieren a la posición corporal y a sus cambios durante el ejercicio, deben ser enfatizadas de tal manera que se tome en serio la armonización de mente y cuerpo como parte esencial de la ejercitación, sin la cual queda mutilado como ejercicio y reducido a tentativa incompleta de ejercitarse. La quinta, importantísima, describe el examen de la experiencia como ya dijimos. Descuidarla o minimizarla es asegurar el fracaso de la empresa meditativa.

De la sexta a la novena adición ya se ha señalado la importancia en las consideraciones sobre lograr que mente y cuerpo se acompañen, sincronicen y armonicen durante toda la experiencia, so pena de incurrir en el lamentable error de creer que la mente opera sin el cuerpo o que este funciona en algún momento con independencia de aquella. Una cosa es que no lo advirtamos, pero eso no significa que actúen por separado, sino que nuestra atención es selectiva porque no da para seguir todo nuestro funcionamiento mental y físico al mismo tiempo. Un coloquio realizado en posición inadecuada arruina su esencia y malogra la comunicación trascendental que debe establecer. Se echa a perder todo el ejercicio. Y en este armonizar la mente y el cuerpo es muy significativa la nota segunda a la cuarta adición (sobre los cambios de posición corporal) donde el santo aclara, con mucha perspicacia y olfato psicológico, que no se trata de dar espectáculo y que, por tanto, esos cambios se deben hacer sólo cuando se medita en privado y no cuando se encuentre en un lugar público como sería una iglesia. Esta nota revela, además del psicólogo, al ciudadano respetuoso del espacio público y del valor de la acción colectiva.

Pero es, tal vez, la décima adición, sobre la penitencia, la que menos atención recibe en nuestra época de comodidad y confort. Los supuestos de Ignacio son fuertes y prudentes, además de necesarios, como fruto de su propia experiencia de ensayo y error. Y, en todo caso, la hipótesis del método es que, sin ordenar el cuerpo en sus apetencias y caprichos, es ingenuo, por decir lo menos, esperar que se ordene la mente. En nuestros días el cuidado de la salud tiende a desvalorizar como excesos las penitencias recomendadas por el santo, o a pensar que son consejos de otra época para otro tipo de personas. Este es un error claro y evitarlo garantiza el cumplimiento cabal del objetivo de los *Ejercicios*. Más aún, el ejercitarse en controlar el cuerpo es, al mismo tiempo, el control de la mente, y, por lo tanto, la penitencia es parte integral y necesaria de la ejercitación; y en ese control es muy válido el practicar el principio de tender al otro extremo para lograr llegar al punto medio, que es donde reside la virtud.

Como queda claro de las consideraciones precedentes, el que los *Ejercicios Espirituales* «no nos cambien» se debe al descuido en seguir las instrucciones del método. Lo cual es válido para cualquier método, como lo habremos, sin duda, experimentado, en la forma como seguimos las instrucciones escritas u orales de todos nuestros emprendimientos y de todas nuestras herramientas. 'Cacharrear' en vez de leer las instrucciones es una actitud más común de lo que se piensa y sus resultados son de todos conocidos y pueden salir muy costosos cuando hay que reponer los aparatos malogrados en su montaje o cuando se debe prolongar o reconvocar una reunión fallida por el caos que genera ignorar unas reglas. Así también los ejercicios no nos cambian porque cacharreamos en lugar de tomar en serio sus *anotaciones* y *adiciones*. Y el remedio más original a su ineficacia es respetarlas, porque según Antoni Gaudí, el monumental arquitecto catalán: «originalidad es volver al origen».

La Mesa de Juan Díaz (Cundinamarca)

20 de mayo de 2020



SUBSUELO DE LOS
EJERCICIOS ESPIRITUALES

Iván Restrepo Moreno, S.J.

Órdenes religiosas y movimientos espirituales anteriores a la Reforma

–Subsuelo de los Ejercicios Espirituales–

Iván Restrepo Moreno, S.J.*

Para esta presentación, así sea global y somera, de las órdenes religiosas y de los movimientos espirituales anteriores a la Reforma, me pareció importante adobarla con elementos socio-históricos de contextualización, que permitan captar mejor lo que significaron en su momento.

Un primer ámbito a tener en cuenta es la evolución acontecida en esos siglos, en la así llamada ‘vida religiosa’, que buscaba precisamente la intensificación del cultivo espiritual, a través de sus diversas inspiraciones y carismas.

En el primer milenio, este estilo de vida fue casi exclusivamente *monástico*, pero al despuntar el siglo XI hacen su aparición configuraciones diferentes. En la segunda mitad de ese siglo y como parte fundamental de la Reforma propiciada por el Papa Hildebrando, habría que ver la invitación que se hacía al clero diocesano a adoptar una existencia de corte monástico, pero siguiendo la regla de san Agustín que daba más posibilidades de adaptación a las nuevas circunstancias, y no la ‘regula monasteriorum’ de Benito, que se había universalizado desde los tiempos de Carlo Magno.

Esta invitación fue tomando cuerpo en los grupos de *canónigos regulares*, que unían al ministerio sacerdotal una vida en común, en un estilo de vida que se fue propagando por la mayoría de los cabildos catedralicios y colegiadas, y que tuvo su gran apogeo a lo largo del siglo XII.

Simultáneamente a estos ‘canónigos regulares’, en los mismos siglos XI y XII, se propaga un movimiento *eremítico*, con raíces similares a las del eremitismo primitivo del siglo IV, que surgió como reacción a la iglesia postconstantiniana, que se acomodaba a la cultura ambiente. Se ha dicho que la Calabria de estos siglos X y XI parecía una Tebaida. Sobresalieron San Nilo, San Romualdo, fundador de la Camáldula, San Pedro Damiani. Estos eremitas, sin embargo, se distinguen de aquellos primeros, en que quieren seguir, no solo una vida austera en la soledad, sino que asumen también la predicación itinerante.

Fue también enorme la influencia que llegaron a tener de los siglos X al XIII, tanto los monjes cluniacenses primero, como los cistercienses luego, que nacieron como reacción a la fastuosidad de los cluniacenses. Pero todo ese florecimiento comenzó a palidecer, frente a la fermentación de un laicado que se fue aglutinando en una variedad de grupos ‘pauperísticos’.

Estos *pobres cristianos* se presentan en pequeños grupos y se encuentran por todas partes, en el sur de Francia, en Flandes, en Renania, en el norte de Italia. Ellos se sienten miembros plenos de la *Santa Cristiandad*. En los alrededores del Concilio III de Letrán (1179) se

* Doctor en Teología de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Antiguo Director del CIRE y actualmente Miembro del Equipo CIRE.

multiplicaban estos movimientos itinerantes de laicos, predicando la pobreza radical como estado de vida evangélica, alegando que Cristo no vive en los espléndidos palacios de los obispos y de los canónigos, ni tampoco en los suntuosos monasterios, sino fuera, en la tierra desnuda, en los campos, y en todo corazón que se le abre. Es en la fermentación de estos movimientos donde se sitúan los ‘pobres de Lyon’, los Valdenses, los Cátaros, y un poco más adelante, el mismo Francisco de Asís.

Estos grupos se fueron conformando lentamente alrededor de un conjunto de actitudes –más que un sistema orgánico de ideas–. Los **valdenses**, por ejemplo, veían la necesidad de la pobreza y la predicación, rechazaban la validez de los sacramentos administrados por sacerdotes indignos, no reconocían la autoridad jurisdiccional y disciplinar de la jerarquía, fomentaban una voluntad de adhesión a los consejos evangélicos, lo que a nivel de lo práctico se traducía en un pacifismo radical, en la renuncia a cualquier juramento y en la desobediencia a los preceptos de la Iglesia que no tuvieran base en la Escritura y especialmente en el Evangelio. Estas actitudes explotaban en el «boicoteo» a los sacerdotes indignos, en polémicas encarnizadas, que en ocasiones pasaban de ser enfrentamientos meramente verbales.

Hubo diversas versiones de este movimiento, como fueron, por ejemplo, los que consideraban que, para salvarse, era más necesario el trabajo que la pobreza, y que recibieron el nombre de **‘pobres lombardos’**, a fin de distinguirse de los ‘pobres de Lyon’.

Entre estos movimientos hubo algunos que derivaron en la conformación de nuevas órdenes religiosas. Fue el caso de Esteban de Muret, que justificaba su opción por el camino de la pobreza con el ejemplo del Cristo pobre:

... Porque, decía, si el Hijo de Dios, al venir a este mundo hubiese conocido una vía mejor para subir al cielo que la vía de la pobreza, la habría elegido y por ella habría caminado. Amad, pues, la pobreza porque Cristo la ha elegido como la mejor.

Sus discípulos fundaron algunos años después la Orden de Grandmont, conocida precisamente como «Orden de la pobreza».

En esta misma línea se situó también Roberto d'Arbrissel († 1116), el cual había sido eremita. Con algunos discípulos fundó la Orden de Fontevraud, aunque él la abandonó bien pronto para dedicarse más de cerca a la vida *apostólica*, sinónimo de una *vida pobre* realizada en la *predicación itinerante y mendicante*.

Pero el más importante de todos fue, claro está, el movimiento iniciado por **Francisco de Asís**, cuyo inspiración describía así el P. Chenu diciendo que Francisco de Asís se sintió seducido «*por la pobreza que realiza al mismo tiempo eficazmente el amor a los indigentes y la imitación de Cristo, en la negativa a todo establecimiento, a toda apropiación, para ofrecer total disponibilidad a la gracia evangélica y al amor fraterno; fiarse de los demás para la subsistencia es confiar en la providencia, proveedora de la fraternidad*».

La pobreza de Francisco de Asís no es de orden ascético ni apostólico en cuanto tal; ni siquiera es una contestación contra aquella Iglesia demasiado poderosa y rica, sino, ante todo, imitación del Cristo pobre del Evangelio; y desde ahí ya podía ser, y era, ascética, apostólica y contestataria.

Cuando en 1210 y en 1215 pidan respectivamente Francisco de Asís y Domingo de Guzmán la aprobación de sus órdenes religiosas, quedará reconocido oficialmente en la Iglesia el valor evangélico de la *vida común pobre* y de la *predicación itinerante y mendicante* que tantos sufrimientos había costado a muchos «cristianos despiertos», víctimas de la incomprensión y de la falta de vigilancia de quienes tenían la misión de otear el horizonte a fin de descubrir los nuevos signos de la presencia del Espíritu en la Iglesia. Francisco de Asís y Pedro Valdés son, finalmente, los dos polos que atraen a todos aquellos «cristianos despiertos» que buscaban un retorno a la Iglesia pobre de los orígenes.

Al despuntar el siglo XIII nos encontramos con el pontificado de Inocencio III, nombrado Papa a sus 36 años. Inocencio III aprobó a los «**Humillados de Lombardía**» y, lo que es más significativo, aprobó el estilo de vida de Durando de Huesca y de sus '**Pobres Católicos**' que habían sido valdenses, y que, además de la pobreza radical, practicaban la predicación itinerante. Este Papa luchó contra los albigenses y los cátaros y finalmente convocó el IV Concilio de Letrán en el 1215, con el cual se cerraba el período abierto por el otro gran Papa de esta tardía Edad Media, Gregorio VII en el 1079.

El canon 13 de este IV Concilio de Letrán (1215) pide que no se creen nuevas formas de vida religiosa y que las nuevas fundaciones adopten una de las reglas ya aceptadas (las de san Basilio, san Benito y san Agustín), pues surgían muchas formas nuevas de vida religiosa que no seguían los estatutos vigentes. En ese mismo siglo, el Concilio II de Lyon (1274) fue más allá y suprimió bastantes comunidades surgidas de los grupos pauperísticos, abundantes en esa coyuntura.

Con todo y estas restricciones de nuevas fundaciones, nacen precisamente en ese momento las grandes órdenes mendicantes de franciscanos, dominicos, agustinos, carmelitas y siervos de María, con dos características fundamentales, la pobreza común y la predicación itinerante. Dichas órdenes marcaron una gran transición, de la soledad monástica a la inserción en la ciudad, con una organización centralizada, en contraposición a la autonomía de cada monasterio, con una reglamentación de la pobreza comunitaria y no solo personal, como en los monasterios, y la búsqueda de una mayor cercanía al pueblo de Dios y no la soledad monástica. Su proliferación en ese siglo XIII, sumada a los cientos de monasterios ya existentes y a la proliferación de los canónigos regulares del siglo anterior, dio lugar al que ha sido llamado el 'siglo de oro' de las órdenes y congregaciones religiosas, a su vez hogar de *muchos movimientos espirituales*, como aquellos pequeños barrios de mujeres devotas que seguían la espiritualidad franciscana en el norte de Europa, llamados los '*beguinages*'.

El crecimiento de estas órdenes fue exponencial a lo largo del siglo XIII, pero no faltaron las dificultades y las críticas, como la de concurrencia desleal en las cátedras universitarias y de intromisión en el campo pastoral de los párrocos. Ya entrando en nuestro siglo XIV se hizo corriente también la crítica a su estilo de pobreza voluntaria, que vivía a expensas de la cuestación de puerta en puerta, pues se consideraba que de ese modo arrebataban a los pobres de verdad unas limosnas que necesitaban para vivir, especialmente a raíz de las hambrunas generalizadas en Europa, simultáneas a la Peste Negra de mitad de ese siglo.

En medio del ambiente difícil que se propagó en la iglesia en estos siglos XIV y XV, estas órdenes presentaron tensiones internas y rivalidad entre quienes auspiciaban un mayor retiro, y quienes, por el contrario, pretendían una actividad apostólica cada día más comprometida. Estas disensiones entre 'rigoristas' y 'moderados' se fueron acentuando y radicalizando, hasta provocar la aparición

de dos ramas diferentes en cada una de estas órdenes 'mendicantes', que de un modo generalizado reciben los apelativos de *Observantes* o *Rigoristas*, por un lado, y *Claustales*, *Conventuales* o *Moderados*, por el otro. Sin embargo, no hay que olvidar que, aún en medio de tantas tensiones y crisis de observancia, emerge la figura de innumerables santos.

Estas disensiones internas entre 'rigoristas' y 'moderados' en la Orden franciscana, fueron mediadas durante el generalato de san Buenaventura, quien supo conjugar armónicamente la institucionalización, con el retorno al más genuino espíritu de pobreza y austeridad de vida que habían sido descuidadas en los mandatos posteriores a Francisco. Pero muerto san Buenaventura, los rigoristas, llamados también '*espirituales*', insistieron en sus diatribas contra la corrupción introducida en la Orden. Estos *espirituales* encontraron favor en el Papa Celestino V, este benedictino eremita que fue nombrado Papa para salir del impasse de un cónclave que duró dos años. El Papa Celestino fue Papa solo durante cinco meses, después de los cuales resignó el papado con el deseo de regresar a su vida eremítica. Fue sucedido por Bonifacio VIII, a quien los *espirituales* tacharon de ilegítimo por considerar nula la renuncia de Celestino V.

Fue muy delicada toda la pugna mantenida por estos '*espirituales*' contra el Papa Juan XXII, acerca de la pobreza de Cristo y los apóstoles. En 1317 el Papa sometía de nuevo a la obediencia de la Orden a todos los '*Espirituales*' y les obligaba a adaptarse a la vida común en todo lo relativo al modo de vivir la pobreza los Hermanos Menores. Los que no lo aceptaron se unieron a una secta llamada los '*Fraticelli*' que afirmaban que ni Cristo ni los Apóstoles habían poseído nada, ni personal ni comunitariamente. Para que no pudieran gloriarse de su absoluta pobreza, el Papa Juan XXII rechazaba que la Santa Sede fuese la propietaria de sus conventos, iglesias, tierras y demás bienes, de manera que estos quedaban en propiedad de la Orden, pasando así a la misma situación de todas las demás Ordenes Mendicantes, que ellos criticaban. El Ministro General, Miguel de Cesena, se reveló contra el Papa en un episodio muy doloroso en la historia de la Orden franciscana, tan decididamente eclesial desde sus orígenes.

Así pues, esta Iglesia tardomedieval, junto con esta proliferación de carismas y fermentos en su interior, se enfrentaba al surgimiento de irradiación de una novedosa autonomía intelectual y espiritual entre los laicos, que los animaba, entre otras cosas, a cuestionar los fundamentos teológicos de la salvación y la fe.

Como consecuencia, a lo largo de estos siglos XIV y XV, se comienza a pregonar que la Iglesia no se encuentra en condiciones de hacerle frente a las demandas de un laicado en transformación y espiritualmente insatisfecho. El distanciamiento de la Iglesia con respecto al común de la sociedad fue un fenómeno que se tornó muy evidente. Lo que se ofrecía era una religión cuya observancia se había hecho mecánica, superficial y descuidada. A esto se sumaba el desarrollo de un fuerte anticlericalismo y una aversión a la dominancia de la Iglesia en los asuntos políticos y/o sociales, que halló su expresión más palmaria en el grupo de eruditos e intelectuales que progresivamente comenzaron a facilitar algunos argumentos teológicos a los fieles.

Fue este, además, un siglo caracterizado por las malas cosechas, la inflación y por la peste bubónica que, en tres oleadas, 1348, 1360 y 1371, redujo la población europea de 73 millones de habitantes en el 1300, a 45 millones en el 1400. Este hecho fomentó un contexto de miedos incontrolables e irracionales que arreciaban en un campesinado que vivía en un mundo construido de incertidumbres, recrudescidas por este protagonismo de la muerte.

Bajo estas premisas, se revisó la naturaleza y dinámica de la religiosidad popular y la presencia y función dentro de ella de la brujería. En realidad, se reexaminaban las bases teológicas de la existencia del bien y del mal, de Dios y satanás, y los caminos por los cuales los hombres sometidos a la soberanía divina, inclinaban sus vidas hacia uno u otro polo de la línea que separaba la frontera entre cada uno de los reinos espirituales. En este ambiente de angustia, prendieron fácilmente las ideas apocalípticas, propagadas ya desde el siglo anterior por frailes exaltados como Joaquín de Fiore y Jacopone de Todi, en tanto que los creyentes favorecían nuevas formas de expresión de la fe.

Este siglo XIV conoció, además, grandes migraciones del campo a las ciudades, que se desarrollaban gracias al comercio y cuyo esplendor económico se tradujo en la construcción de las grandes catedrales góticas y en el desarrollo de las Universidades. Conoció también el declive de la aristocracia terrateniente y de la poliarquía feudal y el inicio de las monarquías nacionales centralizadas y la continuación del secular enfrentamiento entre el Papado y el Imperio, a cuyo servicio se pusieron las plumas y el ingenio de Guillermo de Ockam y Marsilio de Padua, que defendieron al Emperador Luis de Baviera frente a las pretensiones del Papa Bonifacio VIII, a comienzos del siglo.

Se dio también la confluencia de otros factores que contribuyeron mucho al ambiente de crisis global, como fueron: el cisma de occidente (1378-1416), con la consecuente crisis del pontificado y el fortalecimiento teórico-político de la autoridad real, la preocupación por la reforma de las costumbres eclesiásticas, la situación crítica de los monasterios de antigua fundación, debida a la intervención de los nobles que buscaban la reconstitución de sus rentas a partir de los bienes monásticos. Gracias al fenómeno de la 'encomienda', los nobles encomendaban el gobierno de los monasterios a uno de sus vasallos. A esto se añadía el cambio que se produce en la sensibilidad religiosa de creyentes que favorecían nuevas formas de expresión de la fe y que no se identificaban con la tradicional vida religiosa, monástica o mendicante.

Este tipo de situaciones nos permiten entrever en qué medida en la Baja Edad Media se estaba dando una profunda metamorfosis de la relación Iglesia–Estado, a partir de la cual, los monarcas trataban, no solo interrumpir la total injerencia de la Iglesia en los asuntos del reino, sino subsumirla a sus propias directrices, para que, si bien no dejara de ser un actor protagónico, pudiera erigirse como funcional y obediente al poder político de la monarquía, como fue el caso de Francia con su rey Felipe el Hermoso.

Los elementos de lo que habían intentado construir los clásicos medievales, se disocian. El hombre europeo, habituado a la vieja cristiandad, se hace adulto y quiere caminar por sus propios pies, sin la tutela de la iglesia. Las escuelas teológicas franciscanas y dominicas no cuentan ya con los grandes maestros, Buenaventura y Tomas de Aquino, que sobresalieron en el siglo XIII. Las luchas entre el imperio y la iglesia se intensifican y se revisten de una profunda carga ideológica. El '*Defensor Pacis*' de Marsilio de Padua es condenado por el Papa Juan XXII. El grito que pedía una reforma de la iglesia '*in capite et in membris*', fue lanzado por Raimundo Lulio a comienzos de este siglo XIV. En el campo eclesial, Wykliff y Hus serán los predecesores más inmediatos de la ruptura eclesial provocada por Lutero. En una palabra, en este siglo XIV se están fraguando los gérmenes de los que más adelante brotará la «modernidad». Sin embargo, al considerar estas épocas de crisis y transición, generalmente marcadas por el desconcierto y un decaimiento del fervor, no debemos pasar por alto a un sinnúmero de personas, tanto más extraordinarias cuanto más difícil era el contexto en que vivieron. Debemos notar cómo, en ese siglo XIV, encontramos el surgimiento de los primeros grandes místicos.

En la escuela dominicana, el maestro Eckart, Juan Taulero y el beato Enrique Susón. Taulero junto con Ruysbroeck, son los místicos más famosos antes de Teresa y Juan de la Cruz. Taulero se refería a la purificación a la que ha de someterse el ser humano para llegar a la comunicación de Dios sin intermediario en «el fondo del alma»; ese «fundus animae» donde el Padre engendra al Hijo.

Catalina de Siena que, después de haber contribuido al retorno del Papa de Avignon a Roma, fue contemporánea del cisma de occidente (1378-1416). San Vicente Ferrer, en cuyo «*tratado de la vida espiritual*» encontramos el antecesor de la «*Imitación de Cristo*», y Fray Angélico, el pintor místico de toda esta devoción profunda.

A la escuela franciscana pertenecieron san Antonio de Padua y Alejandro de Hales (el doctor irrefragable), admirador de san Agustín y de Hugo y Ricardo de san Víctor, para quien la teología no era una simple ciencia sino una experiencia sabrosa (una sabiduría) y que preparó el camino a san Buenaventura, ese contemporáneo y amigo de santo Tomás de Aquino. Ambos defendieron el derecho de los religiosos a la enseñanza y ambos murieron el mismo año cuando acudían al concilio de Lyon, convocado por Gregorio X. Buenaventura es el doctor Seráfico, para quien la verdadera oración se compone de tres actos: gemir por nuestras miserias, implorar la misericordia divina y ofrecer a Dios un culto de adoración. Para llegar a la perfección del amor señala seis grados místicos: la suavidad, la avidez, la saciedad, la embriaguez, la seguridad y la tranquilidad.

Santa Gertrudis fue la santa de la *humanidad de Cristo*, al igual que santa Catalina de Génova lo fue de su *divinidad*, y Ángela de Foligno, convertida a los 40 años, las unió a ambas y se la llamó verdadera 'mater theologorum', madre de los teólogos. Las palabras, decía ella, no podían contener todo lo que experimentaba en su oración, pues, Dios abraza al alma como nadie jamás lo ha hecho, por eso, con santa Teresa, es la gran mística de la tradición espiritual.

Raimundo Lulio, convertido tarde, gran místico también, teólogo, psicólogo y viajero incansable. Escribió el *libro de la contemplación* y el *libro del Amigo y del Amado*. San Bernardino de Siena, canonizado muy poco después de su muerte, quien simbolizaba el amor a Jesús con el anagrama IHS, que popularizó y procuró que fuera grabado en todas partes y de todas las formas posibles.

Nos quedaría decir una palabra de Juan Ruysbroeck, el admirable, nacido cerca de Bruselas, representante de la escuela mística flamenca, sucesor de Eckart, Taulero y Susón, de los cuales aprendió mucho y quien fue, al mismo tiempo, predecesor de la Devotio moderna, en la cual influyó a través de sus tratados. Se retiró con un tío suyo y algunos amigos a una vida austera y conventual, siguiendo las reglas de los canónigos Regulares de san Agustín. Su libro más conocido es el *Adorno de las bodas espirituales*, según la frase: «*Aquí está el novio, salgan a recibirlo*» (Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Mt 25, 6), en el cual utiliza también la expresión 'el fondo del alma', para hablar de la unión con Dios y distingue tres estados: la vida activa, propia del *siervo* o *servidor*; la vida interior, propia del *amigo* y la vida contemplativa, del *hijo* de Dios.

Ya en el ámbito del pensamiento hay que mencionar, sin duda, a Guillermo de **Ockham**, nacido hacia 1280 y muerto en 1348, víctima de la peste negra, con quien se inicia la «via moderna», en contraposición a la «via antigua», que continuaba la filosofía escolástica de San Alberto Magno, Sto. Tomás y Duns Scoto.

Ockham vive a caballo entre el siglo XIII y el siglo XIV. Según su posición antimetafísica, el individuo, el ser concreto y singular, se afirma como única realidad existente, con todas sus consecuencias. Esta posición de Ockham supone la negación de todas las cuestiones que en la filosofía medieval estaban ligadas de alguna manera a la concepción platónico-aristotélico-tomista de los ‘universales’. Tomás de Aquino sostenía la tesis aristotelizante según la cual los ‘universales’, es decir, los géneros y las especies, están plasmadas y realizadas en las sustancias primeras de la naturaleza, constituyendo su ser o su esencia, de donde son extraídas mediante el proceso de abstracción por el entendimiento agente.

Ockham, por su parte, sostenía que la única realidad existente es lo particular, lo singular y lo individual, que es captado por la ‘intuición sensible’ de su realidad; conocemos de modo directo por la experiencia, en una visión inmediata de esa realidad. Los universales no pueden hallarse dentro de las cosas, estos se reducen a símbolos y signos de las cosas, son palabras y *nombres comunes*, términos lingüísticos convencionales, de ahí el calificativo de *nominalista*, con que se identificó su pensamiento.

Dios, en su omnipotencia, creó el mundo libremente, sin actuar como un mero copista que toma como modelo las ideas de su mente. Pero si esto es así, entonces no hay universales ni en la mente de Dios, ni en las cosas y el mundo creado se reduce a una multiplicidad de entidades singulares contingentes, esto es, que son como son, pero que podrían ser de otro modo completamente distinto, pues, que existan y que sean como son, depende exclusivamente de la libérrima voluntad divina.

Frente a la tesis tomasiana conciliadora entre la razón y la fe, la filosofía y la religión, Ockham vuelve a privilegiar la fe sobre la razón, como Tertuliano, defensor del «*Credo quia absurdum est*», con lo que se convierte en precedente de Lutero, con su crítica a la «loca razón» y su dogma de la salvación por la fe. Con lo cual también la filosofía, emancipada de su condición de «ancilla theologiae», se dedicará en lo sucesivo a la investigación de la naturaleza y al desarrollo de la ciencia natural, mientras que el fideísmo abrazará posturas místicas que privilegian la unión irracional con Dios, antes que su conocimiento racional. Este pensamiento tuvo consecuencias impensadas en su tiempo. La filosofía, al separarse gradualmente de la teología, tomó caminos independientes y significó, nada menos, un camino que se despejaba hacia el desarrollo de la ciencia moderna.

Con esto nos acercamos al movimiento espiritual más conocido y característico del siglo XV, la **devotio moderna**. **Gerardo Groot** (1340-1384), su iniciador, fue un reformador, un moralista y un hombre de acción y organizador, muy versado en san Agustín y en san Bernardo, que dejó su nombre y su personalidad plasmadas en una institución y en un cambio de mentalidad.

Aunque él mismo haya sido un hombre muy bien formado, la *devotio moderna* derivó hacia una tendencia antiintelectualista y hacia el eticismo, en reacción contra las vanas especulaciones de la escolástica de su tiempo. Eso mismo había dado ocasión a la filosofía nueva de los nominalistas. Fue la búsqueda de una ‘devoción nueva’ que, despojada de tendencias especulativas y abstractas, se refiriera a las preocupaciones de una pedagogía espiritual que fuera asequible a todos. Nada más vano y estéril que los bizantinismos de los escolásticos de su época. La *devotio moderna* nace bajo el signo de lo antiespeculativo.

La aversión a la ciencia, que le viene de una actitud práctica y vitalista, se fue haciendo cada vez más total en Groot, pues la llegó a ver como incompatible con la piedad. Para la reforma de las costumbres, que era lo que él pretendía, no había nada que esperar de la ciencia. Quería provocar una reacción contra la especulación científica en boga, por eso acudió a la era patrística en la cual veía una mejor conjunción de ambas. Pero, en definitiva, optaron más por Séneca que por los padres de la iglesia.

Desprecia los grados académicos en las ciencias naturales, en la medicina y la jurisprudencia, como perjudiciales por la vanagloria que engendran, y por eso los desprecia. Entre las ciencias solamente aceptaba la ciencia moral. «*Porque lo que no nos hace mejores (por muy científico que sea), o no nos aparta del mal, es nocivo*». Alaba a Sócrates, a Platón y a Séneca que entreveran lo científico con lo ético. Gerardo Groot insistirá casi exclusivamente en lo afectivo, en los sentimientos. «*Es mejor sentir la compunción que saber definirla*», decía. Se metodizaron los ejercicios de piedad de manera que favorecieran los afectos, con el peligro de la imprecisión y la vaporosidad de estos.

Es una espiritualidad que invita al desprecio del mundo, a la fuga hacia lo más íntimo de la propia interioridad y al vuelo a lo trascendente y eterno. Cuánto más lejos del mundo, de sus calamidades, de sus falacias, de sus peligros, mejor. Es una *devoción* que lleva a prescindir de lo externo y lleva a lo interno e invisible, a lo inmaterial y que, por tanto, pasa 'sub silentio' todo lo externo, inclusive los sacramentos, lo apostólico. Es una devoción personalística en la que hay también una ausencia de la dimensión social, corporativa y eclesial.

Esta *Devotio* fue un compuesto complejo, con algo de la herencia de los cistercienses, un movimiento que cristalizó en la Congregación de los 'Canónigos Regulares de Windesheim' y en los 'Hermanos y Hermanas de la Vida Común'. Su fruto más apreciado llegó a ser el libro de «*La imitación de Cristo*», verdadera cifra, flor y vademecum de esta *devotio*. Con todo, el Cristo de la Imitación es más un Cristo virtuoso, un Jesucristo moralizado, que el Cristo de los evangelios.

Su autoría ha sido muy disputada, entre Juan Gersón, canciller de la universidad de París, Tomás de Kempis, canónigo Regular de san Agustín y Juan Gersen, abad de un antiguo monasterio benedictino. Los que alegan a este último arguyen que el estilo de espiritualidad de la Imitación es más propio del siglo XIII que del XV, siglo este de muchas vicisitudes culturales, sociales y religiosas. La autoría de Gersón, el canciller, ha perdido terreno por el estilo muy diferente al de todas sus obras, más cargadas de citas y del ambiente escolástico. Hoy en día se lo ve como fruto del fraile Tomás de Kempis de Windesheim y nacido al calor de la *devotio moderna* y datado en 1441. También el abad reformador Juan Mombaer, de Bruselas, en su «*Rosetum exercitiorum*» (rosaleda de ejercicios) hace una compilación de las prácticas y devociones de Windesheim.

¿Qué características tiene esta 'devoción'? Siguiendo a san Bernardo y los Franciscanos, se acentúa la nota ética y práctica. Estos hijos de la *devotio moderna* se oponen a la espiritualidad más especulativa de místicos como Taulero y Maestro Eckart, para insistir en seguir los ejemplos de Cristo como modelo, aunque el concepto que tienen de Cristo es menos histórico y evangélico y es más abstracto y moralizado.

Son más amigos de la simplicidad cristiana que de la especulación filosófica. ¿De qué te sirven las disquisiciones sobre la Trinidad si careces de humildad y contristas así a la Trinidad?, Comentaba la *Imitación de Cristo*. Es un meditar asidua e intensamente las virtudes

morales de Cristo, citando mucho a Séneca y la importancia del «conócete a ti mismo». Es mejor sentir la compunción que saberla definir. De qué sirve la ciencia sin el temor de Dios; con el peligro de caer en una religiosidad puramente afectiva.

El intelectualismo había sido más propio de la escuela dominicana y el afectivo de la franciscana. Los de la *devotio moderna* se inspiraban más en san Bernardo, san Anselmo, san Agustín y san Gregorio Magno.

Las reglas monásticas no tenían tiempo establecido para la oración mental personal, pero las comunidades de la observancia la recomendaban. Guigo, en la cartuja, había señalado los escalones de la 'lectio, meditatio, oratio et contemplatio', como la escala del paraíso, y luego, san Buenaventura había distinguido los tres caminos de la vida 'purgativa, iluminativa y unitiva'. La *devotio moderna* hizo una reglamentación de la oración mental con una oración metódica que preferencia el experimentar sobre el entender.

Otros dos nombres muy conocidos de esta corriente fueron **Gerardo Zerbolt de Sutphen y Mombaer**. El mismo nombre que adoptan, «devoti», denota esta naturaleza afectiva, el fervor y el deseo de Dios; la '*devoción*' es una pía y humilde afección por Dios, decía Mombaer. La conversión del ánimo a las cosas espirituales e interiores es el rasgo más característico de la *devotio moderna*. Hombre 'devoto' es un hombre 'interior' y 'compungido'. Así interpretan la frase evangélica, '*porque el Reino de Dios está dentro de ustedes*'.

La oración debe estar informada por la devoción y proceder de un corazón inflamado. Identifican compunción con la devoción que nace de la fuente del corazón. Prefieren una teología práctica y afectiva, basada en la Escritura y en los santos padres, como más aptos para mover los afectos, y tienen bastantes reservas con respecto a la teología escolástica.

Eran muy amigos de los libros, pero de los libros devotos. Los de Windesheim se dedicaron también a copiar los mejores códices y eran muy amigos de esta lectura. Aconsejaban la lectura de la biblia en lengua vulgar y por esto fueron atacados, pero su lectura de la biblia todavía no tenía el carácter filológico y textual de los humanistas posteriores.

El ritualismo de la tardía edad media y la superstición de cierta devoción hizo que estos reformadores se volvieran a lo interior. De allí su gran admiración por los cartujos y sus críticas a los mendicantes que habían caído en relajación, a su parecer, debido al continuo contacto con el mundo.

Erasmo fue un tráfuga de la *devotio moderna* al humanismo y consagró su vida a la realización de esa síntesis: hermanar la piedad con la doctrina. En cierto sentido fueron antecesores de Lutero en su biblicismo e interioridad, pero no en el gran énfasis puesto en el esfuerzo propio, en la humildad, la obediencia y la sujeción. La *devotio moderna* cuenta con la gracia, pero se insiste en la colaboración interna con ella, mediante un esfuerzo humano metódico; lo más importante es luchar denodadamente contra los vicios y pasiones, recomendando para ello el esfuerzo ascético. De ese modo, la vida del hombre es una perpetua milicia. La paz será el fruto de esta guerra ascética.

De manera evidentemente muy fragmentaria he tratado de presentar lo acontecido en el terreno de los movimientos espirituales en estos dos siglos tan trabajados por fermentos de transformación cultural y espiritual y tan difíciles de caracterizar.



COLECCIÓN APUNTES IGNACIANOS

Año	Nº	Temas
1991	1	Directorio de Ejercicios para América Latina (agotado)
	2	Guías para Ejercicios en la vida corriente I (agotado)
	3	Guías para Ejercicios en la vida corriente II (agotado)
1992	4	Los Ejercicios: «...redescubrir su dinamismo en función de nuestro tiempo...»
	5	Ignacio de Loyola, peregrino en la Iglesia (Un itinerario de comunión eclesial).
	6	Formación: Propuesta desde América Latina.
1993	7	Después de Santo Domingo: Una espiritualidad renovada.
	8	Del deseo a la realidad: el Beato Pedro Fabro.
	9	Instantes de Reflexión.
1994	10	Contribuciones y propuestas al Sínodo sobre la vida consagrada.
	11	La vida consagrada y su función en la Iglesia y en el mundo.
	12	Ejercicios Espirituales para creyentes adultos. (agotado)
1995	13-14	Congregación General Nº 34.
	15	Nuestra Misión y la Justicia.
1996	16	Nuestra Misión y la Cultura.
	17	Colaboración con los Laicos en la Misión.
	18	«Ofrece el perdón, recibe la paz» (agotado)
1997	19-20	Nuestra vida comunitaria hoy (agotado)
	21	Peregrinos con Ignacio.
1998	22-23	El Superior Local (agotado)
	24	Movidos por el Espíritu.
1999	25	En busca de «Eldorado» apostólico.
	26	Pedro Fabro: de discípulo a maestro.
	27	Buscar lo que más conduce...

Año	N°	Temas
2000	28	Afectividad, comunidad, comunión. (agotado)
	29	A la mayor gloria de la Trinidad
	30	Conflicto y reconciliación cristiana.
2001	31	«Buscar y hallar a Dios en todas las cosas»
	32	Ignacio de Loyola y la vocación laical.
	33	Discernimiento comunitario y varia.
2002	34	I Simposio sobre EE: Distintos enfoques de una experiencia. (agotado)
	35	«...Para dirigir nuestros pasos por el camino de la paz»
	36	La vida en el espíritu en un mundo diverso.
2003	37	II Simposio sobre EE: La preparación de la persona para los EE.
	38	Conferencias CIRE 2002: Orar en tiempos difíciles.
	39	30 Años abriendo Espacios para el Espíritu.
2004	40	III Simposio sobre EE: El Acompañamiento en los EE.
	41	Conferencias CIRE 2003: Los Sacramentos, fuente de vida.
	42	Jesuitas ayer y hoy: 400 años en Colombia.
2005	43	IV Simposio sobre EE: El «Principio y Fundamento» como horizonte y utopía.
	44	Aportes para crecer viviendo juntos. Conferencias CIRE 2004.
	45	Reflexiones para sentir y gustar... Índices 2000 a 2005.
2006	46	V Simposio sobre EE: El Problema del mal en la Primera Semana.
	47	Aprendizajes Vitales. Conferencias CIRE 2005.
	48	Camino, Misión y Espíritu.
2007	49	VI Simposio sobre EE: Del rey temporal al Rey Eternal: peregrinación de Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Pedro Fabro.
	50	Contemplativos en la Acción.
	51	Aportes de la espiritualidad a la Congregación General XXXV de la Compañía de Jesús.

Año	Nº	Temas
2008	52 53 54	VII Simposio sobre EE: Encarnación, nacimiento y vida oculta: Contemplar al Dios que se hace historia. La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida, Brasil Congregación General XXXV: Peregrinando más adelante en el divino servicio.
2009	55 56 57	VIII Simposio sobre EE: Preámbulos para elegir: Disposiciones para el discernimiento. Modos de orar: La oración en los Ejercicios Espirituales. La pedagogía del silencio: El silencio en los Ejercicios Espirituales.
2010	58 59 60	IX Simposio sobre EE: «Buscar y hallar la voluntad de Dios»: Elección y reforma de vida en los EE. Sugerencias para dar Ejercicios: Una visión de conjunto. Huellas ignacianas: Caminando bajo la guía de los Ejercicios Espirituales.
2011	61 62 63	X Simposio sobre EE: «Pasión de Cristo, Pasión del Mundo»: desafíos de la cruz para nuestros tiempos. Presupuestos teológicos para «contemplar» la vida de Jesús. La Cristología «vivida» de los Ejercicios de San Ignacio. XI Simposio sobre EE: La acción del Resucitado en la historia «Mirar el oficio de consolar que Cristo Nuestro Señor trae» (EE 224).
2012	64 65 66	Preparación para hacer los Ejercicios Espirituales. Disposición del sujeto (I) Preparación para hacer los Ejercicios Espirituales. Disposición del sujeto (II) XII Simposio sobre EE: Contemplación para Alcanzar Amor «En todo Amar y Servir»
2013	67 68 69-70	Educación y Espiritualidad Ignaciana. I Coloquio Internacional sobre la Educación Secundaria Jesuita. Caminos para el encuentro con Dios. XIII Simposio sobre EE: Discernimiento y Signos de los Tiempos.
2014	71 72	Espiritualidad y construcción de la Paz. XIV Simposio sobre EE: Y después de los Ejercicios... ¿Qué?
2015	73 74 75	Escritos Ignacianos I. Víctor Codina, S.J. Escritos Ignacianos II. Víctor Codina, S.J. XV Simposio sobre EE: Aporte de los Ejercicios Espirituales al Proceso de Perdón y Reconciliación

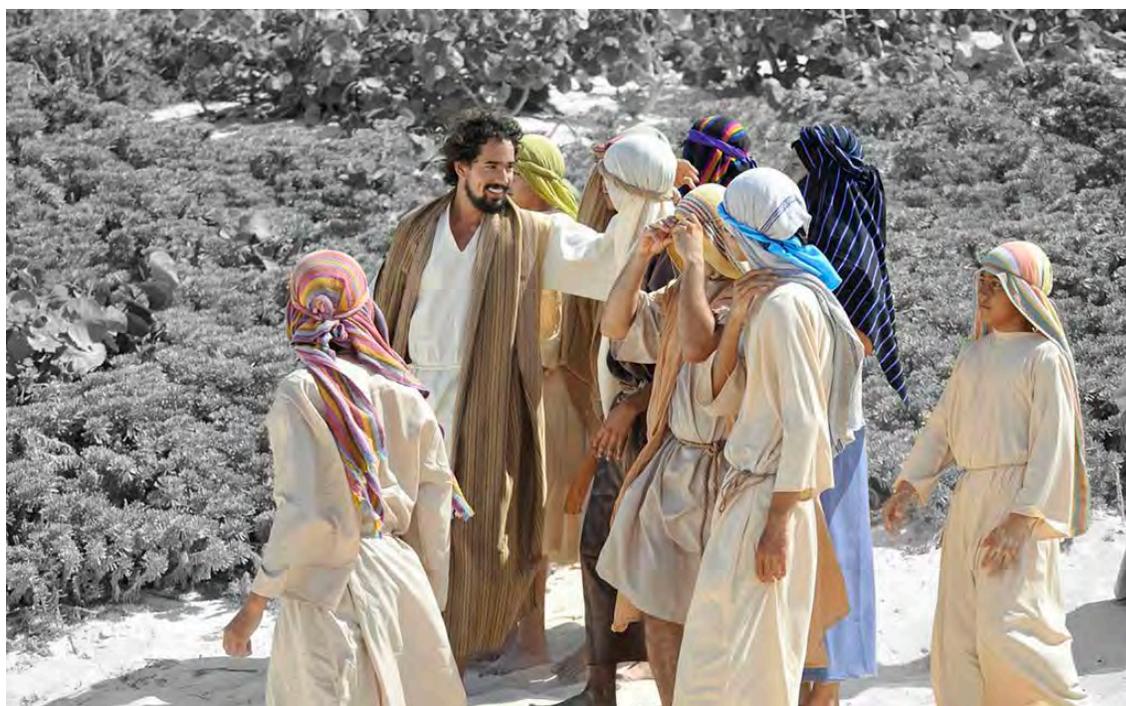
Año	Nº	Temas
2016	76	Discernimiento Espiritual. In memoriam Javier Osuna Gil, S.J.
	77	Misericordia y Ejercicios Espirituales
	78	XVI Simposio sobre EE: Inspiración de los Ejercicios Espirituales para el cuidado de la Casa Común
2017	79	Apuntes personales para dar Ejercicios
	80	XVII Simposio sobre EE: La Alegría del Amor en la Familia
	81	La Congregación General 36
2018	82	Ejercicios Ignacianos. Aparato Critico (AC)
	83	Ayudas para el «Camino Ignaciano»
	84	XVIII Simposio sobre EE: Ejercicios Espirituales para Jóvenes
2019	85	Ser Compañeros de Jesús... Por la Acción de «/a» Espíritu
	86	La Palabra es Camino, Verdad y Vida
	87	XIX Simposio sobre EE: El Arte y los Ejercicios Espirituales
2020	88	Peregrinos en Tiempos Difíciles
	89	Entrenamiento en la Escuela del Maestro para ser sus Testigos

Apuntes Ignacianos

Entrenamiento en la Escuela del Maestro para ser sus Testigos

ÍNDICE

Presentación	7
Testigos de la vida <i>Luis Raúl Cruz, S.J.</i>	9
De Loyola a Progoff. Dos Métodos de Meditación <i>Alejandro Angulo Novoa, S.J.</i>	35
Órdenes religiosos y movimientos espirituales anteriores a la Reforma –Subsuelo de los Ejercicios Espirituales– <i>Iván Restrepo Moreno, S.J.</i>	61
Colección Apuntes Ignacianos	71



Espiritualidad
Ignaciana

CENTRO IGNACIANO DE REFLEXIÓN Y EJERCICIOS - CIRE

ESPACIOS PARA EL ESPÍRITU

www.apuntesignacianos.org • centro.cire@jesuitas.org.co

Carrera 10 N° 65 - 48, Bogotá D.C., Colombia

Teléfono: +57 (1) 640 5011

Centro Ignaciano de
Reflexión y
Ejercicios - CIRE